

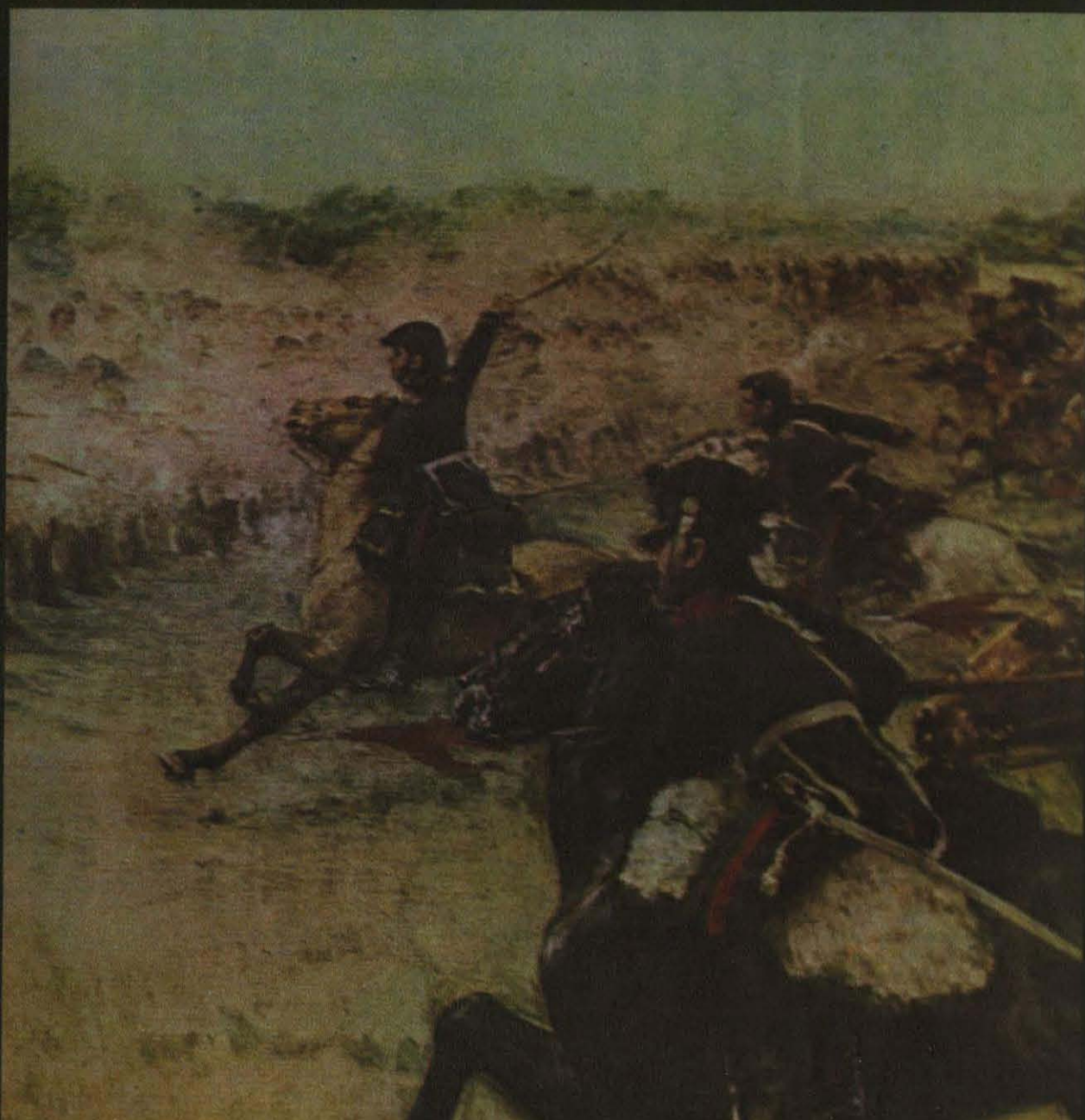
# HISTORIA

**TODOS ES**

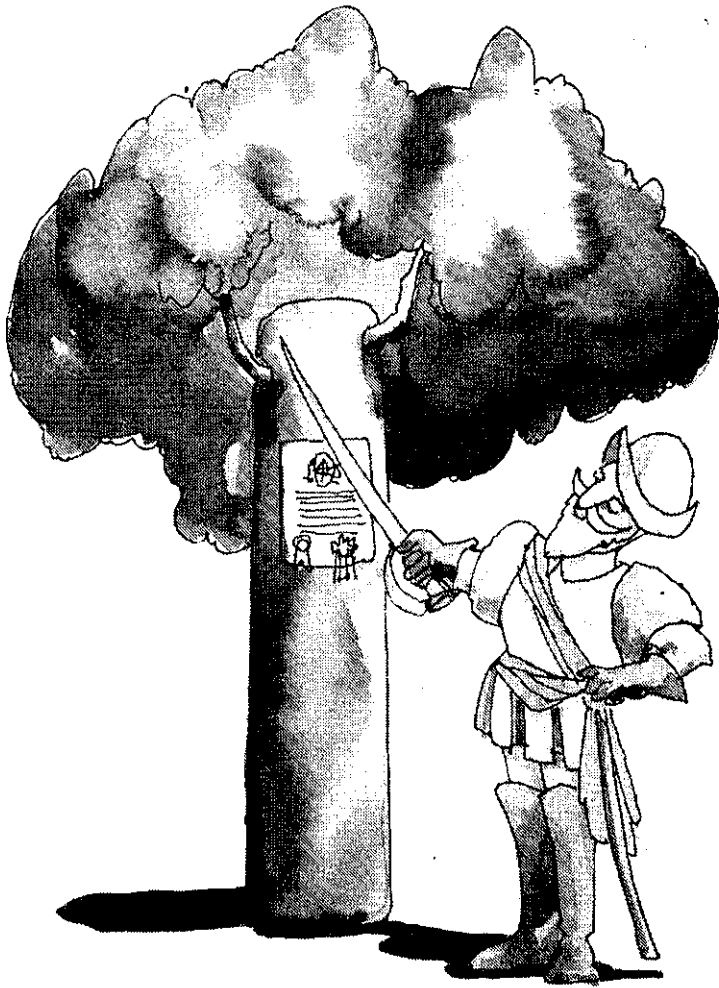
N° 159

AGOSTO 1980

\$ 4.700.-



**Número especial en homenaje al  
General San Martín**



# Hace 400 años nacía el primer espacio verde de Buenos Aires.

La primera manzana que Don Juan de Garay trazó en Buenos Aires fue una plaza. Se la conoció, a lo largo del tiempo, como Plaza Mayor, Plaza de la Victoria y Plaza de Mayo. Hoy, a 400 años de aquel día, todos sabemos que los espacios verdes son los principales purificadores de la atmósfera.

Por eso, en el Cinturón Ecológico consideramos que la mejor forma de honrar a Don Juan de Garay es seguir trabajando para que esta Buenos Aires que él fundó, sea cada vez más linda y más sana.



**Cinturón Ecológico**

Un esfuerzo conjunto de la Ciudad de Buenos Aires y de la Provincia de Buenos Aires.

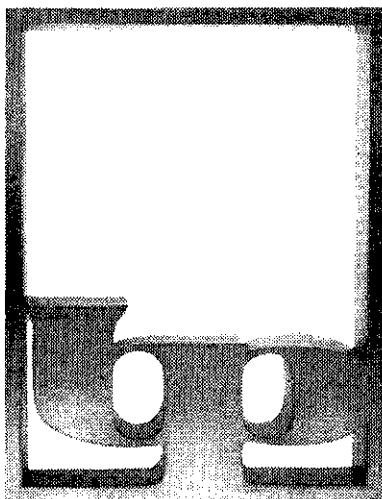
**Adhesión al IV Centenario de Buenos Aires.**

# Nuestro prestigio tiene historia...

En 1822, seis años después de la Declaración de nuestra Independencia, nació el primer banco argentino: Banco de la Provincia de Buenos Aires, iniciando las actividades su **Sección Bancaria** en la hoy denominada "Manzana de las Luces" en el mismo lugar donde funcionó la primera junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, trasladándose al poco tiempo al solar histórico de San Martín 137, donde actuaron el Real Consulado, la Asamblea del Año XIII y el Congreso de Tucumán, ubicándose así como instaurador del sistema financiero nacional.

En 1910 se inaugura la **Sección Crédito Hipotecario**, un verdadero acontecimiento en la historia crediticia del país, sobre cuya base se establecieron nuevas estancias y desarrollaron los antiguos saladeros, principios de nuestra tradicional producción agropecuaria y de la actual industria frigorífica.

En 1977 se instituye la **Sección Crédito de Inversión**, para colaborar en la expansión del sector productivo nacional mediante el apoyo financiero para proyectos de promoción industrial, agro-industrial, hotelería y de infraestructura, hecho que le otorga verdadera dimensión de futuro.



## ...y establece una identidad:

 **BANCO DE LA  
PROVINCIA DE  
BUENOS AIRES**

### La seguridad total.

# HISTORIA

Año XII - N° 159  
Agosto de 1980

**EDITOR:**  
Emilio Perina

*"Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones. testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir..."*

(Cervantes, Quijote. I. IX)

**DIRECTOR:**  
Félix Luna

**SECRETARIO DE REDACCION:**  
Emilio J. Corbière

**SUBSECRETARIO DE REDACCION:**  
Isaac Sternschein

**COLABORADORES:**  
María Sáenz Quesada, María Granada, José Barcia, León Benarós, Salvador Ferla, Luis Alberto Romero, Antonio Emilio Castello, Andrea Maurizi, Miguel Angel Scenna, Hebe Clementi, Horacio Sanguinetti, Juan Carlos Vedoya, Trinidad Delia Chianelli.

**ARTE Y DIAGRAMACION:**  
Jorge Miranda

**ILUSTRACIONES:**  
Juan Pablo Ribeiro, Siulnas, Omar Pacheco.

**FOTOGRAFIA:**  
Archivo General de la Nación.  
Ignacio Dignani.

**CORRECTORA:**  
Lila Blanca Varela

**DIRECTORA ADMINISTRATIVA:**  
Martha De Grazia

**DIRECTORA COMERCIAL:**  
Sidy Edelstein

**RELACIONES PUBLICAS:**  
Cristina Saccone

**ÉDITOR ASISTENTE:**  
Emilio L. Perina

Dirección, Redacción, Publicidad y Administración: Cangallo 1558 piso 4° - Tel. 46-4595/6965.

Está prohibida la reproducción total o parcial del material contenido en esta revista, tanto en castellano como en otro idioma.

## Amigo lector:

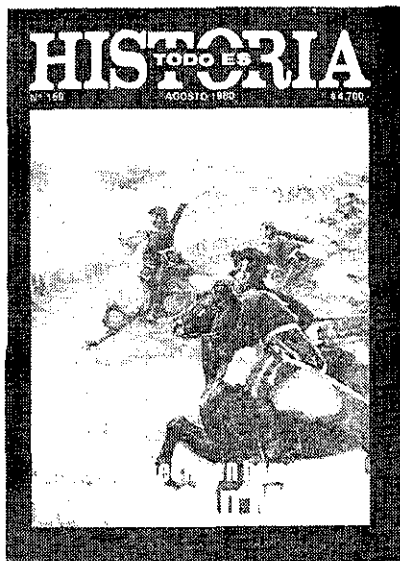
En agosto de 1968, a poco más de un año de su aparición, TODO ES HISTORIA dedicó un número especial al Libertador con el título de "El Otro San Martín". Prestigiosos historiadores como Guillermo Furlong, Enrique de Gandía y Vicente Sierra, al lado de otros menos conocidos, colaboraron en aquella edición, que quienes hacemos la revista todavía recordamos con orgullo.

Ahora, doce años más tarde, volvemos a dedicarle esta entrega, aunque parezca que ya está dicho todo en relación con el Libertador. Intentamos hacerlo con el mismo espíritu de entonces.

Decíamos en aquella oportunidad: "¿Cuál es el otro San Martín?" Y nos respondíamos:

## Sumario

**NUESTRA TAPA:** Reconstrucción del instante en que San Martín dirige la carga contra los realistas en la Batalla de San Lorenzo. Cuadro de Pedro Subercasseaux Errázuriz.



**LA MISION GUTIERREZ DE LA FUENTE.** Un joven militar peruano recibió de San Martín el encargo de promover en las Provincias Unidas del Río de la Plata, una expedición que colaborara en la definitiva derrota de los realistas en Perú. Félix Luna relata los azares y desventuras del agente sanmartiniano a lo largo de su viaje, en 1822, por tierras argentinas.

Página **6**

**EL CAMINO DE LOS PATOS.** ¿Por dónde cruzó los Andes el Libertador para expulsar a los españoles de Chile? ¿Cuáles fueron los altos del camino, los itinerarios auténticos? Orlando Mario Punzi responde a estas preguntas, que hace mucho tiempo discuten los historiadores.

Página **28**

**EN TORNO A CANCHA RAYADA.** El famoso desastre fue uno de esos acontecimientos ajenos a todo cálculo razonable y en realidad, la posición del ejército de San Martín al ocurrir la derrota formaba parte de un plan genial. Así lo relata Sergio Raúl Castagno.

Página **52**

“Es aquel que empezamos a sentir oscuramente, en el fondo del corazón, cuando callan las marchas sonoras y se apagan los ecos de los altoparlantes de la fiesta. El que sentimos como un viejo amigo, un vecino de siempre, un compañero de los siglos al que podríamos llamar con los nombres de la amistad sin que en nada perdiera su autoridad, su magisterio perenne. El otro San Martín es el que ha escapado al mármol y al bronce y viene hacia nosotros, desde el fondo del tiempo, con una sonrisa y una luz de atardecer aclarándole la tez morena...”

Porque afirmábamos entonces y lo repetimos ahora: el país ya no necesita el mito de San Martín. Pero siempre precisará enaltecerse con la memoria de este hombre de carne y hueso que supo remontar sus vacilaciones, sus errores, sus flaquezas, para cumplir a fondo su destino. Este

es el ejemplo permanente del Libertador: haber sabido asumir la misión que misteriosamente le fue asignada, y rechazar todo lo que pudiera haberla torcido. Y se trata, entiéndase bien, de un ejemplo para los pueblos y también para los individuos, que deben ser lo que deben ser, pues de lo contrario no serán nada.

Con este designio entregamos la presente edición, cuya graficación incluye la más amplia iconografía que hemos podido reunir, precisamente con el propósito de que el hombre, el ser humano que recordamos, pueda llegar a nuestros lectores a través de su imagen física con la misma fuerza que transmite su personalidad espiritual. Como “un viejo amigo, un vecino de siempre...”

Félix Luna

---

## y también

**EL DEFINITIVO RETORNO DEL LIBERTADOR.** Enrique Mario Mayochi relata la repatriación de los restos de San Martín en 1880 y cuenta los motivos del retraso en este acto de la gratitud nacional.

Página **70**

**INDICE DE LAS ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL SANMARTINIANO.** Como un servicio al lector interesado, se brinda en estas páginas el índice de los trabajos que se presentaron en 1978 al Congreso Internacional Sanmartiniano.

Página **46**

**DICCIONARIO DE ARGENTINISIMOS.** Emilio J. Corbière recuerda al general Tomás Guido, amigo, compañero de armas y confidente del general San Martín. Otro de los que todo lo dieron para que la patria viva.

Página **44**

**LECTORES AMIGOS.** Una de las secciones más leídas de la revista, donde los lectores polemizan, efectúan críticas, aportan nuevos elementos de juicio.

Página **81**

**BUENOS AIRES: IV° CUMPLESIGLOS.** Un suplemento especial dedicado a Buenos Aires, en su 400 aniversario, con la coordinación de la licenciada María Sáenz Quesada.

Suplemento especial

---

### Agradecimiento

TODO ES HISTORIA agradece al Archivo Gráfico de la Nación, al Museo Histórico Nacional y al Dr. Bonifacio del Carril, autor de la “Iconografía de San Martín”, por el material gráfico facilitado para su publicación en este número especial.

---

El fracaso de un agente de San Martín

# La misión

## Gutiérrez De La Fuente

por Félix Luna

El 22 de mayo de 1822, un joven militar peruano se embarcaba en el Callao con rumbo a Valparaíso. Tenía 23 años, se había casado pocos meses antes, padecía de úlceras y hemorroides, insomnio y cierta propensión a caerse del caballo. Pero suplía estas deficiencias con un férreo sentido del deber y una inquebrantable adhesión a su jefe. Que era nada menos que el Protector del Perú, general José de San Martín.

Era éste quien le había ordenado que se trasladara al Río de la Plata con una misión de la más alta importancia. Entonces, olvidando sus achaques, su próxima paternidad y su desconocimiento de los usos diplomáticos, el comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente se dirigía a Chile para pasar los Andes, recorrer las provincias argentinas y convencer a sus dirigentes para que prestaran una cooperación activa a San Martín, en la última etapa de su lucha.

Hacia mayo de 1822, la posición de San Martín en el Perú, era aparentemente, sólida. En julio del año anterior había proclamado en Lima la independencia del antiguo virreinato, después de una serie de maniobras que le habían permitido tomar la Ciudad de los Reyes sin derramar una gota de sangre. Meses más tarde obligó a rendirse la formidable fortaleza del Callao, también sin lucha, mediante el genial expediente de ir embretando hacia allá a la fuerza realista que iba a rescatar a sus defensores, con lo que el sitiado fuerte se encontró colmado de tropas pero carente de víveres. Había logrado alejar a las fuerzas españolas de la costa, aislándolas de toda ayuda de la metrópolis. Jugaba hábilmente a la alternancia de ofensivas y propuestas de paz y fomentaba la desertión en las filas enemigas. Su autoridad y prestigio eran incontestables, y la campaña que

lo había llevado desde Mendoza hasta el centro del poder virreinal sudamericano en cuatro años, lo colocaban entre las grandes figuras contemporáneas.

Pero la realidad de los hechos estaba marcando un peligroso deterioro en su poder. El envío del general Domingo Tristán con una fuerza que debía hostilizar a los realistas de la zona central del Perú terminó en Ica con un desastre; Mitre califica duramente esta empresa, cuya improvisación no condiso con la prolijidad con que San Martín preparaba sus campañas. Lord Cochrane, alma de pirata pero marino eficaz y valiente, se había alejado de las filas patriotas; también se había ido Las Heras, acaso el más serio y responsable oficial del Libertador. Por otra parte, los realistas contaban con no menos de 18.000 hombres ubicados en las zonas serranas del Perú y en el Alto Pe-

rú; una tropa con temible capacidad ofensiva, que podía subsistir indefinidamente en el rico terreno que poseían

El desgaste de San Martín crecía también en el terreno político. Su figura era indiscutible, pero no lo era la de algunos de sus colaboradores inmediatos, especialmente Monteagudo. El hecho de que el gobierno estuviera manejado por americanos extraños al Perú hería la susceptibilidad de los nativos, particularmente de aquellos que se sentían llamados a ocupar los cargos más expectables. Finalmente, la presencia triunfante de Bolívar en el norte planteaba un enigma cuyo primer interrogante sería el destino político de Guayaquil, sublevada contra los españoles, que debía optar entre incorporarse a la Gran Colombia o permanecer en jurisdicción peruana.

En realidad, todos los problemas que enfrentaba San Martín se debían a un único motivo: su impotencia para terminar rápidamente la guerra, teniendo en cuenta la escasez de sus efectivos. Desvinculado de toda ayuda exterior —Chile, exhausta, no podía auxiliarlo— San Martín encontraba que el virtual empate que enfrentaba lo deterioraba rápidamente.

### Terminar de una vez...

San Martín no ignoraba la vulnerabilidad de su posición. Insensible a los halagos del poder, consciente de la misión que debía cumplir, quería concluir de una vez con el objetivo que lo había llevado a la tierra de los Incas. Anhelaba





Grabado de Manuel Núñez de Ibarra, primer grabador argentino encargado en 1818 por el Cabildo de Buenos Aires



Lord Thomas A. Cochrane: el enviado de San Martín tuvo que desmentir en Chile sus versiones negativas

terminar con la resistencia realista para retirarse honorablemente a la vida privada.

Pero ¿cómo concluir con ese núcleo obstinado y temible? Los realistas ocupaban la zona del Cuzco y todo el Alto Perú. Entonces, el plan de San Martín era trasladar una buena columna a los puertos llamados intermedios, en el sur, y hacerla avanzar hacia el interior levantando las poblaciones a medida que se internara, para presentar batalla solamente en caso que la victoria fuera segura.

Este plan exigía un doble complemento: que se hicieran movimientos similares desde el norte y el sur, implementando unas pinzas sobre el reducto realista. Así, la resistencia tendría fatalmente

que derrumbarse. La fuerza que debía bajar desde el valle de Jauja, a la altura de Lima pero del otro lado de la sierra, formaría parte de las tropas del Libertador, con un ocasional aporte bolívariano. En cuanto a la columna que debía avanzar desde el sur, no se necesitaba un gran ejército: hacían falta 1500 hombres bien armados y bien montados, que subieran hacia el Alto Perú amagando el enclave realista, distrayéndoles fuerzas y alentando el espíritu patriótico, nunca extinguido allí. Si se conseguía poner en pie estas dos fuerzas de complemento, los veteranos regimientos que habían cruzado los Andes y vencido en Chacabuco y Maipú desarticularían a los españoles del interior peruano y del Alto Perú.

Pero ¿cómo formar el ejército auxiliar del sur? Las Provincias Unidas del Río de la Plata ¿estaban en condiciones de hacer este esfuerzo? ¿Quién lo mandaría, quién lo encabezaría? Estas eran las preguntas cuya respuesta maduraba Gutiérrez de la Fuente, mareado y maltrecho entre las borrascas que jugaban con el buque que lo llevaba a Valparaíso. Si tenía éxito, antes de finalizar el año o en los primeros meses de 1823 a lo sumo, la independencia americana sería un hecho consumado.

Pues el enviado viajaba siguiendo instrucciones del Protector del Perú, con cartas, oficios y dinero (no mucho, unos mil pesos oro) para movilizar la opinión pública argentina a fin de que se pusieran en pie de guerra esos indispensables 1500 hombres que debían cooperar a la rápida finalización de la guerra.

### La Antigua Unión

No era el mejor momento para lograr semejante objetivo.

Dos años atrás habíase derrumbado el poder directorial en Buenos Aires. No existía desde entonces nada parecido a un gobierno nacional. Cada provincia se arreglaba como podía y en casi todas dominaba un caudillo cuya presencia era, por lo menos, una cierta garantía de orden: López en Santa Fe. Bustos en Córdoba, Aráoz en Tucumán, Güemes en Salta, Quiroga en La Rioja, Ibarra en Santiago. Gobiernos misérrimos, con escasísimos recursos, que se consideraban felices si podían mantenerse durante un período razonable... La guerra de la Independencia había esquilado al interior argentino y la pérdida del Alto Perú, integrante hasta 1810 del antiguo virreinato, fracturaba el equilibrio geopolítico de la región. El interior argentino vegetaba en una trabajosa y lentísima reconstrucción de su economía, sus instituciones y su sociabilidad.

Distinto era el caso de Buenos Aires. La batalla de Cepeda, si barrió el gobierno nacional que tenía su sede en la ciudad porteña, también había abierto paso a su autonomía provincial. Desde entonces, la provincia de Buenos Aires, pasado el turbulento año XX, se había estabilizado, hacia su "feliz experiencia". Martín Rodríguez en la gobernación, Bernardino Rivadavia en el ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, llevaban adelante una



política de orgulloso aislamiento. Cepeda había liberado a Buenos Aires de su carga nacional: ahora las rentas aduaneras se volcaban a iniciativas de progreso local: iluminación, empedrados, reformas eclesiástica, militar, administrativa. Los porteños descubrían su nueva condición de ciudadanos: leían una enorme cantidad de

diarios y asistían a los debates de la Legislatura. Las provincias de "la antigua unión" —como solía decirse— eran hermanas pobres y olvidadas. O ni siquiera hermanas: tal el caso de la Banda Oriental, ocupada por los portugueses desde 1816.

¿Y San Martín? Para los "ministeriales", los estancieros y co-

merciantes porteños que medaban con el régimen de orden y progreso de Buenos Aires, la gesta sanmartiniana era una anécdota lejana. No dejaban de guardar un escondido rencor ante el Libertador: ¿no se había negado a apoyar al Directorio, desobedeciendo la orden de repasar los Andes con su ejército para aplastar a los

Retrato realizado en Francia por Francis M. Drexel (1827)



caudillos litorales? San Martín, para esos orondos burgueses de la Buenos Aires rivadaviana, era un "condotiero" ambicioso que había abandonado a sus amigos al furor de las montoneras.

Buenos Aires había olvidado que fue la cuna de la revolución de Mayo, la ciudad invicta de la cual habían salido hombres, palabras y medios para continentalizar el movimiento emancipador. Ahora se complacía en su bienestar doméstico. No quería saber nada de guerras. En Buenos Aires sólo se hablaba de estancias y bancos, de empréstitos y compañías. Un diplomático ecuatoriano, de paso por Buenos Aires, escribía al Director O'Higgins que *"En todo se ve un espíritu de aislamiento, un egoísmo por decirlo así, que ha de ser muy perjudicial a los intereses del país. Parece que estos señores no ven en todo el mundo más que a Buenos Aires y quieren que nadie consagre su existencia sino al engrandecimiento del gran pueblo y nadie viva sino según la regla que les prescribe su soberana voluntad"*. San Martín y su puñado de fieles sólo eran un lejano recuerdo para los dirigentes porteños, aunque el pueblo lo recordaba con admiración y comentaba las escasas noticias que traía la prensa sobre sus hazañas.

Tal era el cuadro de las provincias a las que el agente de San Martín debía acudir.

### El Viaje

Entre otras cualidades ponderables, el enviado de San Martín tenía una que deben agradecerle los historiadores: era prolijo y minucioso. Anotaba todos sus gastos y al llegar a fin de mes los sumaba. Y ¡oh maravilla! llevaba un "Diario". Este documento fue utilizado hace más de un siglo por Mariano Paz Soldán para su "Historia del Perú Independiente", un libro poco difundido en nuestro país. Ahora se ha publicado por la Academia Nacional de la Historia, con un estudio preliminar del fallecido profesor Julio César González completado por el doctor Carlos S.A. Segreti. La edición es aún más valiosa porque González compiló todos los documentos que pudo hallar con referencia a la misión Gutiérrez de la Fuente en los archivos argentinos y extranjeros, y en diversas publicaciones.

Así pues, hoy disponemos de una ingente documentación edita



Bernardo de O'Higgins, grabado de la época

sobre el viaje del agente de San Martín y en ella nos basaremos para reconstruir esta gestión, que comienza, como se ha dicho, el 20 de mayo de 1822 en el puerto del Callao.

Veintitrés días duró la travesía. Cuando las borrascas se lo permitían, Gutiérrez de la Fuente estudiaba los papeles que se le habían dado aunque, ciertamente, la mala suerte en materia de tiempo persiguió a la nave desde el principio. *"Creímos perecer... y fue grande nuestra aflicción"* anota el 2 de junio nuestro personaje. *"Me ocupé en escribir un rato, por estar bien indispuerto del estómago"* dice otro día. *"...yo continué enfermo"* escribe más tarde.

Pero en los ratos que el mar lo

permitía, el peruano habrá leído una y otra vez las Instrucciones impartidas por el Protector. Eran muy concretas, apresuradamente escritas, con la marca innegable de la urgencia. Debía quedarse en Santiago de Chile solamente dos días y otros tantos en Mendoza; luego se trasladaría a San Juan y de allí a Córdoba, enviando comunicaciones a Buenos Aires y a las demás provincias. Finalmente tenía que seguir a Santiago del Estero, Tucumán y Salta, donde debería dar por concluida su misión, en el entendimiento que en esta provincia estaría ya reunida o a punto de reunirse la columna cuya formación se encarecía.

San Martín encomendaba a su enviado que ofreciera la jefatura de la expedición a Juan Bautista Bustos, gobernador de Córdoba, y

la subjeftura a Antonio Pérez de Urdininea, gobernador de San Juan. Curiosamente, lo sustancial de estas Instrucciones figuraban al final. El enviado, se decía, "no perdonará medio alguno para promover en los Pueblos el interés sobre esta Expedición, procurando reconciliarlos en sus disputas, manifestándoles los bienes que de ella van a resultar y que, olvidando toda la rivalidad territorial y personal, van a dar el último golpe a los restos de la tiranía española".

El Protector señalaba que no estaba "impuesto en las personalidades ni desavenencias que puedan estar pendientes entre los jefes de los pueblos", pero de todos modos daba algunas directivas sobre personas de su especial confianza, como José Ignacio de Gorriti, Bustos y Pérez de Urdininea. Se lo facultaba para comprometer con su firma los gastos que originara la expedición en la seguridad de que a los dos años, el gobierno del Perú Alto y Bajo (sic) los reintegrarían. Ignoraba San Martín quienes estaban al mando de Santiago del Estero y Tucumán, "pero el comisionado puede partir de un principio a saber, que en todos los pueblos de las Provincias Unidas el patriotismo es uniforme y que sin duda alguna concurrirán a objeto tan sagrado".

Otro documento importante que portaba Gutiérrez de la Fuente era la nota-circular del Protector a los diversos gobiernos de las provincias. Después de aludir a los males que causaba la continuación de la guerra, anunciaba San Martín que el 10 de junio zarparía para Arica una fuerza de 4000 hombres al mando del general Rudecindo Alvarado que debía avanzar hacia el interior del Perú (1). Su marcha debía combinarse con la que realizaría la expedición cuya formación solicitaba, a la que cada provincia debía contribuir con 300 hombres, y la de Buenos Aires con medios pecuniarios. Al igual que las Instrucciones, la nota-circular de San Martín estaba firmada en Lima el 16 de mayo de 1822. De distinto tenor era la nota dirigida al gobernador de Buenos Aires: aquí se hacía un *racconto* de los logros militares obtenidos hasta entonces y se anunciaba la salida próxima de la expedición de Alvarado, solicitando al gobierno porteño "la última mano a la obra que le ha sido tan cara, tomando sobre sí propor-

(1) En realidad, la expedición de Alvarado recién pudo desembarcar en Arica a principios de diciembre.

cionar la suma suficiente para los gastos de marcha de la fuerza y para su caja militar". Todo le sería reintegrado puntualmente por el gobierno del Perú.

Con estos papeles, y algunas cartas particulares con su entusiasmo y su mala salud, Antonio Gutiérrez de la Fuente desembarca en Valparaíso el 13 de junio y de inmediato sigue viaje a Santiago de Chile. ¡Ese día cumplía 24 años!

### Los Primeros Exitos

A las 8 de la noche del día siguiente llegaba a Santiago. La primera casa adonde se dirigió fue a la de O'Higgins: el enviado de San Martín no quería perder un minuto. No lo encontró y debió regresar más tarde. O'Higgins, el consecuente amigo del Libertador, lo recibió con afecto y prometió facilitarle su viaje en toda forma. Tres días pasaron en preparativos para cruzar la cordillera y en visita a diversas personas. Pero además, buena parte de su actividad en Santiago debió dedicarla a contrarrestar la campaña de descrédito que lord Cochrane estaba llevando a cabo contra San Martín.

Finalmente, el miércoles 19 de junio parte Gutiérrez de la Fuente hacia la cordillera, acompañado de su asistente Gundin. Pasar los Andes en junio no era broma en aquellos tiempos —ni lo es ahora— de modo que nuestro personaje se proveyó prolijamente de todo lo que le hacía falta: un arriero, seis peones y un montón de ropa. El peruano estaba "entamangado" con "un par de esarpines de bayeta, dos pares de medias de lana, otros esarpines de jerga" y además un cuero de carnero hasta media pierna; encima de todo, ojotas de cuero de vaca. Había tormenta sobre las montañas y la partida desde Aconcagua hubo de postergarse varias veces pero finalmente arrancaron, a ratos andando en mula y a veces caminando. "El asistente me dio mucho trabajo porque hubo de helarse a la mitad del camino, con el demasiado viento". Le molestaba la puna, pero se aliviaba con el viejo y repugnante remedio de comer cebolla cruda; tragos de vino daban fuerzas a todos en los tramos más álgidos.

Después de dos difíciles jornadas llegaron a Las Cuevas. "Allí dormimos, yo más muerto que vivo de cansado, pues en mi vida había

pisado nieve ni andado a pie tanto y por tan indignos caminos, haciendo solemnes juramentos de que no me vería en otra". Pero el mal tiempo —nieve, granizo, y sobre todo un viento helado— siguió acompañándolos, como prefijación de la mala suerte que en materia de clima seguiría al agente de San Martín durante toda su gestión. Sin embargo, lo peor había quedado atrás: Uspallata y Villavicencio prefiguraban la cercanía de Mendoza y a la ciudad cuyana llegó el 2 de julio, después de ocho días de trajín.

A las once de la mañana arribaba el viajero a Mendoza y "fui en derechura" a la casa del Gobernador Molina. Se le proporcionó un alojamiento bastante incómodo y de inmediato empezó a llegar gente a saludarlo: el recuerdo del Libertador estaba fresco allí y todos querían saber noticias del ex gobernador de Cuyo, cuya gesta en Chile y Perú tenían como cosa propia.

Al día siguiente, por la noche se reunió la Junta de Representantes para tratar el pedido contenido en la circular de San Martín. Gutiérrez de la Fuente fue invitado a la sesión y allí nuestro peruano tuvo que improvisarse orador para sostener su causa. Pero no era necesario esforzarse mucho: Cuyo seguía siendo sanmartiniana... Los diputados resolvieron que la provincia pondría en pie de guerra un cuerpo de cien hombres, costeándolo hasta el punto en que debía reunirse con los cuerpos que levantarían las otras provincias; pero también surgió en el debate el problema de los fondos y se preguntó al enviado cuál sería la contribución de Buenos Aires. La reunión duró toda la noche y a las 8 de la mañana salía Gutiérrez de la Fuente, desvelado y feliz, a escribir notas a Buenos Aires, San Luis y Santa Fe y por supuesto a su mandante anunciando la decisión mendocina. "Conozco la pobreza de este país y el sacrificio que hace"— *anota en su Diario*.

Entretanto, las visitas continuaban y no dejaban de robarle tiempo a la intensa tarea epistolar que debía desarrollar. Estuvo con la esposa del coronel Mariano Necochea y con Josefa de los Ríos, una de las matronas mendocinas. Y en algún momento de las tertulias, cuando un mayor dijo alguna cosa inoportuna respecto del "Héroe del Perú"— dice Gutiérrez de la Fuente— "recibió una justa repulsa y fue obligado a guardar si-



Remedios de Escalada de San Martín,  
"señorita en quien se reunían  
muchas buenas cualidades"

*lencio, mucho más cuando era general el elogio que le hacían hasta los muchachos".*

Ya estaba Mendoza en el bolsillo: ahora, San Juan. El 5 de julio parte el comandante y al día siguiente llega después de una jinetada de 32 leguas. Sin perder tiempo fue a saludar al gobernador, quien lo recibió *"con toda la afabilidad de su carácter militar"*. Fue instantánea la amistad que se entabló entonces entre el agente de San Martín y el coronel José María Pérez de Urdininea.

Se trataba de un militar altoperuano, de 30 años, veterano de todas las campañas del Norte. Había sido revolucionario en Chuquisaca, en 1809, y desde entonces sirvió en los ejércitos patrios a órdenes de Balcarce, Belgrano, Ronde-

au y Güemes. Destinado luego a Buenos Aires, el gobierno de San Juan lo contrató en 1821 y allí, un juego político local lo convirtió en gobernador. Hombre no desprovisto de habilidad, trató de rodearse de figuras representativas y llamó a colaborar a los miembros del grupo ilustrado de la provincia, entre ellos Francisco Narciso de Laprida y Salvador María del Carril. Pero este altoperuano, menudo y de rasgos indígenas, no ignoraba que también había resistencias contra su persona y advertía que cada vez le era más difícil mantenerse en su puesto. El ofrecimiento de hacerse cargo de la subjección de la expedición requerida por San Martín, le venía entonces, de perillas: por un lado le daba una brillante oportunidad para conti-

nuar su carrera militar al servicio de los planes del Protector, a quien conocía y respetaba: pero por otra parte, ese destino le daba una magnífica oportunidad para desembarazarse gallardamente de un puesto cada vez más difícil de desempeñar. Además, Urdininea desconfiaba de Bustos y no dejaba de pensar que en realidad él mismo podía ser el jefe de ejército que contribuiría a libertar su propia patria.

No es de extrañar, entonces, que Urdininea haya recibido a Gutiérrez de la Fuente con los brazos abiertos. Más aún, cuando acababa de sofocar un motín en el Regimiento N°1, acantonado en San Juan, fusilando a un par de soldados y deteniendo a una docena de oficiales. De inmediato el gobernador *"se ofreció voluntariamente a emplearse en el proyecto con su persona y todos sus influjos, descubriéndome muchos recursos de que podía valerse y sacar grandes ventajas"*. Entretanto, el gobernador agasajaba a su visitante: paseos, carreras y degustación, en casa de un inglés (¿Aman Rawson, en realidad norteamericano?) de *"una cerveza de pino muy elogiada"*.

En San Juan se repitió lo de Mendoza. Reunióse la Junta de Representantes, se invitó al enviado del Libertador a asistir a la asamblea ubicándose a la derecha del presidente, le dieron la palabra y la usó a discreción. Se discutió *"con solidez y fundadamente"* el pedido que transmitía Gutiérrez de la Fuente en su *"suscinta y precisa peroración"*, y finalmente el cuerpo aprobó la creación de un escuadrón de cien hombres, armados y mantenidos por la provincia hasta el lugar de Salta que se determinara.

Tan contentos quedaron todos con la decisión, que la cosa terminó con orquesta y bailes populares...¿Por qué no imaginar que un chiquillo de once años, en compañía de otros de su edad, estuvo mosqueteando la danza? ¿Por qué no conjeturar que Domingo Faustino Sarmiento participó, de algún modo, en la alegría general?

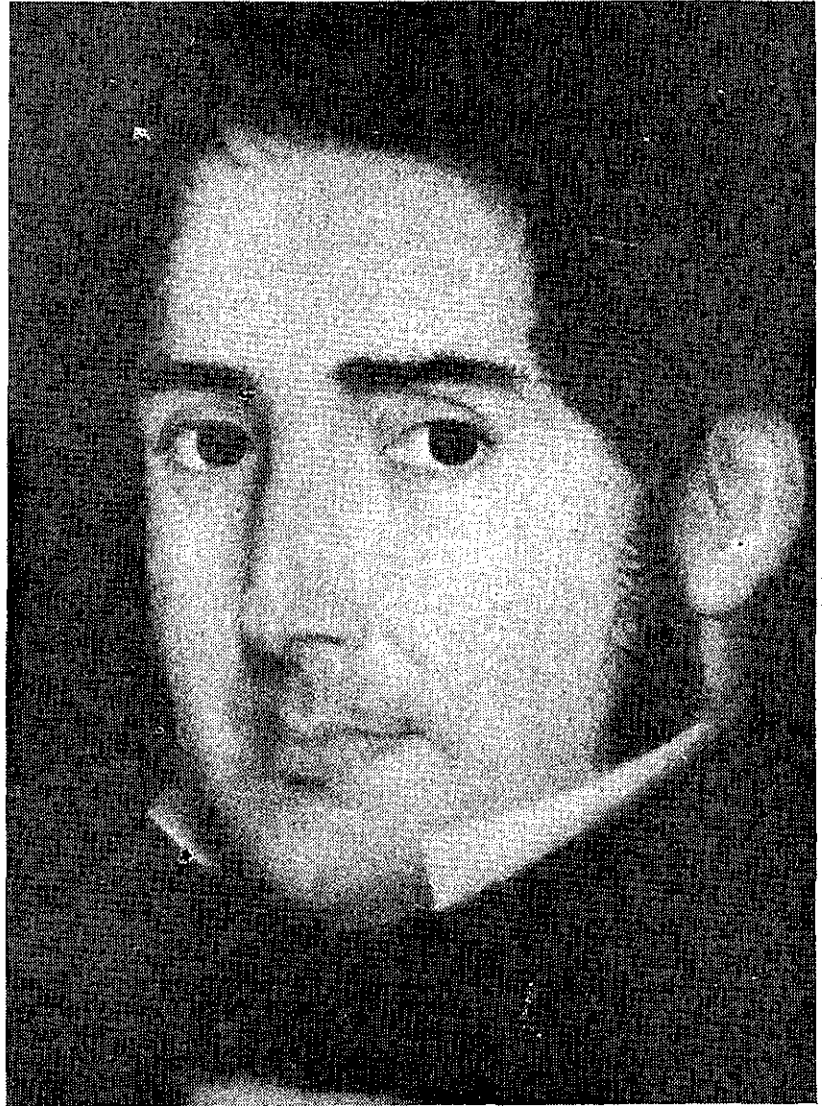
Hasta ahora, pues, todo andaba sobre rieles... El 8 de julio, Gutiérrez de la Fuente escribe a San Martín en tono inocultablemente optimista: *"Hasta hoy me parece que voy bogando con toda felicidad y desde hoy en adelante será más, con el empeño que toma en la comisión el coronel Urdininea"*.



Reitera las noticias sobre Mendoza, cuenta la resolución de la Legislatura sanjuanina y le anuncia que seguirá a Córdoba. Pero nuestro amigo empieza ahora a actuar por su propia iniciativa, apartándose de las Instrucciones que recibió, porque —señala— *"de ningún modo encuentro a los pueblos como V.E. se lo pensaba, respecto a la paz y tranquilidad que nos creíamos que disfrutaban"*. Pero el principal problema era la carencia de dinero: *"No nos hace más falta, para que todo sea hecho, que el dinero para los primeros gastos de la expedición y este es imposible sacarlo de ninguno de estos pueblos, y sólo sí de la capital"*. Ha resuelto, entonces, no viajar hacia el norte; el coronel José Ignacio Mendieta, amigo de Urdininea, será portador de las circulares de San Martín y de sus propias cartas a La Rioja, Catamarca, Santiago y Salta; él, por su parte se correrá hasta Buenos Aires. *"Si conociésemos que los pueblos podían obrar por sí, sin Buenos Aires, entonces sería excusado mi viaje para allá, pero como estamos convencidos de que es de primera necesidad mi presencia en aquel país"* ha resuelto emprender el viaje a la ciudad porteña. Si Buenos Aires se negase, *"veríamos que tenía deseo de que no se concluyese la guerra y lo acusaríamos a la faz del mundo por indolente"*.

La carta de Gutiérrez de la Fuente al Protector termina con una tierna preocupación: *"El premio que yo aguardo de V.E. de todos los buenos e interesantes servicios a la Patria que estoy prestando en el día, sólo es que no permita V.E. que mi amada esposa padezca ninguna necesidad, que la atienda y haga que no le falte su correspondiente asignación"*. Y termina diciendo *"Adiós, mi amado General"*.

El comandante, entonces, está adquiriendo vuelo propio. Con toda sensatez ha evaluado la situación y advierte que es inútil perder su tiempo en gestiones con las provincias del Norte donde de todos modos el pedido de San Martín va a tener receptividad; que lo importante es persuadir a Buenos Aires para que coopere con dinero para la expedición. Comprende que San Martín, después de varios años de ausencia ha imaginado un panorama inexistente y que su deber consiste en



Estéban Agustín Gascón  
cuya voz en la Legislatura de Buenos Aires  
fue la única que apoyó  
la misión de Gutiérrez de la Fuente

suplir estas deficiencias a su leal saber y entender. San Juan estaba también en el bolsillo: las buenas relaciones que entabla en estos días con Del Carril y Laprida, además del perfecto entendimiento con Urdininea, garantizan la cooperación sanjuanina. Hay que aprontar las alforjas y partir a Córdoba, donde la respuesta de Bustos, que eventualmente será el Jefe de la expedición, es decisiva.

Nuestro comandante está satisfecho con sus éxitos pero no desconoce las dificultades que le esperan. El 10 de julio parte hacia Córdoba con su asistente y un baquiano, por un camino notoriamente malo y solitario. Antes de irse ha distribuido diez medallas que el Protector hizo acuñar en el Perú

para celebrar su independencia. Y ahora sí empieza la etapa que va a exigir del agente de San Martín su mayor perspicacia, obstinación y patriotismo.

### Las dificultades

Fue un viaje perro. Lo acompañaba *"un viento desesperado"*, las mulas se aplastaron varias veces, el enconronazo de una acémila le rompió la caja donde llevaba sus papeles y hubo que perseguir las hojas por el campo. Las postas eran miserables, la comida horrible, y en consecuencia, un dolor de estómago se le instaló como compañero durante toda la marcha. Para completar, el quinto día rodó su cabalgadura, se le





Medallas de bronce realizadas en Bruselas en 1825 por Jean Henri Simon

quebró la espada y se le desgarró la levita.

Llegó a Córdoba el 15 de julio, con la salud estropeada y de muy malhumor. Se encaminó a la casa del gobernador, que estaba en el teatro, y se instaló allí. Cuando el coronel Bustos regresó, lo recibió con la mayor afabilidad, le dio una excelente cena y una hermosa pieza para reposar, con lo que nuestro peruano habrá mejorado sus ánimos.

En cuanto a la misión que lo llevaba, la cosa empezó a revelarse aquí más compleja de lo que hasta ahora se presentaba. Bustos leyó el oficio de San Martín por el

que se lo nombraba jefe de la expedición, aceptó la designación y se comprometió a ponerla en marcha en cuanto Buenos Aires mandara algunos auxilios. En Córdoba no había Legislatura: Bustos la había disuelto poco antes, por lo que no sería necesario el trámite que se había cumplido en Mendoza y San Juan. Además, el gobernador aprobó la decisión de Gutiérrez de la Fuente de pasar a Buenos Aires y puso a su disposición un birlocho, en vista de que la salud del enviado seguía delicada. Y finalmente resolvió que lo acompañara su sobrino, el doctor Francisco Ignacio Bustos, que oficiaría

como representante oficial de Córdoba en Buenos Aires.

Pero ya desde Mendoza el agente sanmartiniano sabía que Bustos no gozaba de mucho consenso en el interior, y que en Buenos Aires se lo aborrecía. El mismo mandatario cordobés había adelantado a Urduinea, días antes, que si Buenos Aires vetaba el proyecto a causa de su presencia, delegaría el mando en su segundo y seguiría colaborando desde afuera. Por otra parte, la carta de Bustos a San Martín aceptando y agradeciendo su designación, estaba tan llena de condicionales que hace dudar de su buena fe al

observador —como señala el profesor Julio César González—: "siempre que los pueblos se comprometan a dar empuje a este proyecto, siempre que ofrezcan un

apoyo... si obran de buena fe... si entran en este deber sagrado deponiendo sus resentimientos... si las autoridades se imponen el deber de compeler a los

pueblos a cumplir su compromiso..." Eran muchos "sies" para un hombre decidido a largarse a la patriada que proponía San Martín. Incluso el oficio que pa-

San Martín y Bolívar en Guayaquil.  
Gutiérrez de la Fuente se enteró de la abdicación del Protector al llegar a Mendoza.



sa a Gutiérrez de la Fuente, de acuerdo con lo conversado, precisaba que "si se allana todo esto y si a vista de las barreras que opone el proyecto se avienen los pueblos a sobrepujarla", entonces él volaría al campo de batalla sin omitir sacrificios.

A tal punto pareció al agente de San Martín poco alentadora esta respuesta, que sugirió se cambiasen sus términos, lo que hizo el gobernador. Sin embargo, informando a San Martín sobre su gestión en Córdoba, el comandante le asegura la buena fe de Bustos y afirma su seguridad de que marcharía a la lucha en cuanto se arme la expedición; lo mismo le dice a O'Higgins, pero al mismo tiempo le pide que escriba a Bustos halagándolo y alentándolo. Pese a sus seguridades, entonces, Gutiérrez de la Fuente no confía demasiado en la solidez de Bustos.

La verdad es que Bustos no podía negarse al requerimiento de San Martín. Había sido el iniciador de la sublevación de Arequito en 1819, que disgregó el Ejército del Norte, y uno de los motivos de la sublevación consistía —según se dijo entonces— en que el Directorio destinaba esta gloriosa fuerza a luchar contra los caudillos litorales, sacándola de su destino específico, la guerra contra los realistas en el frente norte. Bustos se había comprometido ante los pueblos a su misión en cuanto fuera posible. ¿Cómo podía, entonces, hacer oídos sordos a la convocatoria del Libertador?

Por otra parte, la liberación del Alto Perú era una causa popular en todo el interior argentino. La mutilación del antiguo territorio del virreinato había cortado las rutas comerciales del norte, bloqueado los canales de intercambio que llevaban mulas y mercaderías importadas a Potosí, Chuquisaca y La Paz, regresando con moneda metálica y tejidos. Desde la pérdida del Alto Perú, el interior argentino se había empobrecido, el dinero escaseaba, languidecía el comercio. El entusiasmo con que las provincias recibieron la iniciativa de San Martín respondía, desde luego, a sentimientos patrióticos; pero también a una desesperante necesidad de restablecer la vinculación con el mercado del mayor poder adquisitivo de esta parte de América: un problema que no preocupa a Buenos Aires, cuya economía no se había visto mayor-

mente afectada por la pérdida del Alto Perú, al menos en la medida que lo sufrían las provincias interiores.

De modo que Bustos tenía que responder afirmativamente al pedido de San Martín. Pero seguramente tenía pocas ganas de ponerse al frente de la expedición. No confiaba en el apoyo de las provincias; descontaba la negativa de Buenos Aires; sabía que su nombre era resistido y es probable que no viera con alegría la perspectiva de abandonar su silla, por aquello de lo que pasó al que se fue a Sevilla. . . Gobernaba Córdoba autoritaria y paternalmente, no quería meterse en empresas cuyo eventual fracaso recaería inevitablemente sobre él. Entonces, en la disyuntiva de tener que responder afirmativamente o exponerse al ludibrio de la opinión pública, dijo que sí pero agregó tantos otros "sies" que el negocio tomó, desde el primer momento, un carácter bastante vidrioso.

Mientras tanto, Gutiérrez de la Fuente se reponía de su viaje recibiendo infinidad de visitantes y frecuentando a algunas familias, donde no dejó de notar el "buen trato de todas las cordobesas" que son "generalmente bien parecidas". Dolores de estómago y hemorroides lo molestaban mucho, pero nada le impedía seguir escribiendo una sorprendente cantidad de cartas; aquí fue donde se arrepintió de no haber traído un amanuense. El dinero que tenía no era mucho, aunque los agasajos de que era objeto en Córdoba le permitían ahorrar la estadía. Iba al teatro cuando podía, conocía "señoritas bellas, de generoso trato" y activaba en lo posible su viaje a Buenos Aires, que al fin arrancó el 21 de julio.

El sólo hecho de ir en carruaje le significaba un alivio en sus dolencias, pero tampoco fue éste un itinerario placido: los indios andaban maloneando y se sabía de tropas de carretas saqueadas, hombres muertos y mujeres cautivas. A nuestro enviado le robaron durante el viaje un sombrero de paja, chifles y alforjas. Tuvieron que andar ligero para salir rápidamente de la zona amenazada por los indios y pronto la caravana se convirtió en un pequeño ejército, con las adiciones de pasajeros, tropas y paisanos que también marchaban hacia el litoral y preferían hacerlo juntos. Cuando llegaron a la posta del Barranco en-

contraron tres cadáveres y restos de saqueo, pero nuestro amigo tuvo en la posta del Saladillo una satisfacción: recibió una carta de Bustos en la que le comunicaba que el gobernador de San Luis se comprometía a aportar 150 soldados a la expedición. Al llegar a jurisdicción santafecina, Gutiérrez de la Fuente escribió a Estanislao López imponiéndole de su misión y luego siguió su viaje sin detenerse. Ya no había problemas de indios en adelante y las postas se sucedieron regularmente, sin otro inconveniente que la pérdida del archivo, recuperado días después. y una rodada del caballo (¡cuando no!) antes de llegar a Buenos Aires.

Finalmente, el 29 de julio de 1822 a las 7 de la tarde, el enviado del Libertador llegaba a Buenos Aires. Como algo había aprendido en estas semanas, se había adelantado a su compañero, el doctor Bustos, porque no quería que en la ciudad porteña se lo vinculara demasiado al gobernador de Córdoba. De todos modos, sabía que aquí le esperaba el hueso más duro.

Y, como era su costumbre, se encaminó directamente al Fuerte preguntando por el gobernador. No estaba en su despacho pero le indicaron su residencia particular, al costado de la iglesia de San Francisco. Tampoco estaba aquí; el viajero lo esperó hasta las 9 y aburrido de aguardarlo se fue a buscar alojamiento. No lo encontró en las posadas y entonces preguntó en algunas casas particulares, hasta que un vecino oriental de nacimiento, le cedió una pieza de su casa. Durmió a pierna suelta. Al otro día empezaban sus trajines.

### El fracaso

Nuestro viajero tenía muy claras sus prioridades —como diríamos ahora—. Primero, ponerse en contacto con las autoridades; después, presentar sus saludos a misia Remedios, "la madama del general San Martín".

Temprano nomás fue a la casa del gobernador pero se le hizo decir que lo esperaba en el Fuerte. En sus ácidas Memorias, el general Tomás Iriarte relata lo ridículo que resultaba el contraste entre la solemne prosopopeya de los habitantes de la sede gubernativa, y el espectáculo de los colchones meados de los hijos del gobernador, secándose en los pasillos oficiales... Gutiérrez de la Fuente no



Retrato pintado en Chile con motivo de la Independencia de este país, en uniforme de coronel de granaderos

formula comentarios tan sarcásticos pero surge de su Diario, que el primer contacto no fue muy positivo. Martín Rodríguez se limitó a recibir su saludo e indicarle que debía ver a su ministro. Entró, pues, nuestro viajero al despacho del omnipotente Rivadavia, quien lo recibió "con bastante urbanidad", habló airadamente de Bustos y le indicó que en la próxima reunión de la Junta de Representantes se trataría su misión.

Después de esta primera entrevista, el agente se dedicó a buscar un alojamiento decente. Lo consiguió mediante la gestión de un antiguo camarada de armas. Y enseguida se contrajo a su segunda prioridad: saludar a la esposa

de su idolatrado jefe, "la señorita doña Remedios Escalada de San Martín, madama del Protector". Ella lo recibió "con mucho agrado, como señorita en quien se reunían muchas buenas cualidades". Le preguntó mucho por su marido, "me preguntó si estaba gordo y me mostró un retrato que tenía en su sala; le contesté con particularidad a sus solicitudes, y en cuanto al retrato, le aseguré que estaba sacado propiamente y que advertía que el original era un poco más gordo".

Para la chismografía histórica, que insinúa una separación entre San Martín y su esposa, tanto el apuro del militar peruano por presentar sus respetos a la mujer de su jefe, como la ansiedad de ésta

por enterarse de la salud de su marido, son circunstancias muy significativas.

Después que se despidió "de esta recomendable señorita rindiéndole todos los deberes de mi reconocimiento", se retiró de la casa de los Escalada; durante su estadía en Buenos Aires, la visitaría varias veces y Remedios, por su parte, invitó a Gutiérrez de la Fuente a reuniones y "ambigús". Durante la conversación se enteró el viajero que un diario, al que llama "El Largo de Buenos Aires" ("El Argos de Buenos Aires", en realidad) traía algún comentario de su misión, no demasiado favorable.

Los días que siguieron fueron, para el agente de San Martín, jornadas amargas, que sólo pudieron endulzar las manifestaciones cordiales de los amigos del Libertador. Ellos y la familia política de San Martín, hicieron lo posible por rodearlo. En cuanto al gobierno porteño, su actitud fue fría y, al final de la estadía, casi grosera.

Pues lo cierto es que el tratamiento del pedido del Protector por la Junta de Representantes, se dilató y, cuando fue debatido, tropezó con un abrupto rechazo. Un par de reuniones se dedicaron a asuntos de rutina; cuando se leyó el oficio de San Martín, se lo giró a una comisión especial, aunque recomendando su preferente despacho. Pasaban los días y Gutiérrez de la Fuente empleaba su tiempo escribiendo una copiosa correspondencia y visitando o recibiendo a diversas personalidades. Algunas veces iba al teatro, cenaba en lo de Escalada o en la casa de Ambrosio Lezica —donde en una espléndida comida de cuarenta y dos cubiertos se brindó por el Protector— y trataba de interesar en el éxito de su gestión a cuanto personaje influyente conocía.

El 6 de agosto fue nuevamente al Fuerte a hablar con Rivadavia; "inferí que las resultas de mi solicitud no corresponderían a mis deseos; bastante desagrado recibí". Luego se entrevistó con el gobernador "de quien sólo adelanté descubrirle la indisposición que guardaba al Protector, aunque bajo de aparentes demostraciones de amistad". El agente de San Martín empieza a ver claro: "Me desengañé que no podía adelantar en nada en mi comisión; es que aún estaban agitadas las pasiones" contra su jefe.

El joven militar, como ya habrá advertido el lector, somatizaba tremendamente sus tensiones y disgustos. A partir de la entrevista del 6 de agosto cayó enfermo: dolores de estómago, vómitos, decaimiento. Tuvo que llamar a un médico, y es mejor no recordar los remedios que le recetó el galeno. Después de una semana de dolencias — durante la cual trató de aprovechar los intervalos de alivio para mantener al día su correspondencia y recibir algunas visitas, como la de Alvear— se levantó para asistir el 14 a la sesión de la Junta de Representantes. Aquí recibió la confirmación de sus pesimistas impresiones: los diputados del pueblo de Buenos Aires no tenían el menor interés en ayudar a San Martín...

El dictamen de la comisión especial afirmaba que, mientras los pueblos del interior no entraran al orden, nada podía hacerse en relación con la expedición que solicitaba el Protector del Perú. “¿Ha de arrojar a esa aventura el gobierno de Buenos Aires los fondos de su provincia y los soldados de su corta guarnición en momentos en que su tierra ha sido invadida por los bárbaros...?”. Pero el dictamen no se limitaba a desoír el pedido de San Martín sino que apoyaba la conveniencia de una mediación, por parte del gobierno porteño, entre los realistas y las fuerzas patriotas. ¡Cómo si Buenos Aires fuera un tercero que actúa para terminar con una discordia entre dos extraños!

La discusión posterior no mejoró en nada las palabras del dictamen. Por el contrario, reveló hasta qué punto la clase dirigente de Buenos Aires no perdonaba a San Martín su desobediencia de 1819. Primero habló el ministro de Hacienda, Manuel José García, a quien, años antes, Gervasio Posadas había calificado de “frío para las cosas de la Patria”. García mencionó en su discurso, permanentemente, al “general San Martín y el gobernador Bustos”, como si ambas personalidades fueran equiparables y como si la iniciativa de la expedición al Norte fuera del cordobés. Era una manera sutil de torpedear el pedido de iniciativa porque si había un personaje odiado en Buenos Aires, era Bustos. Solamente Artigas y Francisco Ramírez —ambos desaparecidos ya de la escena política— habían sido destinatarios de odios semejantes... Poner en yunta a San Martín y a Bustos era minimi-

zar el proyecto y condenarlo al fracaso.

García presentó objeciones prácticas, algunas no del todo infundadas, pero su tesis era que la limpieza de realistas en el Perú no debía hacerse mediante la guerra, “nada era más digno a la provincia de Buenos Aires que proporcionar la paz al Perú por medio de una negociación”. Según Gutiérrez de la Fuente, el discurso de García provocó en la sala “un general desabrimiento”. A continuación habló el canónigo Julián Segundo de Agüero, uno de los íntimos de Rivadavia: hizo un largo elogio de la paz, describió los horrores de la guerra y el riesgo que corría la provincia de perder todo lo que había logrado. Analizó las posibilidades militares de San Martín, se manifestó escéptico sobre las mismas y apoyó lo dicho por García: negociar, para lo cual debía autorizarse “no sólo los treinta mil pesos que pedía (el gobierno) sino cuanto se juzgase necesario para una empresa que haría honor a Buenos Aires y pondría el sello a nuestra independencia”.

¡Con ese dinero o menos se hubieran podido sufragar los gastos de la modesta expedición proyectada por San Martín!

El diputado Esteban Agustín Gascón fue la voz discordante de esta vergonzosa mediana. Recordó todos los armisticios y gestiones de paz que se realizaron con los españoles desde 1810; todas habían fracasado, ¿cómo no fracasarían también con un jefe duro e intransigente como La Serna? Además, la circunstancia de que Buenos Aires empezara una negociación con el enemigo demoralizaría a las provincias; ellas habían entrado en la revolución siguiendo el ejemplo porteño y ahora, en vísperas de su terminación, contemplaban a Buenos Aires negándose a la formación de un pequeño ejército. Una hora y media peroró Gascón quien, según anotó Gutiérrez de la Fuente —ubicado en los asientos reservados a los diplomáticos— aludió a “los esfuerzos de una rivalidad hacia el general San Martín”.

Después usó de la palabra Valentín Gómez para apoyar la posición oficial y retornó también Agüero para desmenuzar el discurso de Gascón. Finalmente, el veterano de Mayo, Juan José Paso, sentó una opinión decepcionante: “Lo más acertado era no hacer nada”. No valía la pena ha-

cer la guerra, porque San Martín podía arreglárselas solo, pero tampoco una gestión de paz tendría resultado.

Eran las 11 de la noche y la sesión se suspendió. “Yo me retiré bien alterado de la bilis con los delirios que había cido —escribe esa misma noche el agente de San Martín— y me recogí pronto en la cama”.

### Agotando las posibilidades

“Me levanté incómodo y bien temprano, recordando los acontecimientos en la Junta de la noche anterior; y deseaba sacar el último resultado y salir del país”. Seguía enfermo y ni siquiera podía refugiarse en casa de los Escalada, porque doña Remedios también estaba enferma.

Todo estaba perdido. Pero Gutiérrez de la Fuente no era hombre de achicarse y su experiencia se había enriquecido mucho en este viaje. Días antes había tomado contacto con Lezica, acaso el comerciante criollo más fuerte de Buenos Aires, amigo de San Martín, para interesarlo en un empréstito que permitiera suplir los fondos que los dirigentes porteños estaban cicateando al Libertador. Eran \$ 50.000 lo que aspiraba el peruano a obtener. Hubo conversaciones diversas pero finalmente todo quedó en agua de borrajas; en realidad, no faltó buena voluntad en el espíritu de algunos capitalistas, pero fue el propio Gutiérrez de la Fuente quien no se animó a asumir un compromiso tan oneroso sin autorización especial. No está de más recordar que el general José María Paz afirma en sus “Memorias Póstumas” que la policía de Buenos Aires investigó, meses después, en la casa de Lezica, el destino de los vestuarios que se estaban confeccionando para enviarse a la expedición; y que aunque no se opuso directamente a su envío, la policía dejó traslucir el desagrado oficial por esta contribución.

Pero sigamos con nuestro personaje. Nada le quedaba por hacer en Buenos Aires, sino esperar la contestación oficial. La idea del agente era volver a Córdoba y desde allí poner en marcha la expedición, como se pudiera. Su fracaso lo desazonaba, pero sin duda advertía que no había fracasado él y que era el espíritu porteño el que se reflejaba en la posición de la



Legislatura. En su "Contribución Histórica y Documental", Gregorio F. Rodríguez transcribe el acta de una sociedad secreta de Buenos Aires, titulada "Valeper", en la que figuraban estudiantes porteños y provincianos, que se reunían para debatir temas de interés público. El 7 de julio se trató el problema de la expedición requerida por San Martín y la mayoría de "Valeper" se pronunció por la negativa. José Pacifico Otero, que cita el documento transcrito por Rodríguez, acota que "en Buenos

*Aires existía un ambiente más desfavorable que favorable a emplear la fortuna pública en auxilio de San Martín*" y que un parte de la juventud contribuyó a esta atmósfera, no porque no admirase a San Martín, sino porque creía que la guerra podía terminar por vía diplomática.

Hubo, sin embargo, en esos días, un oscuro hecho que, con un poco de buena voluntad puede interpretarse como una excepción al ambiente generalizado en la ciudad porteña. Fue una chiriñada

que hubo de estallar el 23 de julio. Gutiérrez de la Fuente refiere que estaba asistiendo a una sesión de la Junta de Representantes cuando de pronto entró al recinto Rivadavia, cortó la palabra al diputado que estaba hablando y pronunció una encendida denuncia de la conspiración que había encabezado Gregorio Tagle, preso en el Fuerte en esos momentos. "Todo esto habló Rivadavia parado en la tribuna, echando espuma por la boca y del modo más acalorado". El ministro dijo que el disfraz de la conspiración era que el gobierno "se oponía al culto y quería entregarse a España". Al día siguiente era "vox pópuli" en la ciudad que el movimiento de Tagle —todavía hoy muy poco claro— invocaba como uno de sus motivos, la negativa del gobierno al pedido de San Martín. Pero también hay que recordar que Tagle fue uno de los más constantes enemigos del Libertador, y cuesta imaginarlo encabezando una revolución enarbolando una bandera sanmartiniana...

Sea como fuere, los días pasaban, Gutiérrez de la Fuente ardía por irse, pero no acababa de recibir la contestación del gobierno. Dos veces fue a ver a Rivadavia y las dos veces se le demoró prometiéndosele de un día para otro la respuesta oficial. Nuestro viajero seguía mal del estómago, tenía dolores en las piernas y se había resfriado con motivo de un chubasco que le cayó sin estar provisto de una capa impermeable... Solo las tertulias en la residencia de doña Remedios y los agasajos de otras familias, le ayudaban a pasar este amargo invierno. Estaba "convencido que el gobierno me quería embromar con algún fin particular". Temía que se pretendiera involucrarlo en la conspiración de Tagle y lo único que ahora quería, era dar un corte honorable a la situación.

Finalmente, el 29 de agosto recibía un oficio de Rivadavia, comunicándole que la contestación a San Martín iba en el pliego cerrado que se le entregó. Era un desaire al Libertador. El carácter diplomático que asumía Gutiérrez de la Fuente, la nota de San Martín que llevaba y el motivo de su gestión exigían algo más que una contestación en sobre cerrado. Pero ya nada más quedaba por hacer, salvo protestar formalmente, lo que hizo con vehemencia. El 1º de septiembre, el comandante sube a

Antonio Alvarez Jonte,  
enviado por el Protector del Perú  
en misión diplomática  
a Buenos Aires y Europa



su birlocho y emprende viaje a Córdoba.

### Salvar lo que pueda salvarse

Mientras el agente de San Martín andaba en estas desventuras, el coronel Mendieta que, como se recuerda, llevaba las circulares del Libertador a las provincias, recogía contestaciones positivas en todos lados. En La Rioja no había encontrado al gobernador Dávila, pero entregó los oficios y "según el semblante de los habitantes" descontento la buena voluntad de la provincia. En efecto, previa consulta a Quiroga, el gobernador resolvió prestar auxilios a la expedición, cuyo objetivo, decía, "se sobrepone a todo elogio que se pretenda hacer". Igual receptividad en Catamarca, donde el gobernador Ruza escribe a Gutiérrez de la Fuente, prometiendo cien hombres. A fines de julio, el coronel Mendieta entrega la nota de San Martín a Gorriti, gobernador de Salta.

En junio, Olañeta había iniciado la novena invasión a Salta, llegando hasta cerca de Jujuy. Salta no podía sino honrar la memoria de Güemes —aunque los que estuvieron en el poder provincial lo hubieran aborrecido—. En diversas comunicaciones, pues, el gobernador Gorriti promete no solamente los 300 hombres que se solicitan a Salta, sino más, si fuera necesario, "siempre que el gobierno de Buenos Aires proporcione, como es indudable, el numerario y demás elementos de que carece la provincia de Salta". La jurisdicción salteña (que entonces incluía Jujuy) era la que más había sufrido las consecuencias de la guerra y era lógico, entonces, que hiciera el mayor esfuerzo para concluir felizmente ese estado de cosas.

Tucumán, en cambio, envuelta en sus perpetuos conflictos, contestó lamentando no estar en condiciones de prestar auxilios. Y el santiagueño Ibarra, aunque respondió a San Martín con entusiasmo, le confidenciaba a su amigo José María Paz que no creía que la expedición se concretara. Zorro viejo, Ibarra le cuenta que se ha comprometido a hacer todos los sacrificios necesarios pero que deja que el asunto se diluya con el tiempo. Conoce el proyecto de mediación de Buenos Aires, y agrega: "Yo no entiendo de estas cosas, pero deseo que el Perú se abra de cualquier modo".

La *tournée* de Mendieta había

sido aparentemente alentadora. El 15 de agosto está en Córdoba y comunica a Urdininea que ha cumplido su misión y que encontró "la mayor disposición a favor del proyecto de auxiliar al Perú".

Gutiérrez de la Fuente tuvo noticias de Mendieta en vísperas de salir de Buenos Aires. El mal efecto que le había producido su fracaso aquí estaba compensado, en alguna medida, con el éxito del requerimiento de San Martín en el interior. Además, ya con el pie en el estribo, Miguel de Riglos le hace saber que una firma inglesa estaría dispuesta a adelantar algún dinero para la expedición; aunque los intereses sean altos, cree que se podrán obtener facilidades para el pago ulterior.

De modo que nuestro agente abandona Buenos Aires sin perder los ánimos del todo. Hay que salvar lo que pueda salvarse. Hay que insuflar optimismo a Bustos, concretar los ofrecimientos de las provincias y poner en marcha la expedición, por magra y pobre que sea. Así pensaría Gutiérrez de la Fuente mientras se zangolotea bajo una lluvia torrencial que dificulta el andar del carricoche. Y como no podía ser de otro modo, el viaje tiene otras dificultades: los ejes del birlocho se incendiaron en dos oportunidades; al final, el vehículo se descompuso del todo y hubo que seguir a caballo. Pero antes de llegar a Fraile Muerto (actual Bell Ville) el comandante sufrió una rodada. Siguió viaje, no obstante, soportando los dolores de la pierna, molestias en el pecho y un obstinado estreñimiento, hasta que el 10 de septiembre tiene el gustazo de encontrarse con el coronel Mendieta en las proximidades de Córdoba. El entusiasmo con que Mendieta venía de su gira, habrá ayudado a hacer olvidar a nuestro enviado sus inconvenientes.

Pero al otro día, ya instalado en Córdoba, el agente de San Martín vuelve a sentir que el alma se le cae a los pies. Cuando habla con Bustos para imponerle de los resultados de su gestión, el gobernador le espeta: "¡Hombré, sin dinero nada se hace!". Agregó Bustos que Córdoba no tenía plata y que en esta situación era inútil que el agente continuara. A la noche se retiró a su alojamiento "bien triste por haber trabajado tanto sin fruto". Sin embargo, el doctor Teodoro Méndez de Bustamante, que lo visita, lo insta a seguir adelante y, aunque sólo con 500

hombres al mando de Urdininea, poner en marcha la expedición.

Tozudo en el cumplimiento de su deber, nuestro viajero insiste con Bustos al día siguiente; le muestra los oficios que ha traído Mendieta y lo cargosea con las perspectivas que puede ofrecerle hacerse cargo de la expedición. No consigue más que vaguedades por parte del cordobés, pero al menos logra que pague un chasque llamando con urgencia a Urdininea. Tal vez los dos —piensa el peruano— consigan convencer a Bustos. Además, ese día, 14 de septiembre, llega a Córdoba la noticia de la caída de Quito en manos de Bolívar: la novedad llena de regocijo a Gutiérrez de la Fuente y electriza de nuevo a su decaído corazón.

Pero los días que siguieron fueron tristes. Llovía interminablemente y el viajero padecía de dolores al pecho y problemas intestinales. Estaba anclado en Córdoba, con poco dinero, perdiendo tiempo, sin que su gestión avanzara. Recordaba nostálgicamente a su "madama" y calculaba que a estas fechas ya debía haber nacido su hijo. La compañía de algunos pocos amigos y la tertulia de unas señoritas Luna, santiagueñas, paliaban un poco su melancolía, pero hubo días que ni siquiera salía de su alojamiento. De Urdininea, ni noticias... El 26 de septiembre le traen cartas que le reenviaban desde Mendoza y el corazón le da un vuelco: ¡es letra de su esposa! Efectivamente, su mujer había tenido un chico y estaba bien. Todos sus pesares se desvanecieron instantáneamente; "aquel contento se resolvió en extremos, porque la soledad en que estaba me lo permitió."

El paréntesis fue grato pero duró poco: los días seguían, casi siempre lluviosos y "yo rabiaba porque Urdininea no aparecía". Los dolores de pecho continuaban y "no sabía qué médico ver y consultar, porque todos los que habían eran unas bestias". En la desesperación que volvía a invadirlo se le ocurre hablar con Bustos para exhortarlo a que convocara a los pueblos a formar la expedición. Asintió el cordobés. Pero después hace "una vergonzosa retracción". Trató de no romper relaciones con él, dejándolo "en su apatía" y resolvió abandonar Córdoba el 12 de octubre; había estado más de un mes en la Docta, sin ningún resultado. Pero el día 9



Litografía de H. Stein (1892)

a las 5 de la mañana Mendieta golpea su puerta para avisarle que el panorama cambia subitamente: Urdininea en persona estaba en Córdoba; había llegado a las 3 de la mañana. No perdió tiempo en buscarlo y *"nos estrechamos en los brazos, porque conocía que con su llegada podíamos hacer mucho"*. El altooperuano había venido sin

equipaje, de apuro, y nuestro viajero tuvo que prestarle una camisa para hacer la visita protocolar al gobernador...

Todo parecía cambiar nuevamente, en un sentido favorable: el gobernador de San Juan estaba resuelto a hacer la expedición, con o sin Bustos. Pasaron el día haciendo proyectos y el 10 tomaron el to-

ro por las astas. Las preguntas que plantearon al gobernador de Córdoba fueron muy concretas: ¿cuántos hombres? ¿cuánto dinero? ¿cuándo se concretaba todo? Bustos mañereó, dijo que no podía desprenderse de 300 hombres, alegó pobreza; Urdininea le retrucó que su provincia, mucho más pobre, contribuía con 100 hombres



**Laureana Ferrari de Olazábal**

...s de las damas mendocinas  
...udaron al esfuerzo libertador



**Mercedes Alvarez de Segura**

y \$ 4.000. Finalmente Bustos descendió a aportar 300 soldados y \$ 6.000, comprometiéndose a pagar \$ 500 mensuales; pero ¡ah! era indispensable hacer un presupuesto para saber las contribuciones de las otras provincias.

Algo era. Trabajaron en eso un par de días y cuando llevaron el cálculo —que se conserva todavía entre los papeles de Gutiérrez de la Fuente publicados, como se ha dicho, por la Academia Nacional de la Historia— el cordobés lo aprobó. Los 300 hombres se sacarían del regimiento de infantería de línea o del regimiento No. 10, formado por negros. *“En la tarde —anota el agente de San Martín— salimos a dar un paseo a caballo (con Urdininea) más por hablar a satisfacción de nuestro proyecto, que por divertirnos”*. Lo cierto era que ambos formaban un dúo formidable; vivían en la misma habitación y su confianza recíproca era total. Ahora había que ultimar los detalles, para lo cual se volvió a enviar al coronel Mendieta a las provincias del norte para activar los preparativos; por su parte, Gutiérrez de la Fuente y Urdininea seguirían a San Luis y Mendoza. Mientras tanto, esperando el in-

dispensable papelerío, los dos amigos pasaban los días en reuniones sociales o escribiendo interminablemente.

El 18 de octubre llegan diarios de Buenos Aires con una noticia que alegra al agente del Protector: su mandante y Bolívar se han entrevistado en Guayaquil y —decía la información— éste enviaba 4.500 hombres a Lima. Más que nunca, entonces, había que urgir la expedición del sur. Finalmente el 22 de octubre, después de haber permanecido en Córdoba más de un mes y medio, Gutiérrez de la Fuente y Urdininea abandonan la ciudad. Por supuesto, durante el viaje soportaron lluvias tremendas y *“un viento furioso”*. En la posta del Bajo Grande tuvieron el gusto de conversar con el dueño, un tal Almagro, *“viejecito amigo de San Martín”*. Pero en la jornada siguiente se les escapó un asistente que los acompañaba, *“con todo el armamento y vestuario”*; *“con todo este contraste caí fuertemente enfermo”*. Una dolorosa jaqueca lo inmovilizó varias veces, mientras Urdininea lo cuidaba fraternalmente. Por fin, el 25 al mediodía llegaron a la ciudad de San Luis y se presentaron al go-

bernador José Santos Ortiz —el mismo que trece años más tarde moriría asesinado en Barranca Yaco al lado de Quiroga.

Ortiz fue leal y amistoso. Aunque habían convenido reunirse al día siguiente en su despacho, sabiendo que Gutiérrez de la Fuente estaba enfermo, fue a visitarlo a su alojamiento. *“Su disposición era la mejor; nos prometió que nos daría todo lo que se pidiese, y que aún era poco”* Reuniría a la Junta de Representantes y mandaría la contestación oficial para que alcanzara a los viajeros en Mendoza, pero descontaba que la respuesta ratificaría lo dicho. *“Este pueblo es muy pequeño y desordenado —anota nuestro personaje, que suele ser muy parco en observaciones generales— y cada casa parece una hacienda”*.

Iban a seguir la marcha el 28, pero en eso llegó carta del gobernador Gorriti, de Salta, anunciando que un inglés tenía interés en hablar con ellos para concretar un empréstito. Convenía esperararlo y así lo hicieron. En efecto, el 30 de octubre llegó un tal Godofredo Bygnand o Poyndand, ofreciendo \$ 100.000 que deberían abonarse ocho meses después de que las



Dolores Prats de Huisi



Margarita Corvalán de Anzorena de Montes de Oca

tropas patriotas ocuparan La Paz, con un interés del 100 %. Ciertamente, pagar el doble de lo recibido era desbordantemente usurario, pero no era fácil encontrar un capitalista que bancara una empresa tan endeble como la que se proyectaba. La propuesta habíase formulado primero a la Junta Provincial de Salta y Gorriti la había derivado, con buen criterio, al agente de San Martín. Pero éste carecía de facultades para comprometerse con semejante obligación y optó por firmar, también con toda sensatez, un convenio provisorio y condicional.

Pero antes de dejar San Luis, los dos amigos tuvieron oportunidad de comprobar lo que ya intuían: la mala fe de Bustos. Pues el gobernador Ortiz les mostró una carta que había recibido de su colega cordobés, "desanimándolo de la expedición".

No se conoce el original de este documento, aunque Paz Soldán, en su historia de la Independencia del Perú, lo cita en su catálogo. El historiador peruano, pues, conoció el original o una copia, seguramente sacada por Gutiérrez de la Fuente para tener pruebas de la

duplicidad del gobernador de Córdoba. En su "Diario" acota que el documento "*me hizo ver su mala fe, aunque es verdad que la buena fe la desconocía*". La duplicidad de Bustos, agrega, "*me tuvo pensativo y acaso mi enfermedad no era otra cosa que cavilación, pero no podía remediarlo*". De todos modos, como Bustos se había expresado en carta privada a Ortiz, ni el agente de San Martín ni Urduinea se dieron por enterados de su actitud y escribieron al cordobés una carta deliberadamente exultante, pintándole con vivos colores las buenas perspectivas de la expedición con el apoyo del empréstito. "*A la obra, pues, amigo Bustos!*" —le decían—. "*No se pare Ud. en pequeñeces... Marche Ud. al campo de las glorias e immortalice su nombre en todo el continente...*"

Bustos rechazó su oportunidad. La mediocridad de su talento prevaleció sobre los llamados del patriotismo. Ni se pondría al frente de la expedición ni mandaría jamás hombres o dinero.

#### El Gran Susto

Agasajados hasta última hora por el gobernador de San Luis, los

dos amigos partieron el 31 de octubre. Como rara excepción en sus andanzas, esta vez no hubo inconveniente alguno y el sábado 2 de noviembre llegaban Gutiérrez de la Fuente y Urduinea a Mendoza. Pero ese mismo día, en la posta del Rodeo de Chacón, un viajero los anotició de algo que los dejó pasmados: San Martín estaba en Chile. Había renunciado al Protectorado del Perú y se encontraba en Santiago.

Imaginamos los pensamientos de los dos patriotas ante esta noticia, que al principio se negaron a creer. "*¡Gran Dios de las batallas!* —clamaba Urduinea— *¿cómo en estos momentos tan dichosos oponéis nuevas barreras a la libertad de la Patria?*" Y mascullaba "*¡Carajo! ¡Todo va a perderse!*" Informantes oficiosos les decían que no había soldados ni ejércitos; que el Perú era presa de la anarquía, que los godos se aprovecharían de la situación, que no habría expedición contra Olañeta. Por su parte, Gutiérrez de la Fuente, lleno de susto pero aparentando serenidad, trataba de calmar a su compañero afirmando que la actitud del Libertador tenía que ser calculada para favorecer a la Patria.



En Mendoza, la estadía fue brevisima; apenas el tiempo necesario para tomar contacto con sus autoridades y los muchos amigos que había dejado el agente de San Martín. Se lo agasajó, concurrió al paseo de la Alameda, tomó helados "en un cafecillo donde siempre ocurría el Protector siendo gobernador de Mendoza". Ofició de bastonero en un baile y hasta danzó algunos minués y un cieli-to; pero andaba con la muerte en el alma. No obstante, sacó fuerzas de flaqueza para escribir un oficio a Rivadavia comunicándole la llegada de San Martín a Chile "en clase de simple particular" y afirmando que ahora más que nunca debía ponerse en marcha la expedición. Por su parte, Urdininea también escribe a San Martín trazándole un amplio y realista panorama de la situación en las provincias y ratificando que está dispuesto a encabezar la fuerza.

Después, los amigos se separaron: Urdininea retornó a la provincia de su mando y Gutiérrez de la Fuente, que seguía enfermo, apuró el paso de los Andes hasta ponerse en sólo cinco días en la capital de Chile. Fue a alojarse a la casa del diputado del Perú, Caverro, y éste le informó que San Martín estaba llegando a Santiago.

El 11 de noviembre nuestro viajero fue a ver al Libertador. "Tuve mucho gusto de encontrarlo tan gordo. El me recibió con los brazos abiertos. Hablé mucho con él. Allí comí y pasé todo el día".

Es una lástima que el "Diario" del enviado no sea más locuaz. Pero es evidente que el gran susto de Mendoza había pasado. San Martín habló largamente con Gutiérrez de la Fuente, varias veces y seguramente le habrá impuesto de muchas circunstancias que su agente no podía conocer. Allí se habrá enterado que mientras estaba en Buenos Aires, su jefe regresaba al Perú después de haberse entrevistado con Bolívar; y mientras se encontraba en Córdoba arrancando promesas a Bustos, el Protector renunciaba al poder y se embarcaba a Chile.

Pero hay algo incontestable: San Martín debe haberle asegurado a su hombre de confianza que su retiro de la vida pública no significaba el abandono de sus planes. Seguiría trabajando para acelerar la finalización de la guerra. Le habrá descrito la inminencia del desembarco de Alvarado con sus 4000 hombres en Arica y el plan

estratégico que había dejado en marcha para que esta fuerza se viera apoyada desde el norte y desde el sur. Lo cierto es que nuestro comandante, después de estas conversaciones, sigue funcionando como si San Martín continuara al frente de los destinos del Perú. Escribe a Urdininea, a Bustos, a Lezica, a Molina, conferencia con autoridades chilenas y se muestra más activo que nunca.

La carta a Urdininea, sobre todo, es reveladora de la adhesión que despertaba el Libertador en sus hombres, y la fe que Gutiérrez de la Fuente tiene en su jefe. Le cuenta que vio "a nuestro Protector, nuestro general, nuestro amigo". Le anuncia que San Martín le va a enviar poderes para que pueda negociar el empréstito de Poynand, y que también Caverro le enviará otro documento en nombre del gobierno del Perú. Y después de transmitirle otras instrucciones, en tono entusiasta y optimista, le dice: "Déjese Vd. de cavilar y pensar nada, ni bueno ni malo, sobre la venida del general a Chile como particular. Usted sabe que él siempre es y será nuestro único general. Usted no ignora que nadie es capaz de saber las cosas que él se propone reservar". Le insta a que no se guíe por rumores y agrega: "Lo único que puedo decir a Vd. es que el General trabaja y trabajará por nuestro Perú; que todo lo que se ha trabajado y se trabaja, todas, todas son disposiciones suyas". Y todavía insiste a continuación: "Con esto, todo lo he dicho; usted me entienda y basta".

Lamenta no poder acompañar a Urdininea en la expedición, porque San Martín lo envía a Puertos Intermedios para encontrarse con Alvarado y hacerle saber de la expedición que irá desde el sur. Y desbordando de optimismo le promete darle un abrazo en el Perú, "que tal vez seamos los primeros que nos veamos"; como sugiriendo que él desde el norte y Urdininea desde el sur no dejarán de encontrarse.

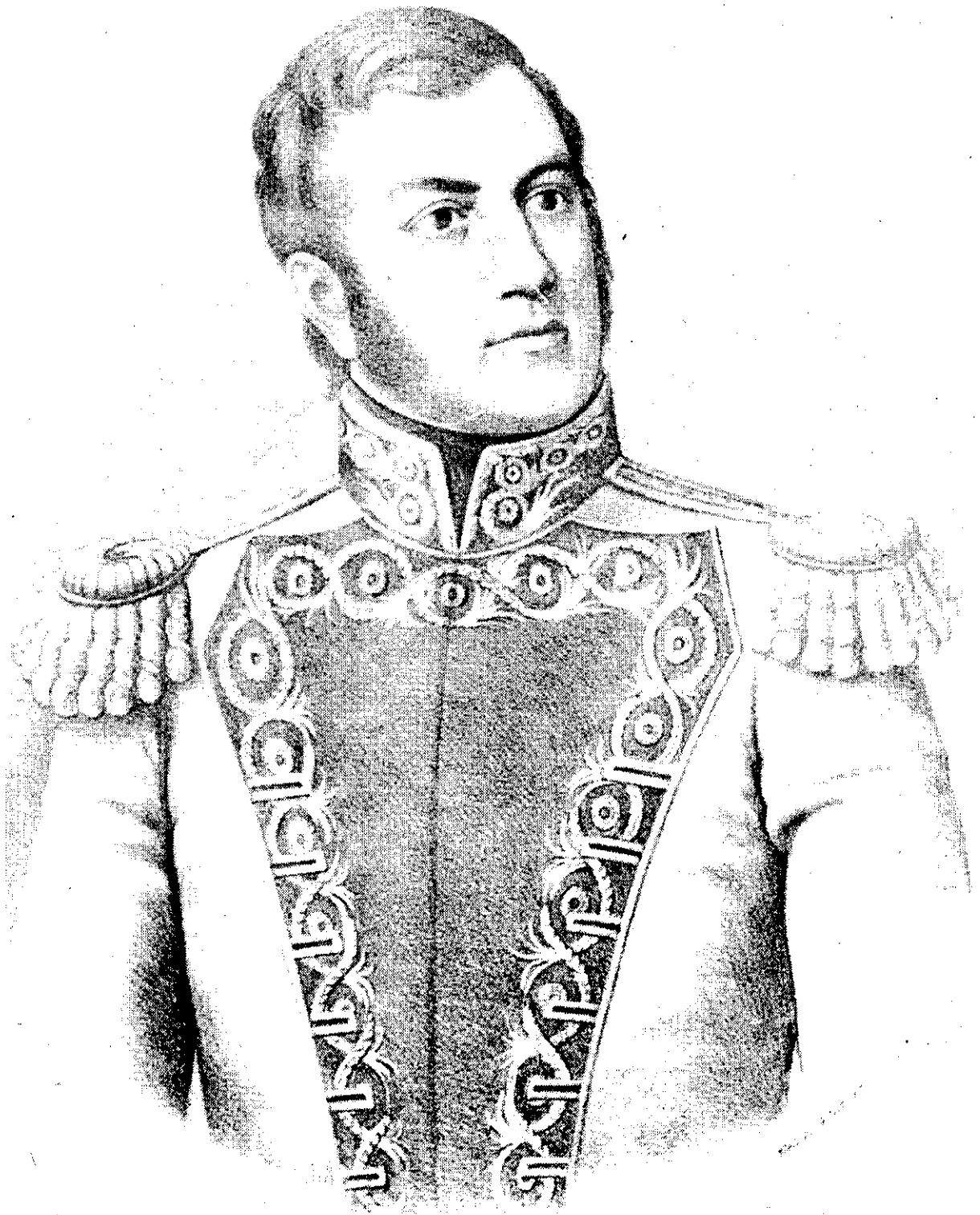
No entra en el propósito de este trabajo de divulgación conjeturar las intenciones de San Martín durante su permanencia en Chile y en Mendoza, en relación con los acontecimientos peruanos. Es muy conocida su correspondencia con diversos hombres públicos del Perú, y la vigilante atención con que se imponía de la evolución de los sucesos en la tierra cuya inde-

pendencia había declarado. Pero no podemos dejar de destacar la sensación que surge del "Diario" de Gutiérrez de la Fuente y los documentos que lo completan: el Libertador seguía actuando en Chile como un auténtico Protector del Perú. Insta al representante peruano en Chile a firmar un "acta de responsabilidad" garantizando los gastos en que incurra Urdininea; instruye a éste que mantenga relaciones con Bustos; le envía un poder propio "garantizándole todas las urgencias y enseres que necesitase". Escribe a Lezica garantizándole que Urdininea partirá en diciembre y que él responde por, a nombre del gobierno del Perú, sus gastos. ¡Y no es más que don José de San Martín, militar en disponibilidad!

Pero, como ha dicho Gutiérrez de la Fuente, "él siempre es y será nuestro único general". Su autoridad moral basta para que pueda desempeñar una función que, desde un punto de vista legal, no existe.

En cuanto a nuestro viajero, aunque mejor de ánimo, pues San Martín lo había liberado de su comisión con Alvarado, continuaba sintiéndose enfermo y deseando volverse a su tierra. No tenía ya dinero y fue menester una reunión conjunta con San Martín y Caverro para recabar los \$ 1000 que necesitaba para pagar deudas y abonar su pasaje a Lima. En esos trámites estaba cuando el 19 de noviembre a la tarde, sobrevino un tremendo terremoto. Describe nuestro viajero en su "Diario" el terror de los vecinos de Santiago y los daños causados por los temblores, que se prolongaron durante casi una semana. De todos modos, impaciente por regresar, el comandante fue a despedirse de San Martín, a quien encontró "algo sorprendido por los temblores". Tomaron una botella de cerveza y luego el Libertador le dio una carta para Caverro que permitió a nuestro viajero solucionar sus problemas de dinero. Por fin, el 23 se despide de San Martín y parte de Santiago en un birlocho, rumbo a Valparaíso.

El puerto estaba también asolado por el temblor. Todo era un desorden. Después de tentar suerte en diversas naves, el 30 de noviembre se embarcó en un bergantín atestado de pasajeros y después de doce días de navegación sin novedades desembarcó en el Callao; casi siete meses



*Jose G. "Gutierrez"*

había estado ausente.

El resto es casi obvio: apurado por llegar a Lima consiguió un caballo prestado y a las puertas de la ciudad sufrió una rodada —la última de tantas— y se rompió una pierna... Rengo y todo tuvo fuerzas para llegar a su casa, "*sorprender a mi madama, que no me aguardaba*" y ver a su chiquillo.

### Los destinos finales

Tal fue, en síntesis, la escasamente exitosa pero necesaria gestión de Antonio Gutiérrez de la Fuente. Unos pocos párrafos más permitirán seguir algunos cabos sueltos que quedan en el relato.

El coronel José María Pérez de Urdininea, fiel a su compromiso sanmartiniano, renunció a la gobernación de San Juan el 10 de enero de 1823 y se fue hacia el norte con los pocos hombres que consiguió reclutar. Antes de partir; en un último esfuerzo para ablandar la indiferencia porteña, envió a Rivadavia un mensaje lleno de halagos y buenas palabras. Buscando despertar la emulación de Buenos Aires, dice que la generosidad de San Juan y La Rioja le han permitido organizar una expedición de 300 hombres, y que no puede creer que "*Buenos Aires y su gobierno no me dejarán marchar sin sus auxilios y su dirección*". No sabemos que haya recibido respuesta.

El 25 de febrero Urdininea llega a Tucumán. Lanza una proclama: "*La división de mi mando es escasa, pobre y mal equipada; pero rica en valor y resolución*". No encuentra mayor eco y el 9 de mayo escribe desde Sumampa a San Martín: "*Todo el mundo se ha conjurado contra la expedición... Lea, general, los periódicos de Buenos Aires a este respecto y no podrá menos que escandalizarse*". El Libertador, instalado en Mendoza, sigue ansiosamente, sin duda, el itinerario de la pequeña columna. Pero sabe que ya es tarde: en enero, los desastres de Torata y Moquegua han virtualmente disuelto la expedición de Alvarado: un fracaso previsible desde que apunta Leopoldo Orstein — ella sólo tenía probabilidades de triunfo como parte de una estrategia general, combinada con las columnas que debían apoyarla por el norte y el sur. Aislada como quedó, no podía sino ocurrir lo que ocurrió.

Pero, Urdininea sigue adelante. Ha logrado un óptimo colaborador: "*Yo y mi segundo, coronel Jo-*

*sé María Paz, protestamos a V.E. no desistir en nuestro empeño hasta concluir con la destrucción del enemigo*" — escribe al Libertador. En efecto, Urdininea había escrito en diciembre de 1822 a su antiguo camarada convidándolo a la empresa y Paz, que se aburría en Santiago del Estero, aceptó encantado, se unió a la tropa en Tucumán y desde entonces siguió hasta el fin con esos hombres.

Un mes más tarde, Urdininea vuelve a dirigirse a San Martín desde Tucumán: se queja de la general indiferencia y se alarma ante la inexistencia de fuerzas que puedan impedir un eventual avance de Olañeta. Pero éste, que a mediados de 1822 estaba sobre Jujuy, en diciembre se había retirado al enterarse del desembarco de Alvarado en Arica. En la seguridad que por ahora los realistas no atacarían, Urdininea y Paz se sitúan unos meses en los valles calchaquies y luego establecen su campamento en León, sobre la entrada de la Quebrada de Humahuaca, a unas seis leguas al norte de Jujuy.

Aquí —dice Emilio A. Bidondo en "La Guerra de la Independencia en el Norte Argentino" — "llegan a disponer de alrededor de 200 veteranos y reclutas bien instruidos, armados y equipados". El cuerpo, que no podía continuar sin depender de alguna autoridad, se pone a las órdenes del gobernador de Salta, José A. Álvarez de Arenales, otro sanmartiniano, que contribuye con algunas fuerzas. "A poco andar —reitera Bidondo— se encuentra en el campamento de León con una fuerza en condiciones de operar con algunas posibilidades de éxito", sobre todo para efectuar maniobras de distracción y hostigamiento.

En los primeros días de 1824, la pequeña columna marcha a lo largo de la Quebrada y avanza sobre el Alto Perú. Sin que nadie se acuerde de ellos, silenciosamente, esos soldados están repitiendo los gloriosos avances de Balcarce en 1810, de Belgrano en 1812, de Rondeau en 1814... Son los fantasmas, las reliquias de la empresa continental de San Martín, el último eco del Libertador, que siguen su impulso aún en ausencia de éste. Pues San Martín ya está en Europa y otra estrella está ascendiendo en el firmamento americano.

Bolívar había puesto orden en el anarquizado Perú y Sucre avanzaba sobre el Alto Perú. En di-

ciembre de 1824 se libra la batalla de Ayacucho, noticia que llega a Buenos Aires a fines de enero suscitando un enorme júbilo. El 8 de febrero (1825) el gobierno de la provincia de Buenos Aires cuyo titular es Las Heras —sanmartiniano también— y que desempeña provisoriamente el Poder Ejecutivo Nacional dispone que Arenales tome contacto con Olañeta, el último resistente realista, para ajustar las convenciones tendientes a proclamar la independencia de las provincias altoperuanas.

Pero Olañeta, pese al suceso de Ayacucho, no quiere abandonar la lucha. Abandona Cochabamba y se traslada a La Paz y luego a Potosí. Cada ciudad que abandona cae en manos de los patriotas. Por su parte, Arenales avanza desde el sur con una columna cuya parte principal está formada por las tropas de Pérez de Urdininea. Esta fuerza no alcanza a pelear, pero su proximidad decide a uno de los lugartenientes de Olañeta a rebelarse contra su obstinado jefe; el episodio ocurre en Tumasla, cerca de Cotagaita, y concluye con el asesinato del propio Olañeta a manos de sus hombres. Es el último episodio de la guerra de la independencia en el Alto Perú, a principios de abril de 1825. Así, ese puñado de sanjuaninos, riojanos y salteños, representó la presencia de San Martín en la instancia definitiva de la lucha iniciada en 1810. Meses más tarde, en diciembre de 1825, el coronel José María Paz iniciaba una larga marcha desde el Alto Perú a Buenos Aires, conduciendo a los restos de la antigua columna de Urdininea para llevarla a la campaña contra el Brasil. En sus "Memorias Póstumas", el Manco recuerda con emoción a éstos, sus "hermanos de Armas", a quienes llevó a la gloria en Ituzaingó.

El otro cabo suelto que queda es Bustos. Después de las gestiones que hemos relatado, en diciembre de 1822 encontró la oportunidad que buscaba para desvincularse de su compromiso. Alegó que el alejamiento de San Martín modificaba el panorama y retiró su palabra de ejercer la jefatura de la expedición que, como hemos visto, comandó Urdininea. Prometió auxilios pero tampoco en esto cumplió. Bustos permaneció en el gobierno de Córdoba hasta 1829, hostilizando siempre toda iniciativa que partiera de Buenos Aires pero sin poder llevar adelante ninguna que fuera útil al país.

Nos falta Urdininea. Su trayectoria posterior fue prolongada y distinguida. El historiador sanjuanino Horacio Videla, que no le tiene simpatía le reprocha haber entregado a Sucre el cuerpo que tenía a sus órdenes. En realidad, el militar altoperoano no hizo más que subordinarse con su gente a quien aparecía como el libertador de su patria y organizador de sus instituciones. Desde 1825 Urdininea se radicó en su tierra natal y desempeñó importantes cargos: presidió la Asamblea Constituyente de Bolivia y Sucre lo nombró su ministro de Guerra. Fue en diversas oportunidades prefecto de Potosí, y después de actuar en las alternativas de la agitada vida política y militar de su país, falleció en La Paz en 1865, a los 83 años.

### Conclusión

Los historiadores que no aman a Rivadavia suelen relatar este episodio enfatizando la responsabilidad que le cupo al ministro de Martín Rodríguez y sosteniendo que la renuncia de San Martín al Protectorado se debió a la falta de apoyo que encontró Gutiérrez de la Fuente en Buenos Aires.

Basta una confrontación de fechas para advertir que la renuncia de San Martín no se debió al fracaso de su agente en la provincia porteña. El Libertador se entrevistó con Bolívar a fines de julio y regresó a Lima a fines de agosto; no pudo saber, pues, el resultado de las gestiones de su enviado, que se prolongaron a lo largo del mes de julio. Por otra parte, como se ha visto, de regreso en Chile, San Martín seguía promoviendo la expedición que comandaría Urdininea sin que le hubiera hecho mella el poco éxito de su enviado.

Por otra parte, si Rivadavia fue responsable del fracaso de Gutiérrez de la Fuente, no fue el único responsable. La opinión pública porteña, el sector dirigente, los diarios, la mayoría de los diputados, todos se mostraron fríos ante la requisitoria del Libertador. Por antipática y hasta descomedida que haya sido la actitud de Rivadavia, no hizo más que interpretar el sentimiento general de Buenos Aires, desentendida ya de la guerra de la emancipación y sólo atenta a lo que ocurría en sus propios límites. Hay que señalar también, en descargo de la indiferencia porteña, que tampoco en el in-

terior la expedición, una vez en marcha, encontró mucho entusiasmo. Provincias extenuadas, reaciosas entre sí, sólo buscaban remontar sus propios problemas; y los triunfos de San Martín en el Perú daban la sensación que en poco tiempo más y sin mayor esfuerzo, la guerra quedaría terminada.

También hay que tener en cuenta que Bustos no era el mejor nombre para encabezar la expedición: su nombre despertaba demasiadas resistencias en Buenos Aires y su personalidad prometía una jefatura poco apta.

Entonces, ¿se equivocó San Martín al enviar a Gutiérrez de la Fuente? ¿Se equivocó al confiar en Buenos Aires? ¿Se equivocó al confiar en Bustos? Creemos que no. El Libertador, sin muchas ilusiones, hizo lo que tenía que hacer. Era necesario tocar a rebato en las provincias argentinas y convocarlas para un último esfuerzo; era indispensable recurrir a Buenos Aires; y el único jefe veterano de la guerra de la Independencia con mando sobre una provincia con algunos recursos, era Bustos. Entonces el Libertador recurrió a estos elementos, por poco confiables que fueran. Tal vez este íntimo escepticismo que conjeturamos explique el sentido de la designación de Antonio Gutiérrez de la Fuente, hombre leal y animoso pero carente de una personalidad política que diera relevancia a la misión que investía.

Pero ¿qué hubiera ocurrido si Gutiérrez de la Fuente hubiese tenido éxito? Podemos jugar con la idea e imaginar que la expedición de Alvarado, dándose la mano con la que venía del sur, hubiera enfrentado separadamente y batido a las fuerzas realistas; que el Alto Perú hubiera recibido su emancipación por parte de fuerzas que enarbolaban la bandera argentina; en suma, que esa rica parte del antiguo virreinato no se hubiera separado de su antigua integridad.

Los hechos son los hechos. El emancipador del Alto Perú fue Sucre y la antigua dependencia de Buenos Aires decidió bautizarse con el nombre de Bolívar y emprender una vía propia. Pero la historia tiene también su lógica: Rivadavia dio el golpe definitivo a la expedición pedida por San Martín en 1822; en 1825, los rivadavianos del Congreso facilitaron, sin moverse un pelo, que el Alto Perú abandonara el conjunto rioplatense.... ■



Algunos historiadores que simpatizan con Bustos suelen aludir a su amistad con San Martín y se hacen lenguas de la receptividad que demostró a su pedido de encabezar la expedición al Alto Perú. Pero parece difícil que el Libertador haya mantenido un buen concepto del cordobés, después de la duplicidad que demostró en la hora de la verdad. Derrotado por Paz en San Roque, la medianía de Bustos se refugió en Santa Fe bajo el ala de Estanislao López, falleciendo pocos meses después.

Las trayectorias posteriores de San Martín y Rivadavia son demasiado conocidas para sintetizarlas aquí. Pero no está demás recordar que en 1824, cuando ambos se encontraron en Londres en una cena con amigos americanos, el Libertador tuvo un duro altercado con el ministro bonaerense; fue tan agrio el episodio que San Martín salió decidido a desafiarlo en duelo, de lo que fue trabajosamente disuadido por amigos comunes. ¿Es mucha suspicacia pensar que entre los agravios que San Martín enrostró a Rivadavia figuraría el sabotaje de éste a la misión de Gutiérrez de la Fuente?



# El camino de los Patos



por  
Orlando  
Mario  
Punzi

Este ensayo histórico no examina el trascendental acontecimiento del Paso de los Andes por el camino de Los Patos desde el punto de vista militar, ni somete a juicio crítico su desarrollo estratégico o sus connotaciones tácticas. Los numerosos cuanto importantes estudios especializados en esa materia así como la versación y autoridad de los comentaristas que han agotado el tema nos eximen de tan alto propósito. En el presente trabajo intentamos una aproximación al más probable itinerario de la columna Norte en territorio argentino, habida cuenta de la imprecisión de las viejas cartas topográficas, la carencia de datos altamente fidedignos y las dudas y diferencias de los historiógrafos en lo referente a una reconstrucción exacta de la ruta de San Martín por el mencionado camino de Los Patos.

Leopoldo R. Ornstein, en su clásica obra "La campaña de los Andes a la luz de las doctrinas de guerra modernas" (Buenos Aires, 1929) expresa (tomo II, pág. 167) que "para seguir la marcha del ejército no existe documentación precisa", y que sólo se dispone de "noticias fragmentarias" de algunas jornadas (pág. 169). Eduardo Acevedo Díaz, en su folleto "El Paso de los Andes, camino a través de cuatro cordilleras" (Buenos Aires, 1948), confirma el aserto asegurando que "no se conocen con exactitud" aquellos tramos (pág. 46). En las "Memorias inéditas del Coronel Manuel A. Pueyrredón. Historia de mi vida. El Paso de los Andes" (Buenos Aires, 1947), se sostiene:

"No se puede detallar el orden de marcha, porque no es posible que lo hubiera por la excesiva escabrosidad del terreno. Se marchaba en fila según los accidentes, particularmente en los desfiladeros donde apenas cabe un hombre; así, pues, no había orden posible en unos lugares en que tenían que cuidar en no caer en los tremendos precipicios de aquellos lugares.

Y para ahondar el problema, Juan J. Biedma, en sus notas explicativas en "Documentos referentes a la guerra de la independencia" (Buenos Aires, 1920) del Archivo General de la Nación (1) aclara (pág. 44) que "desgraciadamente no se ha podido encontrar dato alguno sobre la marcha de Las Cuevas a Uretilla", y que "no hay documentos sobre la etapa de Uretilla a Los Manantiales, ni sobre el paso del río de Los Patos." Que abarcan cuatro tramos del itinerario, agregamos nosotros.

San Martín —como es bien sabido— planeó diecisiete jornadas para su propia columna, cuyo desarrollo en territorio patrio abar-

can: de El Plumerillo a El Jagüel, Las Higueras, Las Cuevas, Yaguaraz (o Yalguaraz o Yeguaraz), falda del cerro del Tigre, arroyo Uretilla, río San Juan (o de Los Patos), Los Manantiales, Los Patillos, Los Patos, Mercedario y —ya en Chile— Los Pluqueres. Este ensayo, sobre la base de mapas actualizados, con mejores referencias y mediciones más exactas, siguiendo las curvas de nivel más propicias, las cotas más favorables y aún las meras sendas que orillan los cerros, pretende reconstruir ese itinerario ideado por el Gran Capitán, especialmente en el tramo comprendido entre Yaguaraz y Los Manantiales, vale decir, al comenzar precisamente el avance por la zona más comprometida del camino.

Pero si bien el tiempo, la nieve y el viento han borrado de los pedregales, de las "faldas arrancadas", de los cauces secos y de los despeñaderos la huella de los adalides de la independencia americana, y la reconstrucción física — metro por metro y minuto por minuto — yace bajo los escombros de las avalanchas y de los aludes, es empero factible paralelamente rescatar del impresionante cuadro general de la escena andina los penosos sufrimientos, la tortura moral, la depresión psíquica arrostrados sin otro desfallecimiento que la muerte por los legendarios soldados del Libertador.

#### La epopeya sanmartiniana

La epopeya sanmartiniana, así limitada al estudio del avance por el camino de Los Patos, y —según va dicho— solamente al tramo desarrollado sobre territorio argentino, ha sido tratada con criterios dispares, en lo concerniente a itinerarios, por las obras clásicas ya

*A los soldados anónimos  
que cayeron para  
siempre en el Paso de los Andes.*

"Pecieron muchos hombres,  
atacados por el soroche los unos,  
y helados los otros.  
Su número llegaba a 300.  
En la cumbre hizo un frío  
tan intenso  
que se helaron 60 ó 70 hombres,  
que murieron."

Coronel Manuel A. Pueyrredón  
("Memorias inéditas")

enumeradas (Ornstein, Acevedo Díaz, Archivo General de la Nación) en las cuales se advierten desajustes con relación al terreno real existente —sendas, cotas, distancias, vados, cauces—, diferencias que trataremos de señalar al sólo efecto de aportar nuevos elementos de juicio y opiniones que conduzcan a una verdad histórica más afinada. Atribuimos tales presuntas inexactitudes a la carencia de datos cartográficos más precisos que los actuales —constantemente mejorados, renovados, controlados— en el tiempo y en la época de los trabajos historiográficos a que hacemos mención. Así, por ejemplo:

1) La medición en leguas de las etapas del cruce anotadas por San Martín en su "Itinerario de Mendoza a Putaendo por el camino de Los Patos, con expresión de las jornadas con agua, pasto y leña" (2) seguramente calculada por datos empíricos, por tiempos de marcha, por informes de baqueanos o por planos imperfectos, no guarda relación con el kilometraje real que indican las cartas. El Libertador anota, v.gr., como de seis leguas los tramos El Plumerillo-El Jagüel, falda del cerro del Tigre-arroyo Uretilla, río San Juan-Los Manantiales, y Mercedario-Los Piuquenes, que en los mapas miden según nuestros cálculos 18,5;

21; 15 y 17,5 kilómetros, respectivamente. La más aproximada relación o equivalencia entre ambas formas de medición da un promedio de 3,5 kilómetros por legua.

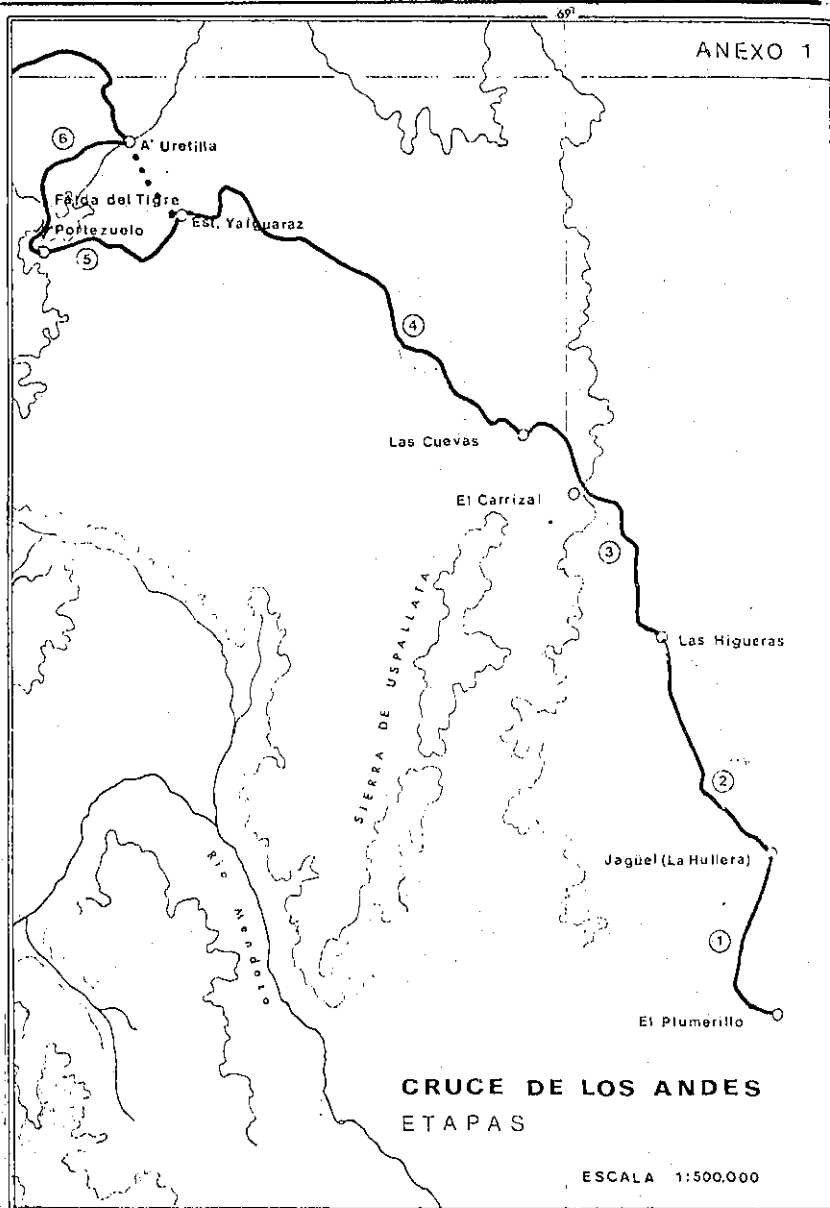
2) Creemos que la ruta real seguida por la columna de San Martín fue la proyectada por el conductor, con excepción del tramo Yaguaraz-falda del cerro del Tigre-arroyo Uretilla, que se redujo directamente a uno: Yaguaraz-arroyo Uretilla (Ver Anexo 1), por las siguientes razones:

a) La distancia conjunta es de 41 km. (20 de Yaguaraz a la falda del cerro del Tigre, y 21 km. de allí al arroyo Uretilla), es decir, dos jornadas que podían reducirse a



una etapa de 9 km., que es la distancia directa de Yaguaraz al arroyo Uretilla (hoy Ureta). Expresado en leguas: 11 leguas (5 de Yaguaraz a la falda del cerro del Tigre, y 6 de allí al arroyo Uretilla) reducibles a dos y media, ganando un día de marcha.

b) El pasaje de Yaguaraz al arroyo Uretilla por la falda del cerro del Tigre implica cruzar la cordillera homónima a una altura que oscila entre los 4.700 y 4.000 m. por el portezuelo del Tigre (promedio: 4.350 m. de cota), y exponiendo a la tropa y el ganado a los padecimientos del frío, el apunamiento, el desgaste físico y las pérdidas consecuentes.



c) Por el contrario, el pasaje directo de Yaguaraz al arroyo Uretilla exige salvar alturas comprendidas entre el cerro Cucaracha (2.728 m.) y la curva de nivel de los 3.000 m. (promedio: 2.864 m., notablemente inferior a la cota del portezuelo del Tigre).

d) Las alturas comparadas de las cordilleras del Tigre y del Espinacito muestran mayores cotas en aquella, a diferencia de los datos comúnmente aceptados en el sentido de que el cruce por el Espinacito fue el de mayor cota del camino de Los Patos. (Ver Anexo 2).

3) La tesis sustentada por Acevedo Díaz acerca de la imposibilidad de sortear la cordillera del Tigre por el Norte por carencia de agua en la zona ("no se da de beber a 10.600 mulas y 1.600 caballos

en un mar de guijarros", dice) no la compartimos, puesto que:

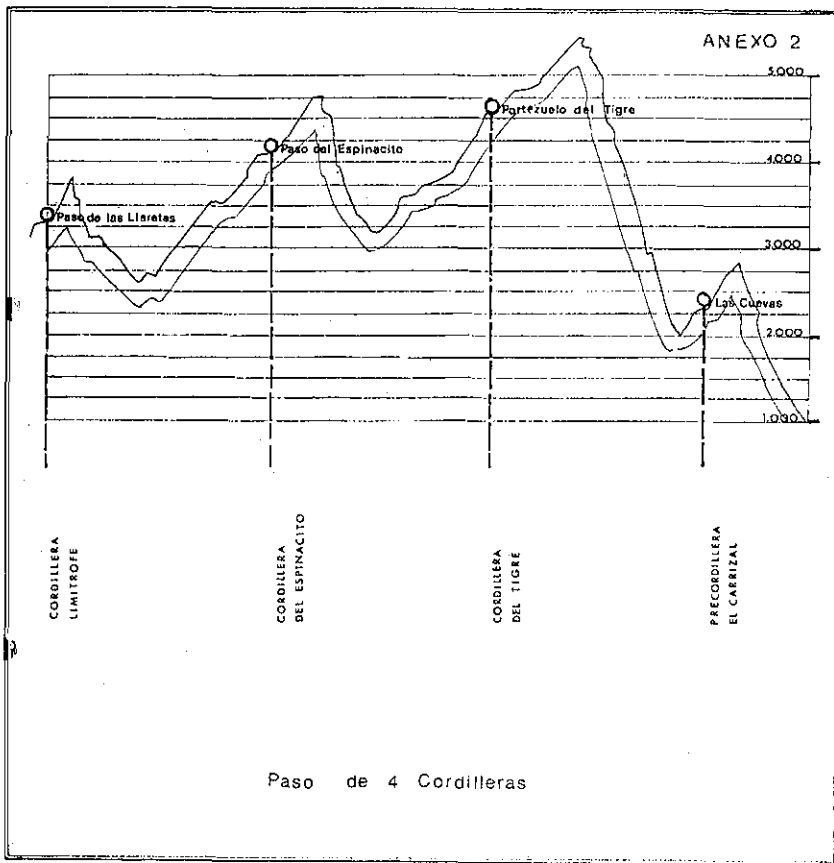
a) Tanto Yaguaraz como el arroyo Uretilla son lugares de "mucho" y "bastante" agua, respectivamente, según las observaciones anotadas por San Martín.

b) La instalación de una estancia en Yaguaraz supone un medio ambiente fértil.

c) El día de descanso ordenado por el Comandante de la Primera División de Vanguardia (3) "a su cabalgadura" en el arroyo Uretilla, indica facilidad de campamento (agua, pasto, leñas).

d) Existe una senda secundaria, visible en la carta topográfica, que une Yaguaraz y arroyo Uretilla. El paso es, pues, posible.

4) Ornstein, por su parte, propone que el pasaje del río San



Juan o de Los Patos se produjo a la altura de su afluyente de Las Horqueterías (5 km. al Norte de la desembocadura del de Las Leñas), y que el ejército bajó por la margen izquierda del río Los Patos hasta el de Las Leñas, y finalmente tomando por éste último encaró directamente el escalamiento de la cordillera del Espinacito. Tal ruta exige el previo escalamiento del cordón del Tigre a una altura aproximada a los 5.000 m. de cota, y posteriormente dejar de lado el campamento de Los Manantiales, donde existían depósitos de viveres y forraje, y es zona ideal de descanso (Ver Anexo 3).

5) Acevedo Díaz sostiene que el ejército pasó de Yaguaraz al arroyo Uretilla directamente —teoría con la cual coincidimos—, pero de allí encara el cruce de la cordillera del Tigre de Norte a Sur por el portezuelo homónimo, y luego la ruta enfila el itinerario de Ornstein para cruzar el río de Los Patos. Ello significaría que la columna sanmartiniana salvó dos veces el cordón mencionado, a 4.350 y 5.000 m. de altitud, sucesivamente. Además, luego del cruce del río vira hacia el Norte por su orilla izquierda y sin alcanzar el actual paso San Martín

gira hacia el Suroeste en procura de Los Manantiales (Ver Anexo 4).

6) El Archivo General de la Nación, en su mencionada obra "Documentos referentes a la guerra de la independencia", publica un viejo mapa titulado:

"Los caminos de la montaña. El Paso de los Andes por el General José de San Martín en Febrero de 1817. Marcha estratégica de la División Las Heras por el paso de la cordillera de Uspallata y valle de Aconcagua, y de la Vanguardia y Reserva por el paso de Los Patos y valles de Putaendo y Aconcagua, partiendo ambos de Mendoza hasta converger al punto estratégico de la cuesta de Chacabuco al norte, coordinado por el General B. Mitre según los documentos históricos."

En tal carta, además de las erróneas denominaciones de las columnas, se las hace cumplir un itinerario común hasta Uspallata, donde se separan, y la de San Martín toma al Norte por el Camino del Inca; luego cruza el río de Los Patos a la altura del de Las Leñas, pasa al sur de Los Manantiales y salva la cordillera limitrofe por el boquete de Valle Hermoso (Ver Anexo 5).

7) En la misma obra del Archivo General de la Nación se ilustra el acontecimiento con otra carta geográfica, bajo el título "Itinerario del Ejército de los Andes, de Mendoza al Bio-Bio", donde se ubica Los Manantiales al Este del río de Los Patos; en cuanto a la ruta, se la traza escalando el cordón limitrofe por el portezuelo de Valle Hermoso (Ver Anexo 6)

A nuestro criterio, las dos columnas iniciaron la marcha juntas desde El Plumerillo hasta El Jagüel (18,5 km.), desde donde las tropas de Las Heras torcieron el rumbo francamente al Oeste, y las del Libertador hacia el Noroeste por Las Higueras (29 km.), traspusieron la precordillera por El Carrizal (2.300 m.) hasta Las Cuevas (31 km.), continuaron hasta Yaguaraz (47 km.), salvaron el cordón del Tigre por el Norte (a 2.860 m.) hasta el arroyo Uretilla (9 km.), se orientaron hacia el Oeste para vadear el río San Juan (o de Los Patos) (37 km.) por el actual Paso San Martín, ascendieron en procura de Los Manantiales (15 km.), sortearon el bravo Espinacito (4.500 m. de altitud) hasta Los Patillos (25 km.), bajaron hacia el Sur por el cauce de Los Patillos hasta la desembocadura de Los Patos (12,5 km.), subieron por el río hasta el Mercedario (12,5 km.) y de allí enfilaron hacia el Este en busca del portezuelo de Las Liñetas del cordón limitrofe (o simultáneamente por los boquetes de Ortiz y Golpe de Agua) (17,5 km.) para pasar finalmente a Chile.

Total: más de 250 kilómetros quedan atrás, jalonados por la muerte de tantos soldados anónimos y cientos de animales. Es lícito pensar que en la mente del conductor privó la idea de alcanzar el teatro de operaciones chileno con tropas en buenas condiciones físicas y una eficaz caballería de combate, y dejó el sacrificio del desgaste en la montaña a los milicianos —a cargo del transporte de artillería abastecimientos— y a los útiles mulares. Ellos —inferimos— y los hombres de color menos resistentes al frío soportaron la mayor mortandad, en particular en las jornadas nocturnas de los boquetes del Bermejo y de la Iglesia (3.800 m.) al Sur, y del Espinacito (4.500 m.) al Norte.

#### El camino de Los Patos

"El 9 de enero de 1817 se inicia la campaña militar más grandiosa

que registra la historia de la independencia del continente americano —señala Ornstein—, día en que rompen la marcha las columnas destinadas a efectuar las operaciones secundarias”.

El 18, Las Heras —al mando de la columna de Uspallata— abre la campaña hacia El Jagüel, punto situado a 18,5 km. al Norte de El Plumerillo. Va con el Batallón N° 11, treinta granaderos a caballo y dos piezas de a uno servidas por veinte artilleros que llevan sobre sí la honrosa responsabilidad de iniciar la aventura imposible. Al día siguiente se le reunirán los primeros escalones de la vanguardia de la columna de Los Patos, y desde allí divergerán en busca de sus respectivos itinerarios. Esta jornada de ambos destacamentos con igual objetivo (El Jagüel) hacia el Norte tiende al parecer a probar sobre el terreno la funcionalidad del ejército y a despistar de paso a los presuntos observadores españoles acerca del verdadero ca-

mino que seguirán las tropas. San Martín anota: “De Mendoza al Jagüel, terreno plano y terroso con monte y agua a una legua antes de la parada. Bastante pasto y leña. Distancia: 6 leguas.”

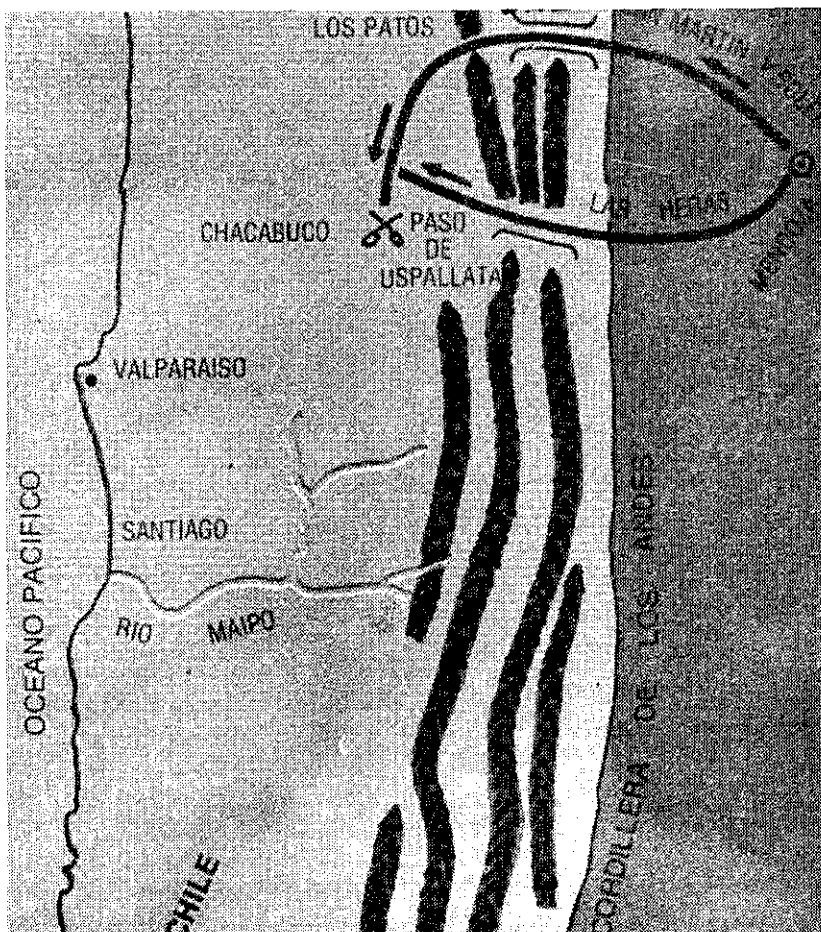
De ahí en más las columnas se dividen: Las Heras toma francamente al Oeste en busca de Villavencio (entrada de la quebrada de Canota), mientras Soler, que va a la cabeza de las fuerzas de Los Patos, lo hace hacia el Noroeste, con objetivo en Las Higueras. Si bien, al salir de El Jagüel la ruta de Uspallata es de fácil identificación, la que comanda San Martín cubre un recorrido semicircular a través de cuatro cordilleras en territorio argentino, anchos guijarrales, ríos de montaña, marcando un itinerario de impreciso trazo y de difícil reconstrucción, especialmente en la crucial etapa Yaguaraz-Los Mantiales, que los distintos autores describen de manera diferente, y cuyo análisis —según va dicho— forma parte substancial del presente estudio.

“El genio revolucionario de San Martín —comenta Acevedo Díaz— transformador de la Historia, tuvo en la zona andina su más adecuado escenario”, pues su camino coincide con el lugar de la conmoción geológica más antigua de nuestro suelo. Gigantescas fuerzas actuaron desde lo profundo del planeta desde las eras Primaria y Secundaria. El borde occidental de un continente único que unía América, África, Arabia, la India, fue levantado y encorvado, y dio lugar a la cordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, “primera valla del ejército en su famosa marcha”. Hacia y sobre esa conformación milenaria pasan los soldados sanmartinianos en el segundo tramo de su avance (de El Jagüel a Las Higueras) que el conductor describe como “de piso áspero, con monte y sin agua alguna, con pasto y leña, de siete leguas” (29 kilómetros en la carta). Los pequeños cañones —cinco piezas de cuatro pulgadas y dos de a una— “amortajados” en pieles frescas de vaca (como place decir a Espejo) (4) van sobre zorras de suela dura tirados al ritmo cansino de los bueyes, mientras las mulas cargan los accesorios (armones y cureñas) y algunos soldados marchan a pie con el animal conducido de las riendas para ahorrarle fatigas al valioso silero. La columna se va estirando a lo largo y a lo ancho del paisaje de la desolación, partida en seis escalones que sucesivamente abandonan El Plumerillo. ¿Cómo dominar el escenario de la primera muralla andina?

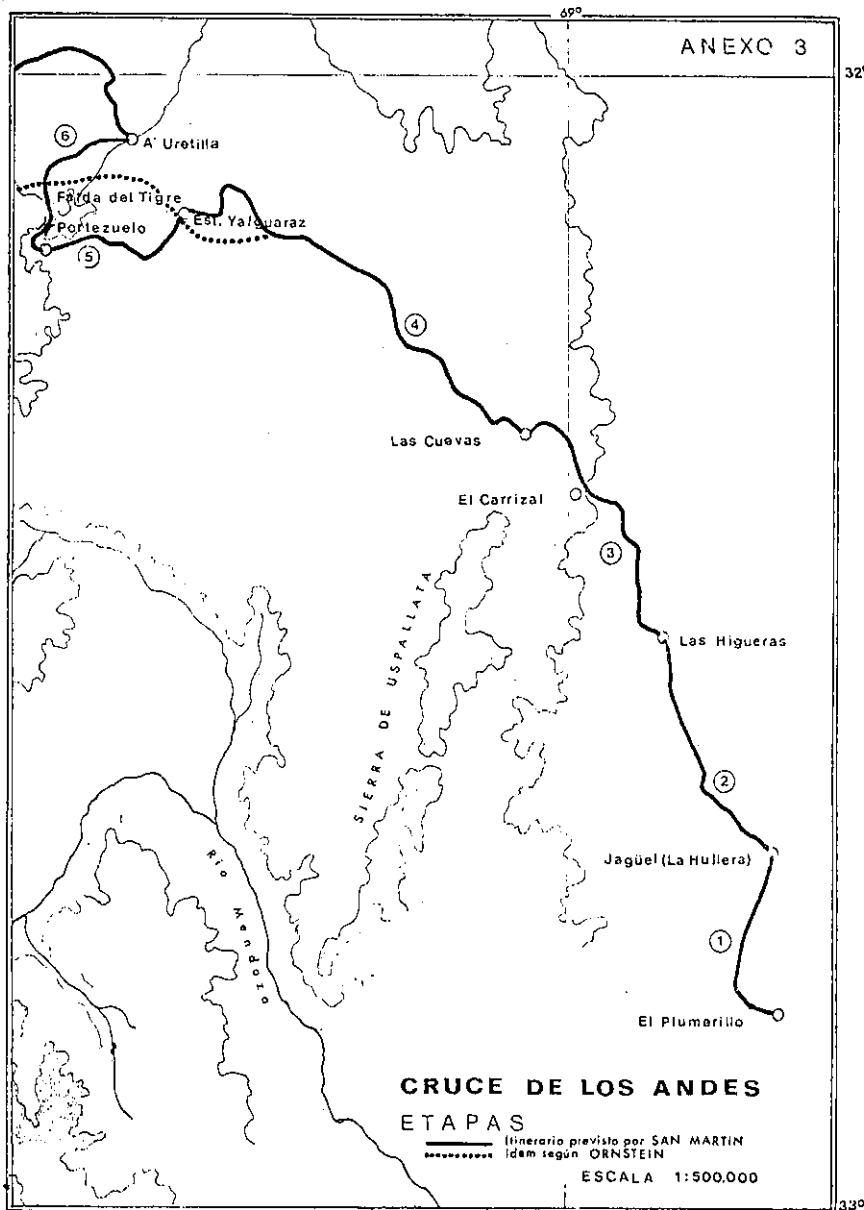
Ya el hostil crestón del Paramillo —así llamada la precordillera en el sitio del salto— con sus sendas divagantes se alza lleno de sugestión ante los ojos asombrados de los bisoños soldados que van a medir sus fuerzas con la abrupta montaña. Escuetamente, como siempre, el Libertador califica el aspecto geográfico de la etapa: “piso áspero con monte, una cuestilla (5) y agua (poca) dos leguas antes de El Carrizal, leña (mucho), pasto (bastante). Distancia: ocho leguas (31 km. en la carta). Dice Acevedo Díaz (juicio que compartimos):

“San Martín cruzó la precordillera en sentido diagonal rumbo al Noroeste. ¿Cómo puede demostrarse? En primer lugar, forzoso es cruzarla para avanzar hacia el Oeste. En segundo lugar, disponemos del dato cierto: Las Hí-

Plano del cruce de los Andes.







reflejos de las nieves eternas, los glaciares colgantes, los cintajos de plata de los ríos. El ánimo de los guerreros se encoge de sorpresa y admiración: del otro lado están los españoles, las luchas, la victoria —acaso el destino—, la hora final de la epopeya. Es preciso cruzar aquellas moles lejanas y caer del otro lado peleando.

Y mientras el impacto psicológico pone a prueba el fervor y el coraje de la gente, el paisaje exige interminablemente a los hombres y a las bestias su aporte continuado de sacrificio:

“Cordones orográficos estrechos, empinados, dan abruptas faldas, casi verticales. La huella es angosta; es preciso reemplazar los carros y zorras por el sufrido mular criollo. Las cargas rozan los paredones y las bestias tantean con infinitas precauciones el suelo pedregoso. Los ríos son apenas surcos de guijarros y de cauce seco” (6)

Y luego, la vastedad. Desde Las Cuevas a Yaguaraz (o Yaguaraz o Yeguaraz, según las distintas cartas) van 10 leguas (47 km. en el mapa) sobre el piso duro de reiterados lomajes donde se extiende una enorme planicie de piedra “sin agua en toda la tirada” —son acotaciones del Libertador— moteada aquí y allá por malos pasturajes y montes achaparrados. Las armas pesadas se transportan dificultosamente y algunos mulares —primeramente rezagados, luego abandonados, acaso muertos— atestiguan el rigor de la marcha. El sol reverbera en el vidrio molido de los arenales, y en los descansos las bestias triscan inútilmente en los raquíticos tallos empolvados. En ocasiones se arrastran los cañones en zorras o alternando los animales uniéndolos de a dos en el doble travesaño de los bastos y albardas, de donde penden los tubos retobados en cuero. Desmontar los silleros para ahorrar sus reservas físicas equivale a una severa caminata que aniquila prácticamente al personal. Se atraviesan ciénagas y depresiones en esta jornada —la más extensa del camino—, y las débiles sendas que antañosos jinetes borronearan sobre el papel movable de los guijarrales apuntan hacia las primeras estribaciones del segundo paredón infernal de la ruta: la cordillera del Tigre. Ya no integran la columna los bueyes, que han quedado del otro lado del

gueras —de donde partió— y Las Cuevas —donde acampó— designan respectivamente los lugares por donde se entra y sale de la precordillera, es decir, los boquetes del paso. La designación de El Carrizal como punto de referencia para la obtención de agua indica que formó parte del itinerario: es precisamente el sitio del cruce, a 2.600 m. de altitud”.

Los bueyes arriban al término de la dura jornada despeados por los ásperos filos de la piedra, y los mulares los reemplazan, tirando de las zorras donde va la precaria artillería. Los caballos de guerra —indispensables para la lucha en Chile— se mantienen sin montar llevados de la brida, a la zaga. El

forraje de maíz, cebada y afrecho, y el duro pasto de la zona aún mantienen sin penurias mayores al ganado. Por la noche el frío arrecia, por lo que debe cruzarse la montaña a la luz del día, con los tubos de los cañones a veces a lomo, o bien en parihuelas colgadas a gancho entre dos animales, y ayudando a brazo —milicianos y artilleros— a los nobles mulares. Y desde la máxima altura, al encarar la última lomada de tierra ascendente, aparece en el horizonte, en todo su esplendor, el mar petrificado de los Andes: un impresionante murallón que tapa literalmente el cielo hacia Chile, grabado a buril contra la comba del firmamento, en el que centellean los

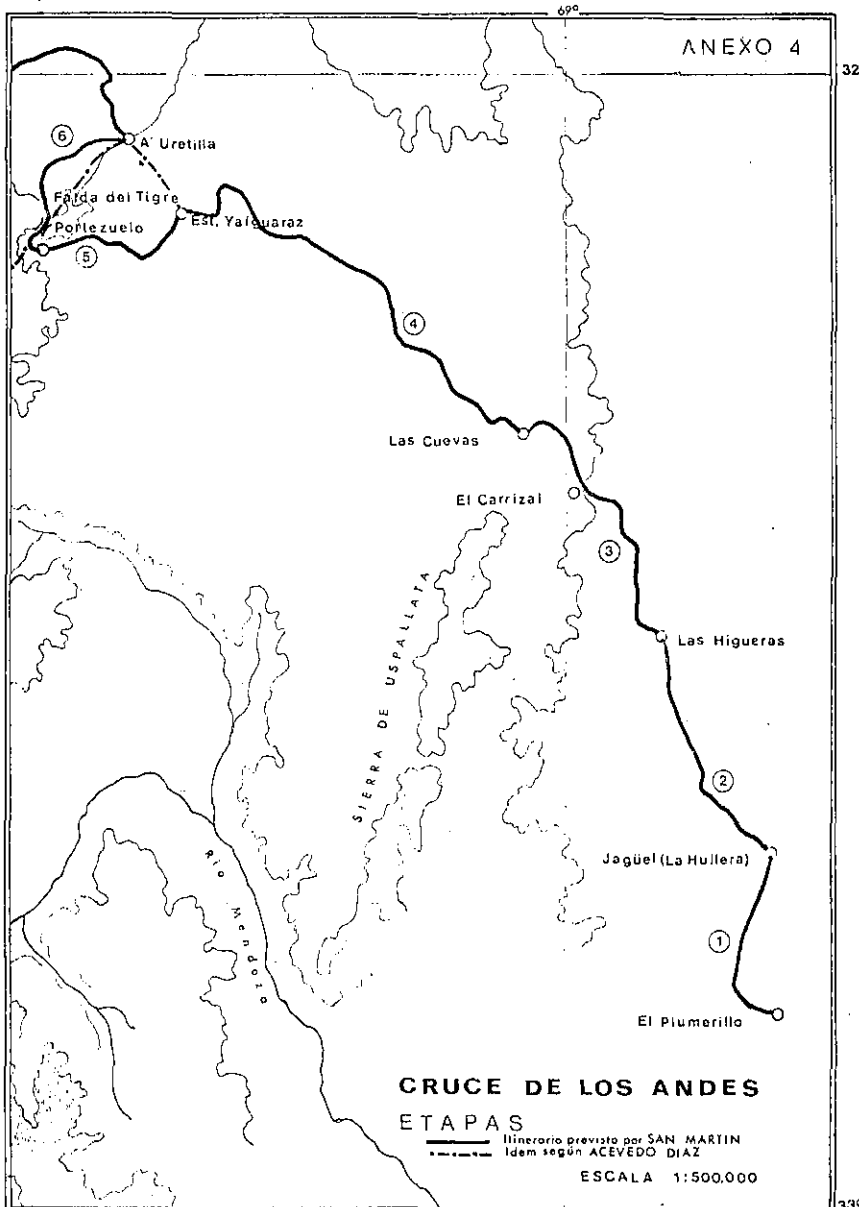
Paramillo. Es necesario agregar algunos caballos al esfuerzo común.

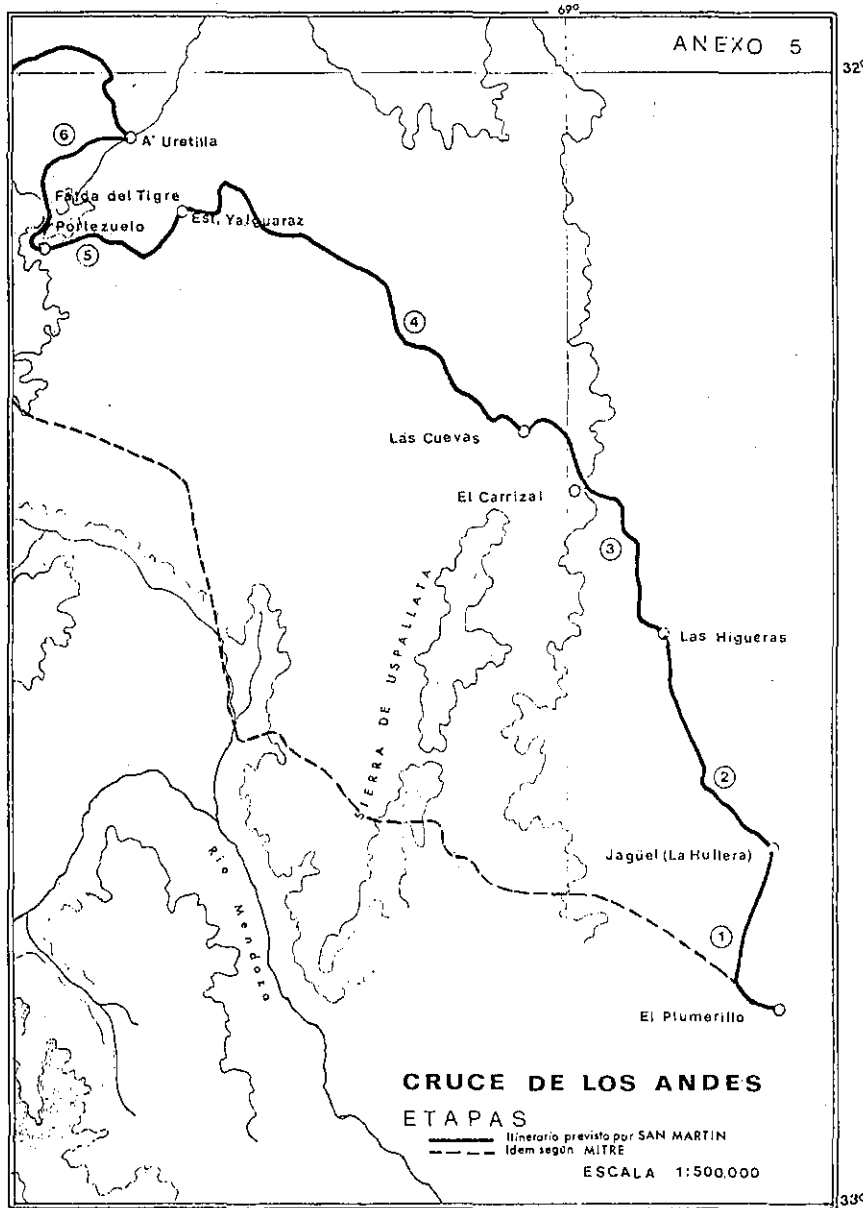
Al cabo surge lentamente de la línea divisoria del desierto y el cielo el anfiteatro frontal de la sierra, hacia la que pugnan esforzadamente el tranco cadencioso de los fatigados mulares y las encorvadas siluetas de la tropa. Bajo pies y vasos a medio herrar pasa el roto pavimento del legendario Camino del Inca, ahora inútil para operaciones estratégicas: entrada umbilical del Cuzco al Sur, desgastado por los siglos y la decadencia. Y más allá, el detalle de las vegas verdes que descienden de las cumbres entre los apretujamientos de las quebradas cortadas a mandoble por la erosión secular del agua, y un nombre mágico: Yacuarez, sinónimo de campos

espaciosos, aguadas, pastos, leña. Es el "primer oasis" de la travesía, donde jefes, tropa, caballos, mulares, se reponen luego de tres bravas jornadas. Se reagrupan los efectivos, se reorganizan los cuadros, se evacúan los enfermos y heridos, se selecciona o aparta el ganado, se reacondiciona el material, se toma razón de los problemas de la marcha, se ajustan detalles. Y una labor especial: el cuidado de los animales, vale decir, los cargueros para la prosecución del cruce a lomo y las cabalgaduras para los futuros combates. No es el relajamiento total, es la vigilia en armas. Los Andes aguardan todavía con el triple obstáculo de sus cordilleras que aún alzan su temible desafío: Tigre, Espinacito, cordón limitrofe.

Pronto se reinicia el avance. Un objetivo de indudable riesgo se opone al paso: el cordón del Tigre, detrás del cual corre el río protagonista principal de la zona (San Juan o de Los Patos), y que requiere acampar en el previo alto del arroyo Uretilla. El ejército sanmartiniano tantea al Norte tratando de orillar las escabrosidades de la alta sierra por las tenues huellas del pavimento de cantos rodados que divagan entre las ondulaciones y zigzagueos del terreno, en busca de los declives más favorables y de las mínimas cotas. El piso es "bueno, plano, con algún monte y poca agua. Distancia: 5 leguas" (20 km. en el mapa) indica San Martín.

La columna tuerce hacia arriba en pos del rebasamiento por el Norte de la valla orográfica, quemando una etapa para arribar a las márgenes húmedas del arroyo Uretilla sin el previo escalamiento de la segunda cordillera, cuyas cimas romas desgastadas por el poder abrasivo de los hielos y las nieves eternas semejan a la distancia las cúpulas de una ciudad de campanarios. Las nevaduras iniciales del alto valle de Calingasta tendido hacia San Juan como una sábana detienen al ejército con sus espejismos interminables. ¿Intentar el pasaje de la colosal montaña en dos etapas; o encarar resueltamente el avance por el guijarral? El rebasamiento de la sierra cercana está previsto en el itinerario del Libertador, pero la realidad del terreno y "las atribuciones que las instrucciones del conductor determinaban para los jefes de la columna" —enseña Ornstein— señalan la licitud de modificar la ruta, acortándola. O los 41 km. de la montaña —frio, fatiga, apunamiento— o los 9 km. del guijarral, con la economía de una jornada de marcha. La decisión es lógica: las fuerzas enfilan directamente al Norte sobre el dibujo de las huellas imprecisas andando kilómetro tras kilómetro trajinando por la áspera zona sin montes de leña ni agua, con una pronunciada pendiente curva que se empina hasta 2.800 m. de altitud y desciende a mitad de camino hacia el ansiado objetivo: el arroyo Uretilla. Algún mular se niega en el roquedal hiriente de las colinas y se exige tironearlo del diestro desde un sillero o azuzarlo a rigor de lonja. Las bestias resoplan en los repechos, bufan, jadean, tocan cuidadosamente el suelo movable con sus gastadas herraduras,





impetu joven, como el del Libertador y su ejército. La corteza terrestre se contrajo, apretó con presión de tenazas la cuenca del hondo mar, comprimió el manto de sedimentos del fondo, los que reblandecidos por el calor causado por la presión se plegaron y emergieron impulsados hacia arriba: he ahí el origen de las inmensas montañas andinas.”

La cuna de los Andes, lecho del viejo mar, muestra como un epitafio a terribles alturas los fósiles de los animales acuáticos que yacieron a miles de metros de profundidad en la noche del abismo. Los soldados atisban con ansiedad la cumbre distante de la montaña, ignorantes de las tremendas convulsiones que les dieron origen. “No hay paz eterna en la vida del planeta”, les dirían aquellos testimonios si tuvieran voz. Un hondo mar se alzó al impulso de incontenibles cataclismos internos de la Tierra y ahora bajo la luz solar sirve de lecho a las nieves andinas: a su pie se desliza la nueva revolución: la marcha de unos hombrecillos —pequeños ante la talla de los cerros— que van a darle a la gran cordillera el alto destino de escenario de la independencia sudamericana.

Amanece sobre el arroyo Uretilla. Ocho leguas (37 km. en la carta) separan ahora a los animosos adalides de la emancipación del río San Juan. Siguiendo las curvas de nivel más propicias, que se comban en las laderas y cabecean en los declives, los kilómetros pasan inacabablemente, estirándose. La cercanía del agua abundante y los pasturajes de verde grama parecen apurar el tranco de las acémilas, cuyo grupo ralea por las que van quedando muertas de cansancio o inutilizadas en el torturante piso de roca y cantos rodados. De pronto, el suelo baja hacia un cauce encajonado, cortante como una hendidura labrada a golpes de machete sobre el panorama: es el buscado río San Juan que pone ante la expectativa de la gente la inverosímil paleta de sus mil colores, su radical diferencia con el paisaje anterior, su distinta motivación psicológica. Ahora el agua sobra, sólo que va encajonada en la sima del despeñadero, entre profundos valles de paredes verticales. ¡Cuán distinto todo a los cauces guijarrosos de las primeras etapas! Es preciso encarar el lugar del vado propicio (hoy Paso San Martín) donde se afrontará —en la iniciación de la siguiente jornada—

hinchando el poderoso relieve de sus músculos tensos. Los caballos, especialmente, menos aptos para el tránsito en la montaña avanzan penosamente, desmontados, y su número merma. Y cuando el primer escalón de la vanguardia alcanza finalmente la meta, la tropa llega a pie y el ganado se muestra rendido por el abrumador esfuerzo sostenido, por lo cual el jefe ordena tácitamente su decisión de detener un día la columna en Uretilla para descanso y recuperación de hombres y animales.

Ahora el ejército pisa un horizonte geológico tan revolucionario como la gesta libertadora. Acevedo Díaz lo comenta:

“Entre la precordillera y el cordón chileno de la costa existió un mar angosto y profundo, de fondo recubierto por sedimentos de miles de metros de espesor. La precordillera, que le servía de litoral a millones de años de su formación descansaba tranquila en su vejez soportando la destrucción de los agentes físicos, e iba desapareciendo su imagen de montaña juvenil, aplanándose en los vértices y las aristas. Pero un día cesó esa quietud de abuelo. No hay poltrones en la naturaleza: la vieja cordillera rejuveneció como un Fausto geológico, alzándose hasta sus 4.000 m. ¿Qué había ocurrido? Era la entrada a la liza del “revolucionario andino”, de incontenible





Oleo de José Gil de Castro,  
retrato al natural en Chile (1817).

zán el vadeo y se requiere tironearlos de las riendas y animarlos a gritos y latigazos. Las fracciones van pasando. En horas más altas, con las saetas del sol resquebrajando las capas vítreas que cubren el agua, el caudal crece hasta límites prohibitivos

Ya en la margen izquierda, el caleidoscopio cordillerano despliega su abanico de contraste. "Paso del río, un cajón chico, un lomaje áspero con agua y sin monte. Distancia: 6 leguas" (15 km. en la carta), consigna San Martín para la corta aunque pesada jornada —

la octava prevista— que transcurre en pendiente de subida, con amplios zigzagüeos, hacia una meta clave: Los Manantiales, lugar ideal de descanso, de reparación, de reorganización luego de arduo cruce, "segundo oasis" pero asimismo puerta de entrada al fabulo-



so mundo de la tercera cordillera —Espinacito— que conforma el más escabroso vallado del itinerario. El ejército se detiene para tomar impulso, "ahora o nunca". Se aparta —es la rutina— el ganado maltrecho, que irá a la retaguardia: se reparan los deterioros del material y los equipos, se acondicionan prolijamente los aparejos de carga, se insiste en atender preferentemente la caballada —que tiene reservado un papel principal en los encuentros bélicos que se avecinan— y en los calderos hierve el agua que hará más gustoso el rancho de charqui, harina de maíz tostado, grasa y condimento de ají.

Y con espíritu templado los ya veteranos soldados de los Andes de la columna en que va San Martín acometen la novena etapa —de Los Manantiales a Los Patillos— con el Espinacito de por medio, descrita por el conductor como "un cajón, subida de cordillera chica (8), una bajada larga con agua y sin monte". Brutal empinamiento y fortísimas pendientes se oponen al ejército. Los cañones van a lomo o suspendidos de los fuistes entre dos acémilas.

La ruta, que en sus metros iniciales (de El Plumerillo a El Jagüel) enfila hacia el Norte, tuerce ahora francamente al Sur en demanda del Espinacito. Un desusado rigor acosa a los jinetes, que marchan "en desfilada según los accidentes del terreno" —como lo marcan las recordadas palabras de Pueyrredón— por huellas de una sola herradura (vale decir, centímetros de ancho) en las que eventualmente sólo cabe una cabalgadura, y pese a la orden de avance lento para disminuir los estragos de la puna, los hombres avanzan cuidando el mínimo detalle topográfico, con los cinco sentidos puestos en el sendero para no desbarrancarse en las cornisas de los precipicios. A veces, los jinetes dejan librado al instinto de las cabaigaduras la elección del camino, del rastro, del terreno, del lugar del asentamiento del vaso. Ya no hay orden de marcha, los grupos se disgregan peligrosamente, menudean los rezagados, las fracciones se estiran en aquellas ásperas cumbres dentadas que parecen tragarse el ejército, hasta sortear el altísimo paso de 4.500 m. de altura

Pero la montaña no da respiro. Al coronar su lomo, el precio de la gran mortandad de animales atestigüa la severidad de la oposición vencida. Mulas por caballos, es la fórmula. Aquellas, para el cruce; éstos, para Chile. En el descenso, el itinerario parece materialmente colgado de las espirales de la bajada marcadas en las cuestas cuyas curvas de nivel no exceden de algunos metros de separación, entre bruscos cambios de dirección que agravan más aún las penurias del tránsito. Las siete leguas (25 km. en la carta) de esta novena jornada condensan toda la suma de rigores que la naturaleza acumula como para calibrar la entereza y la calidad humana de la tropa.

El cruce es durísimo. En sus partes al Libertador, O'Higgins narra con dramática elocuencia las vicisitudes afrontadas, y en sus laconicas palabras describe un dantesco cuadro de abnegación. "La marcha ha sido penosa —informa, en resumen—. Las mulas del escallón anterior obstruyeron los senderos por donde debían pasar los

En la batalla de Maipú, litografía de Géricault.



cuerpos de mi mando. Por el frío intensísimo me ví en el riesgo de algún contraste importante. La tropa fue reforzada con un poco de vino..." la escena es de un tocante dramatismo, acaso sin parangón. Desde la Ramada, al Norte, la luna brilla espejeando entre los arriños de los acarreos helados, baja hacia la columna de encorvados espectros —¿seres o sombras?— y lentos mulares cuyas imágenes se proyectan como siluetas de papel negro contra los cerros vecinos y deformándose en el plano inclinado de las laderas. Desde la cima del Espinacito hasta los 3.500 m. de altura en pendiente de bajada, el aire arrachado corta como una navaja. Algunos animales caen, exhaustos; otros desfallecen sin esperanzas o se dispersan tironeando de las riendas que se escurren de las manos endurecidas. La muerte se cobra víctimas humanas: "No tuve más pérdida que la de un negrito —cuenta O'Higgins—, e ignoro la suerte de 20 hombres y un cabo que dejó a retaguardia..."

Y cuando la gigantesca espiral muere en Los Patillos, empujando hacia el valle en sus interminables rodeos a la diezmada columna, los soldados —imagina Acevedo Díaz— habrán vuelto la mirada hacia la ceja de la montaña vencida, diciéndose, si es que antes no se persignaron: "¿Espinacito? El espinazo del diablo, querrán decir..."

Décima jornada. La lentitud del tramo anterior no tolera descansos ni desmayos. Cinco leguas al Sur (12,5 km. en la carta) aguarda el curso superior del río de Los Patos —el viejo amigo de dos jornadas atrás— ahora embravecido por el aporte de los afluentes andinos, la cercanía de los deshielos y el raudal desnivel del apretado cauce. Desde Los Patillos, por el tajo del arroyo, baja prestamente al sur un corto declive que arranca de la cota de 3.500 m. de altitud y concluye en la horqueta de unión con el señor fluvial de la zona, a 2.800 m. de elevación. "Un cajón de piso bueno con agua y sin monte", lo describe San Martín con su peculiar laconismo.

"Los hombres han pisado el valle —anota Acevedo Díaz— y "al fin encuentran pista ancha, al fin abandonan el recelo, al fin el peligro ha desaparecido. Ya no transitan el borde del abismo, ya no oyen rodar las piedras removidas

por los cascos sobre el talud del precipicio".

Los valles anteriores —San Juan, Los Patillos— son avaros en pastos, en leña, en abrigo. En cambio, el codo de Los Patos, donde las aguas ensanchan el cauce ripioso acrecidas por el aporte del Teatinos, Blanco, Mercedario, de la Honda, Los Patillos, abre ante la fatiga de las filas disminuídas por la rudeza de diez fragorosas etapas, su esperanzado panorama de pasturajes verdes. Es el "tercer oasis". Es el fin del ayuno del ganado, causa fundamental de su mortandad, que ha probado los ásperos hierbajos del pasto puna, amargo, indigestible, lacerante, que los caballos rechazan y las mulas aceptan sin provecho. Hacia arriba, en la dirección del cauce del Mercedario, —futura próxima etapa— algunas viejas casas de piedra recuerdan el apostadero antiguo de pastores de ovejas en días bonancibles de verano. El núcleo de las tropas sanmartinianas lo integran, codo a codo con hombres cuyanos, soldados de las lejanas pampas, del litoral, de las sabanas. El paisaje vertical de los Andes, con sus dentados perfiles irregulares, su limitada visión, el cerco inmediato de los grandes cerros tridimensionales aviva, entre las vegas, el recuerdo y la nostalgia del horizonte plano, de los rumbos abiertos, de la infinitud del cielo. Dice Acevedo Díaz:

"El impulso consecuente a esta evocación incita a los hombres a juntarse con los caballos, los compañeros del vasto espacio de la pampa añorada. La montaña los mueve a dolerse de los animales maltrechos, a renegar de las filosas piedras que los han despeado, a admirar al general que quiere a su caballada como a sus propios ojos, y que parece decirles cuando los ve curando a los lisiados: el animal agradece la paciencia, hijo".

Como en Yaguaraz y Los Mantiales, el ejército se rehace en Los Patos. las fracciones se juntan, se exagera la selección de los animales más enteros entre la escasa tropilla y los hombres reponen energías: es el último refugio acogedor que el territorio patrio ofrece a sus heraldos. De allí en más, luego de la undécima jornada —que se acerca— el salto siguiente será el hostil escenario español de Chile. "De Los Patos al Mercedario, cajón pedregoso con agua y sin monte. Distancia: 5 leguas",

acota San Martín (12,5 km. en la carta), delineando un itinerario que conduce al extremo del abanico fluvial cuyos rayos apuntan hacia los distintos "pasos precisos"

Húsares de la escolta de San Martín.



(son palabras del General) de la cordillera limitrofe: Las Lletas (3.400 m.), Golpe de Agua (3.700 m.), Ortiz (3.800 m.), La Honda (4.200 m.), Longomicho (4.400 m.) y Valle Hermoso (3.500 m.). Son las puertas de la frontera. Del río de Los Patos quietado en las vegas del alto anterior —donde se remansa como olvidado de su tarea principal en la rotura de los sucesivos sistemas orográficos (Espinacito, cordillera del Tigre) que antaño se interpusieron en su sinuoso curso— queda, kilómetros más arriba, un cauce estrangulado por los verticales paredones de las cordilleras laterales que enfervorizan su curso, aceleran su ritmo, acrecientan su pulso. El ejército va trepando aguas arriba del río Blanco, en medio del férreo cerco de los conos enharinados. Pisa un pavimento distorsionado por las oscuras montañas de lava endurecida creada en los abismos ígneos de la Tierra, magma que al resquebrajar los escoriales sedimentarios de la antigua cordillera perforó su corteza policroma — amarilla, verde, roja parda— elevando en medio de los estratos multiformes cerros ennegrecidos como tétricos duendes petrificados. Hacia el Sur, los azorados guerreros presencian el cuadro indescriptible de los penitentes, donde el viento y la luz han tallado en vivo sobre los mantos de hielo todas las formas caprichosas del arte moderno, en medio de hileras interminables de monjes en procesión tocados de sus albas vestiduras, las manos en oración, los cuerpos inclinados hacia el resplandor, como reverentes personajes adoradores del sol. Nadie habla. Los animales se encorvan por milésima vez en los repechos, tías las orejas, presto el olfato, las patas endurecidas por la acumulación de esfuerzos y fatigas.

Las enormes pirámides de las cúspides circunvecinas parecen sustentar el cielo: al Norte, el Mercedario, tocado de su helada serenidad bajo la capa de su brillante vestidura, de perfiles limpios, como un cuerpo geométrico incrustado en el horizonte celeste. A su lado, la montaña trunca de La Mesa, con el plano oblicuo de su borde ensabanado: paño blanco, aire azul, astro dorado, como anunciando en su trivalencia de colores la inmaterial presencia del emblema nacional. Al costado, la quebrada de la Honda, con el hilo añil de sus manantiales discurrendo



Litografía de Meyer (1865).

entre cuevas marrones y roquedales tapizados de musgo, bajo el telón de fondo de las cumbres posteriores desleídas de distancia tajeadas verticalmente por los cintajos plateados de las lenguas glaciares. El murallón andino desfila lentamente al costado del ejército, que arriba al Mercedario "sin una libra de provisión de clase alguna" —según informa O'Higgins— y con la tropa a pie tironeando del diestro los maltrechos mulares.

La duodécima etapa (Mercedario-Los Piuquenes), antesala del pasaje de la última cordillera —la limitrofe— lleva al ánimo del personal la sensación de vísperas trascendentes: el escollo final en tierras patrias y la proximidad histórica de los combates por la definitiva libertad de Sudamérica. Ya el viento austral trae los ecos de palabras teñidas de sangre y de gloria (Picheuta, Potrerillos, Guardia Vieja) que aureolan de coraje a los esforzados compatriotas que luchan por Uspallata abriendo las puertas de la inmortalidad. Y es con una suerte de religiosa unción que se retoma el camino inacabable, ahora hacia el varillaje de boquetes y

portezuelos andinos detrás de los cuales se adivinan las vegas de Chile: paisaje verde, caballadas enteras, poblaciones risueñas. Y otra vez la rala fila de jinetes y guerreros desmontados hormiguea en medio del circo de piedra, nieve y silencio que circunda la marcha. Desde el Norte, atisba el paso de los adalides de la independencia el severo perfil del Alma Negra, altísima cumbre de remate vítreo, cerro enlutado de vértices como agujones. Ya no transitan hombres y animales por el pavimento endurecido de cenizas volcánicas: ahora la montaña muestra el rostro oscuro de los montes tallados sobre el fuego sólido de la fragua interior del planeta. Y del otro lado, hacia el Sur, las nevaduras de la cordillera convergen hacia y escalan los elevados planos del más importante peñasco del continente: el Aconcagua, monarca de los Andes, cota máxima de la más larga y alta columna orográfica del orbe, techo de América, en cuyo contorno, empequeñecido por su talla mayúscula, asoman el Cuerno —el Gorro de Güssfeldt, el Matterhorn criollo—, fabricante emboscado de vendavales bajos; el Tolosa, cas-

tillo deruido por el impacto de un meteoro que vació sus laderas; el Dedos, mano en alto a modo de advertencia premonitoria; y todos, reunidos en haz de glaciares, cuevas y honduras, apretándose contra aquella interminable escalera que trepa en demanda del cielo. Unas leguas más (15 km. en la carta) y la fila acomete el cordón final. Arcos y 200 hombres (con 25 granaderos) se encaraman por el boquete de Valle Hermoso hacia la guardia de Achupallas, cita del bautismo de sangre del ala Norte del ejército, mientras 60 km. al sur, en el desemboque de Uspallata, Martínez con 150 fusileros montados y 30 granaderos abre las puertas de Santiago sableando godos en la acción de Guardia Vieja. Es el 4 de febrero de 1817.

Un día más y ya asoma del filo de la cresta final de los Andes la cabeza rebelde del Libertador. Detiene su cabalgadura en medio del concierto de montañas dominadas por el Centinela de Piedra de los Incas. Cumbre frente a cumbre, historia y geografía de la Patria, ¿cuál es más alta? Aconcagua, el cerro de hielo, la monumental granjería que sube al infinito, y a su altura el futuro héroe de Chacabuco y Maipo, montado en su mula enjaezada a la chilena, los pies en los estribos de madera, chaqueta forrada con pieles de nutria y capote de campaña de vivos encarnados y botones dorados. Botas granaderas con espuelas de bronce, sable corvo morisco, sombrero de hule de dos picos y pañuelo sujeto al cuello, así pasa el primer montañés de América la cresta limítrofe, según la visión que detalla Mitre. La mula discurre a voluntad entre los atajos. De pronto, una breve granizada tapiza de gris el escenario. El General se apea, echa en tierra sus pellones de piel de carnero y se recuesta, mientras el frío arrecia. Luego bebe de su chifle dos sorbos de alcohol, desentumece sus miembros y en tanto que lía un cigarrillo ordena a la charanga —una sencilla banda de musicantes criollos— que ejecute el Himno Nacional. Y cuando aún resuenan en el lejano laberinto de las quebradas las notas de la canción que el eco multiplica hasta su total agonía en el silencio andino, el Libertador monta de nuevo y se pierde en la altura, rumbo a la victoria. A sus espaldas, el océano de los cerros argentinos le mira alejarse,



En Bruselas (1828).

y desde el más alto pedestal de América el Aconcagua —cumbre frente a cumbre— le saluda con el viento blanco de su vértice corona-

do de nieve, contra un límpido cielo estival.

La milagrosa hazaña está cumplida. ■

#### Notas:

1 El título completo de la obra es "Documentos referentes a la guerra de la independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América a que cooperó desde 1810 a 1818 (Paso de los Andes y campaña libertadora a Chile).

2 "Documentos referentes a la guerra de la independencia", pág. 62 (Archivo General de la Nación).

3 "Documentos referentes a la guerra de la independencia", Documento N° 4, pág. 43 (Archivo General de la Nación).

4 General Gerónimo Espejo, "Crónica de las operaciones del Ejército de los Andes, para la restauración de Chile en 1817", Buenos Aires, 1882.

5 El accidente que San Martín define

como "cuestilla" es El Carrizal de 2.300 m. de cota.

6 "Historia del Aconcagua. Cronología heroica del andinismo", de los mayores Orlando Mario Punzi y Valentín J. Ugarte y de Mario Luis De Biasey, Buenos Aires, 1953.

7 En materia de puentes, en el Ejército de los Andes se llevaron dos de maroma completos de 65 varas de largo: uno marchó con la segunda fracción de la columna de Las Heras, y el otro salió el 18 de enero al depósito de Los Manantiales juntamente con 483 reses en pie y viveres secos y forraje para 1.200 caballos y para 14 días.

8 La "cordillera chica" que menciona el Libertador es, como se sabe, el Espinacito, cuyo paso exige ascender a 4.500 m. de cota. ■

# BUENOS AIRES

## La Capital de la Nación argentina. 1880 - 1890

Muy a disgusto Buenos Aires abandonó el papel de capital de los porteños para cumplir el rol aséptico de capital de la República Argentina.

Fue preciso que corriera la sangre de sus hijos en la Revolución del '80 para obligarla a cambiar. Pero, una vez superado el trance amargo, la ciudad inició una vigorosa y abrupta transformación, estimulada por la riqueza de sus pampas y por la afluencia de inmigrantes. La presencia del gobierno nacional favorecería ese crecimiento.

Todo ocurría en la memorable década de 1880, en que la fiebre de los negocios y de la especulación sacudió a la que ya era la primera metrópolis de América del Sur.

### La muerte de Buenos Aires

La Gran Aldea porteña murió en junio de 1880, en los combates de Puente Alsina, Barracas y la meseta de los Corrales. La defendió la juventud dorada del centro, peleando codo a codo con el compadraje del suburbio y los paisanos de las milicias rurales bonaerenses. El grito de ¡Viva Buenos Aires! hermanó a los combatientes voluntarios fuera su origen político mitrista o alsinista.

El coronel Arias, designado por el gobernador rebelde Carlos Tejedor, dirigía las operaciones y se sintió orgulloso al comprobar el coraje de su improvisada tropa. Pero esto no era suficiente y la victoria correspondió al ejército nacional que respondía a las

La Casa Rosada, sede del poder nacional de la ciudad capitalizada.





# BUENOS AIRES

órdenes del presidente Nicolás Avellaneda y al que reforzaron contingentes militares venidos de toda la República. Tejedor tuvo que renunciar para abrir camino a la intervención de la provincia y a la capitalización de Buenos Aires decretada el 21 de setiembre.

Sólo un hondo sentimiento localista pudo despertar tantas adhesiones populares como logró la causa de Tejedor. Esa opinión ultraportaña, el temible patriotismo chico, fue estimulado desde 1879 por periódicos como **El Combate**, de Luis Fuentes o **La Patria Argentina**, de Eduardo y José María Gutiérrez, que se empeñaban en señalar el avance de los "bárbaros del norte", para devorar "el cordero gordo" de las pampas bonaerenses. Ellos querían detener a cualquier costo "la imposición", "la trama maldita" urdida por el presidente Avellaneda y su protegido el joven general Roca.

Al conjuro de esa hábil propaganda que revivía las viejas glorias de la provincia porteña y sus resacas contra el interior, se alistaron los voluntarios del Tiro Federal y se militarizó a la policía y a los bomberos de Buenos Aires. El precio fue elevadísimo: 3.000 muertos caídos frente a los cañones Krupp y a los fusiles Remington manejados por los veteranos del ejército nacional.

Buenos Aires, que hasta la víspera de los combates había creído a pie juntillas en su victoria, asistió estupefacta a su derrota: la Nación unificada superaba en hombres, armas y riquezas a la provincia rebelde.

Las crónicas periodísticas —de **La Prensa** y **El Nacional Argentino**, por ejemplo— muestran la tristeza silenciosa con que los porteños presenciaron la lucha cruel desarrollada en los suburbios del sur, el lúgubre ruido del cañoneo, la evacuación incesante de muertos y heridos y la incertidumbre respecto a lo que ocurría en el vecino pueblo de Belgrano, sede del gobierno nacional mientras duró la Revolución.

En ese trágico mes de junio de 1880, nadie reparó en que la ciudad había cumplido tres siglos de vida y mucho menos se advirtió que acababa de cerrarse una etapa histórica, la de la vida aldeana. Nació para el mundo la gran metrópolis rioplatense.

## En la órbita nacional.

La década de 1880 sirvió para que Buenos Aires empezara a desarrollar su nueva condición de capital argentina.

Entre las novedades del período no sería una de las menores el hecho de que toda una legión de políticos provincianos, ministros, jueces, altos funcionarios, diputados, senadores, se instalara en Buenos Aires como en casa propia, al principio "en terreno conquistado", luego, vista la buena acogida que se le brindaba, integrada a la sociedad local en igualdad de oportunidades con los nativos.

Conta el intelectual salteño Carlos Ibaguren que vino muy niño a Buenos Aires cuando su padre, el doctor Federico Ibaguren, fue nombrado por el presidente Roca para organizar la justicia nacional. La familia se radicó en Buenos Aires lo mismo que tantos otros —Frias, Escobar, Ruiz de los Llanos, Gallo, Uriburu, Cárcano— que se afincaron definitivamente en la capital de la Nación.

La mezcla entre élites provincianas y porteñas contribuía a nacionalizar el sistema político argentino. El proceso tenía naturalmente sus riesgos, que Leandro Alem enumeró en el famoso discurso legislativo con que se opuso a la capitalización: las mejores inteligencias locales —afirmó— vendrán a corromperse a la gran capital, dejando en la oscuridad y en la ignorancia a sus lugares de origen.

Pero, indiferentes a estos amargos pronósticos, los políticos roquistas del partido autonomista nacional se aprestaron a poner a punto el paquete de medidas para hacer efectiva la capitalización y de paso embellecer y adornar a Buenos Aires con tanto énfasis como lo hubieran hecho sus propios hijos.

La ley del 21 de setiembre de 1880 disponía que todos los edificios públicos provinciales, salvo el Banco Provincia, el Banco Hipotecario y el Monte Piedad, pasaran a manos del Estado Nacional. Pero las viejas oficinas no eran suficientes para las modernas necesidades del gobierno, ya no más "huésped" sino dueño efectivo de su capital.

Una casa de gobierno adecuada a la figura del ejecutivo nacional se encontraba entre las prioridades urgentes: los restos del Fuerte que habían sido hasta entonces la morada presidencial, fueron demolidos. En su lugar se levantó un edificio recargado, de estilo Segundo Imperio francés, que hacía **pendant** con el flamante palacio del Correo, ubicado en el ángulo SO del recinto. Ese es el origen de la actual Casa Rosada que engloba a ambas construcciones, unidas por el arquitecto Tamburini en 1883 mediante una especie de arco triunfal.

La dignidad del poder público nacional exigía otras novedades. El Congreso fue destinado al sector oeste de la ciudad —aunque todavía no se empezaron las obras— y un elegante palacio en la calle Moreno sirvió de sede al Departamento de Policía, inaugurado en 1888.

Dos edificios grandiosos definen a su modo el sentido de la época. Uno de ellos, Obras Sanitarias de la Nación, en la avenida Córdoba, con colorido revestimiento traído de Europa, indica la importancia de la sanidad en el moderno esquema de urbanismo. El otro, llamado Escuela Petronila Rodríguez, más tarde Consejo Nacional de Educación, lucía su monumental fachada francesa en las cercanías de la Iglesia del Carmen, uno de los barrios que empezaban a poblarse con celeridad.

Tales iniciativas se complementaban con la inauguración de docenas de escuelas públicas dentro del espíritu de la ley 1420. Pero la decisión política más importante de la década en materia de obras públicas es el puerto Madero cuya sección sur quedó concluida en enero de 1889.

La larga batalla en torno a la construcción del puerto bonaerense —relatada por James Scobie en **Buenos Aires del centro a los barrios**—, es muy representativa de los intereses y de las especulaciones que primaban en la joven capital argentina hacia 1880.

El proyecto de Eduardo Madero, sobrino del vicepresidente de la Nación, Francisco B. Madero, no era la única propuesta válida. Desde años atrás el ingeniero Luis A. Huergo bregaba porque la ciudad tuviera su puerto de aguas profundas en la Boca. Había

# IV Cumplesiglos

conquistado el apoyo del gobierno de la provincia que en 1878 le dio el dinero necesario para iniciar las obras. El plan Huergo, bastante económico, práctico y factible en base a capitales y tecnología locales, se fue llevando a cabo con éxito: en 1884 el Riachuelo canalizaba el 35% del tonelaje total de los barcos llegados a Buenos Aires. Pero al año siguiente Huergo presentaba su renuncia al hacerse evidente la postergación de su proyecto.

El gobierno nacional, que en 1881 dictó una ley que consideraba de su incumbencia, las obras del puerto, se había inclinado plenamente por el proyecto Madero. Más costoso, basado en capitales y tecnología británicos —contaba con el dinero de la firma Baring Brothers—, el plan logró nuclear a la mayoría de los políticos roquistas que le dieron su voto favorable en la Cámara. El senador Carlos Pellegrini lo apoyó en un memorable discurso.

Y así, entre las acusaciones del grupo Huergo que denunciaba las fallas del proyecto, comenzaron las obras del puerto que modificaría de raíz la fisonomía ribereña de la ciudad: los diques ganados al río se alzaban frente al costado este de la plaza de Mayo cuyo papel rector quedaba ratificado por decisión del gobierno de la Nación argentina.

## Don Torcuato, el primer Intendente

No hubo personaje más popular en el Buenos Aires del 80 que Don Torcuato de Alvear, el primer in-

tendente de la capital. Avellaneda primero y Roca después, designaron a este señorón millonario y aristocrático, de escasa actuación política, como una forma de congraciarse con la opinión pública porteña, disgustada por la derrota de Tejedor.

Torcuato, hijo del general Carlos María de Alvear y de la andaluza Carmen Quintanilla, estuvo al frente del municipio entre 1880 y 1887. Llegaba a la función pública a los 57 años de edad, luego de una breve intervención en la legislatura provincial y de participaciones oportunas en las comisiones populares durante las epidemias de fiebre amarilla y cólera. Sus incesantes viajes por Europa estimularon su deseo de imitar en Buenos Aires al célebre barón Haussmann, el alcalde de París que sentó las bases del urbanismo moderno.

La gestión del primer intendente sería revolucionaria y polémica. Su obra más recordada, la remodelación de la Plaza de Mayo, exigió la destrucción de la Recova Vieja que dividía en dos el recinto. La Recova, entonces propiedad de la familia Anchorena, olía literalmente a Gran Aldea: por sus arcadas circulaban los negros portadores de viandas a domicilio con que se alimentaban los comerciantes del pintoresco local, edificado en 1803 como símbolo de la ciudad mercantil y virreinal.

En las dos semanas previas al 25 de mayo de 1884 Alvear hizo demoler la recova. Con su elegante bastón azulado a los caballos que se llevaban los escombros, tanto era su afán por dar una nueva fachada a la plaza principal de la ciudad. Luego la hubiera

Un grupo de personalidades observa sobre el terreno el proyecto Madero para el puerto de Buenos Aires.



# BUENOS AIRES

emprendido con la Pirámide de Mayo a no ser por la protesta generalizada de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, tres glorias de la generación del 37 que acudieron en defensa del modesto monumento, testigo de las glorias mayas que la piqueta del progreso no pensaba respetar.

La avenida de Mayo, proyectada de plaza a plaza, del Congreso a la Casa Rosada, fue otra de las grandes ideas de Don Torcuato. Cuando finalizaba su gestión, comenzaban los engorrosos trámites de las expropiaciones y demoliciones.

Pero Alvear no se limitó a remozar el centro tradicional pues pavimentó kilómetros de calles con Mac Adam, granito de piedra irregular, adoquines de madera y cuanto sistema pareció práctico para domesticar las rebeldes calles porteñas. De ese modo fueron eliminados los arroyos "terceros" que afeaban las vías céntricas y que cruzaban en las esquinas los pintorescos puentes de hierro pintados de rojo. Asimismo se mejoró el servicio de recolección de basuras, se intensificó la instalación de las aguas corrientes, se construyeron nuevas avenidas y las plazas se adornaron por razones higiénicas más que ornamentales.

En materia de salud pública merecen destacarse el Lazareto de infecciosos y el Hospital de Mujeres Rivadavia en la calle del Chavango, rebautizada Las Heras.

La modernización alvearista incluyó algunos aspectos risibles cuando se manifestó la preferencia del intendente por las grutas artificiales que colocó en la Recoleta, el Once y Constitución. Esta última tenía el aspecto de un castillo gótico y era tan desmesurada que se derrumbó casi de inmediato para regocijo de los gatos del barrio que la hicieron su guarida. Cosas de don Torcuato que en su propia casa de Cerrito y Juncal gozaba de las delicias de una de esas curiosas grutas de cemento.

## Una urbe moderna

¡Cuánto cambió Buenos Aires física y moralmente en sólo diez años! Los testigos de esa transformación no daban crédito a sus ojos. **Buenos Aires desde setenta años atrás** de José Antonio Wilde (1881), **Recuerdos de un viejo** de Vicente Quesada (1889), **Las beldades de mi tiempo** de Santiago Calzadilla (1891) y por supuesto **La Gran Aldea** de Lucio V. López son las obras más conocidas que registran las mutaciones.

La antigua aldea era ahora, según las palabras de López, "un pueblo con grandes pretensiones europeas que perdía su tiempo en flanear por las calles y en la que ya no reinaban generales predestinados —como Mitre— ni la familia de los Treveño, ni la de los Berrotarán". Brillan en cambio personajes de dudosa reputación moral como el caballero Montifiori, que se hace llamar diplomático de un país híbrido y compensa sus oscuros antecedentes porque es un **gourmet** de estirpe que habla con bastante afectación el francés y hace gala de conocer a todo el mundo.

Ni las modas, ni los gustos ni los paseos son los mismos. La gente conocida se muda al norte y pasa largos veraneos en los pueblos de las afueras cuan-

do no viaja por Europa. El sur, desprestigiado luego de la peste de 1871, yace abandonado del favor oficial y no merece los desvelos del intendente. Sus calles, Chacabuco, Defensa, mantienen un aspecto similar al de los tiempos aldeanos. Pero en el norte y en los nuevos barrios del oeste todo es diferente.

Dos compañías de teléfonos han desterrado para siempre los servicios de "la criada de razón". La moda impone pasear jueves y domingos por Palermo y mudarse a la avenida Alvear, a la calle Santa Fe o a la plaza Vicente López (antiguo Hueco de Cabecitas). La avenida Callao es otro de los sitios preferidos por los nuevos palacetes que adoptan el estilo francés. Nadie acude al muelle de Pasajeros ni a la plaza del Parque que estuvieron de moda veinte años atrás. En cambio, el flamante Hipódromo de Palermo es un lugar ideal para divertirse lo mismo que algunos de los diez teatros de la ciudad, entre ellos el Politeama donde se interpreta la pantomima Juan Moreira.

Por las calles circulaban nuevos tipos humanos, el corredor de bolsa, el comisionista de tierra, el gran hombre de negocios y la dama enriquecida, la **cocotte** internacional y el "bachicha" ahorrativo. Un **dandy** absolutamente **biasé** pasea su **spleen** mientras en la esquina algunos compadres han pagado al organillero napolitano para que de vuelta a la manivela y pueda escucharse la música más popular: "Dame bacaray/ te dijo que no hay"...

Torcuato de Alvear.



## Los fundadores del Jockey Club de Buenos Aires

por Francis Korn

¿Qué fueron las élites antes de llegar a serlo? ¿Qué hubo antes de que naciera una institución que luego de nacida es considerada como sólidamente unitaria en sus propósitos y significación? ¿Dónde se alojaba el fantasma del Jockey Club antes de que fuese fundado? ¿En el proyecto vital o vagamente secundario de qué mentes? Ahora que su fundación y la mayor parte de sus circunstancias dependen de que a alguien se le ocurra volverlos parte de un relato histórico, es fácil olvidar el hecho de que para que existiese, antes tuvo que existir como idea en el pensamiento de varias personas y que esas varias personas, antes de ser los fundadores del Jockey Club, pudieron o no compartir alguna característica que los identificase como un grupo.

Primero hubo los aficionados al **turf**. En estas orillas un grupo de ingleses y escoceses "jóvenes y solteros" <sup>1</sup> que, radicados en Buenos Aires, inician la práctica de las carreras al estilo de su país cuando aquí las carreras cuadreras eran uno de los esparcimientos favoritos de los porteños. El primer **Sweepstake** tuvo lugar "en el punto conocido por Barracas" en noviembre de 1826, según una de nuestras fuentes, <sup>2</sup> y en noviembre de 1846, según la otra. <sup>3</sup> Y luego la **Foreign Amateur Racing Society**, fundada por este mismo grupo en 1849, que organiza las carreras "al estilo inglés" en terrenos cedidos por el señor Diego White, ex colono escocés de la Colonia Santa Catalina, en las cercanías de San Isidro. Las carreras se realizan dos veces por año y para 1853 se han vuelto tan populares que un empresario decide importar dos vehículos tirados por caballos para transportar a los aficionados de la Plaza de la Victoria al Hipódromo. <sup>4</sup>

En 1857 se inaugura el Hipódromo de Belgrano y en 1860, en casa de don Jorge Atucha, la Primera Asociación Argentina de Carreras. Se crían caballos de pura sangre, pero también mestizos y algunos hacendados se dedican a criar estos dos tipos y también los criollos sin cruce. Y luego vienen los hipódromos del interior y en 1876 la Sociedad Hipódromo Argentino, cuya primera Comisión Directiva la forman Narciso Martínez de Hoz, Emilio Duportal,

Carlos Urioste, Carlos Pellegrini, Martín J. Iraola, y, luego, Emilio Mitre y Emilio N. Casares.

Digamos que, para 1876, las condiciones están dadas para que la idea del Jockey Club comience a ser pergeñada. Están los que crían caballos e importan sementales de Inglaterra, hay cerca de 10 hipódromos funcionando en el país y muchos aficionados a estas instituciones, según Groussac, "Venemigas del ahorro". Falta una cabeza que, además de soñarla, tenga esa mezcla de voluntad y espíritu organizativo que hace que algunas personas lleven las ideas a la práctica. Y el Jockey Club tiene la suerte de ser visualizado en el restaurante **Foyot**, después del Derby del Hipódromo de Chantilly, por la imaginación de Carlos Pellegrini, quien comunica a sus compañeros de mesa, Miguel Cané, Pedro y Enrique Acebal y Remigio González Moreno, "den por fundado el Jockey Club de Buenos Aires". <sup>5</sup>

Y en abril de 1882 se funda el Jockey Club de Buenos Aires, luego de una reunión previa el año anterior de un grupo formado por Pellegrini, Santiago Luro, Eduardo Casey, Francisco Bosch y Manuel Campos, que en la imprenta La Minerva de la calle Florida deciden formular un reglamento, habilitar un local y convocar a los socios, que abonarán 1000 pesos de entrada y 100 mensuales, aprobarán un reglamento y nombrarán una comisión directiva.

Los socios fundadores del Jockey Club son finalmente 100. Ni todos criadores de caballos, ni todos hacendados, ni todos senadores, ni todos militares, ni siquiera todos ricos. Algo más de la mitad de ellos (54) eran extranjeros o hijos de extranjeros. Muchos de ellos eran aquellos mismos precursores de las "carreras a la inglesa" y los que comenzaron a importar los "pura sangre". Otros, sus propios hijos. Figuran 8 ingleses. Uno de ellos, Guillermo Anderson, propietario de un saladero por 1860 y luego, cerrado el saladero, creador de quintas de recreo (una de ellas famosa como "El Rincón de Anderson", donde cultivaba rosas y criaba caballos de la talla de Talismán). Otro, famoso en el mundo del **turf**, Guillermo Kemmis, capitán del ejército inglés, que llegó a Buenos Aires alrededor de 1860 con dos amigos, Cookson y Wheathey, se instalaron por 1865

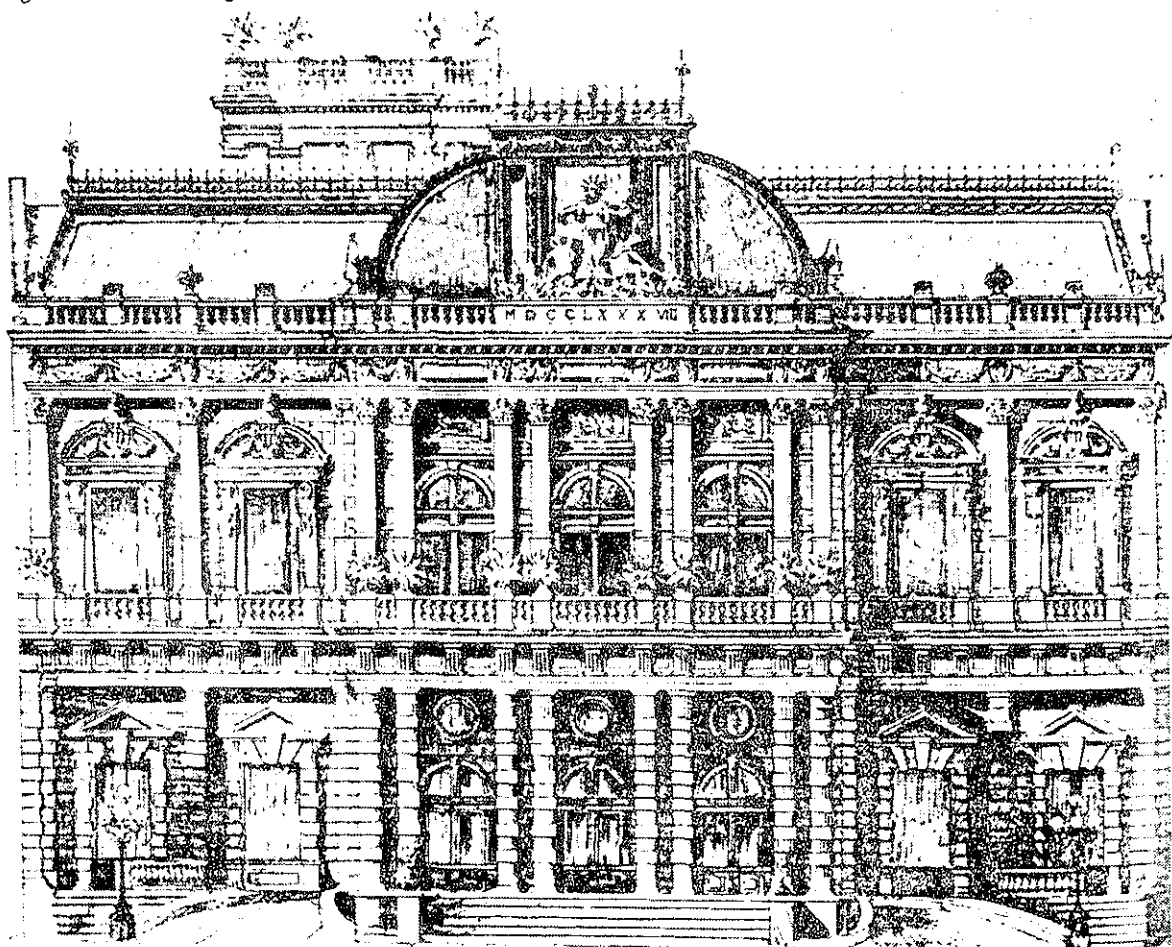
# BUENOS AIRES

al norte de Cañada de Gómez y llegaron a tener más de 1.000 acres de campo arado. Tuvo caballos famosos y una importancia fundamental en la organización de todo lo referente al turf. Se arruinó en 1890 y murió en Inglaterra en 1900. Y los otros ingleses, Bret, Bridger, Church, Davis, Taylor, Nash, dos irlandeses, Carthy y Duggan, hacendados algunos, comerciantes otros y uno de ellos agrimensur. Hay además dos escoceses Lowe y Shaw (uno hacendado y el otro comerciante), dos franceses (Chapar y Rouaix), un vasco francés (Castaing), un rico comerciante portugués (Mattos), y dos españoles (Trelles y don Remigio Tomé, que vino de España a los 4 años, trabajó durante 33 para Arning y Brauss, se naturalizó argentino, se siguió dedicando al comercio pero por su propia cuenta y, deportista famoso, fundó también Gimnasia y Esgrima y el Club de la Marina, fue Presidente del Club Español, formó parte del directorio de la Sociedad Patriótica Argentina, Presidente de la Cámara de Comercio y de la Bolsa y "eligió su esposa en familia argentina de tradición y formó un

hogar honrándose con la bandera de sus hijos, la que siempre izó al frente de su casa"). 6

El resto son argentinos. 36 de ellos hijos de extranjeros: 5 hijos de españoles (los 3 Acebal, Villar y Vivot), 3 hijos de escoceses (Lawry, Malcolm y Shaw), 6 hijos de franceses (Belisle, Bibolian, Cambaceras, Nouguier, Shang y Seré), un hijo de alemán (Bemberg), dos hijos de italianos (Marengo y Pellegrini), dos de ingleses (Bell y Eastman), 13 de irlandeses (Browne, los 4 Casey, los 3 Gahan, Garrahan, Ham, los dos Murphy y Dowling) y 4 de vasco franceses (Anacársis Lanús y los tres Luro). Entre ellos sigue habiendo una primacía de hacendados, una menor cantidad de comerciantes y, evidentemente, por lo menos un industrial. De los que quedan, 21 son argentinos de segunda generación y los demás de tres y más generaciones en el suelo patrio. La mayor parte de ellos son hacendados y crían caballos de carrera, hay varios rematadores, 5 militares, un médico, varios abogados, varios senadores, algunos ministros. No todos son ricos (no se-

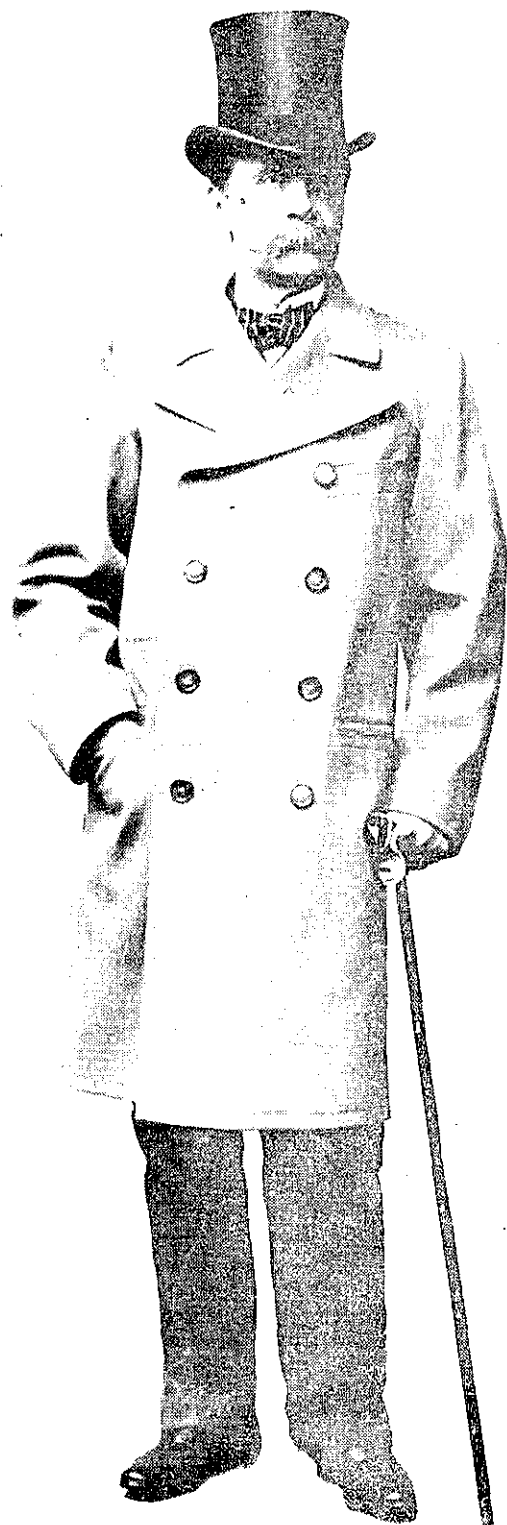
La suntuosa fachada del Jockey Club de la calle Florida inaugurada a fines del siglo.





# IV Cumplesiglos

Carlos Pellegrini, político y sportman.



guramente Aristóbulo del Valle de quién Cané dice luego que "nació pobre y sin alcurnia"); aunque buena parte parecen serlo y otra parte lo son, por lo menos hasta 1890. Forman, sin lugar a dudas, un grupo bastante heterogéneo. Y si en algún momento son vistos como una "elite" o dan lugar a la formación de un club cuyo posterior conjunto de socios es considerado como tal, no será precisamente porque, como dice Cané, formen "ni un círculo cerrado, estrecho, ni una camarilla de casta, en la que el azar del nacimiento y a veces el de la fortuna, reemplazan toda condición humana". 7 En todo caso, los une como grupo la única característica que se puede describir por los siguientes criterios: estar a favor de la mejora de la raza caballar en la Argentina, ser aficionados al **turf** y apoyar en esta empresa a su demiurgo, Carlos Pellegrini, a quien, como dice Groussac, "sus gustos de **sportman** habíanle llevado a notar la falta de una sociedad hipica, sólidamente organizada y capaz de sustituirse a las que, bajo nombres diversos, no habían logrado larga existencia ni acción eficaz". ■

## Notas

- 1 Newton, Jorge y Lily de: *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*, Buenos Aires: Jockey Club, 1966, pág. 38.
- 2 *Twentieth Century Impressions of Argentina*, Londres: Lloyd, 1911, pág. 384, los datos son tomados de *Pastoralists Review*, Londres.
- 3 Newton, *ibidem*, pág. 39, los datos son tomados de *The British Packet and Argentine News*.
- 4 Newton, *ibidem*, pág. 41.
- 5 Newton, *ibidem*, pág. 54.
- 6 Udaondo, Enrique: *Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires: El Ateneo, pág. 1044-5.
- 7 Groussac, Paul: *Los que pasaban*, Buenos Aires: Huemul, pág. 214.

---

# BUENOS AIRES

---

En la ciudad del 80 se percibe

## La irrupción de los gringos

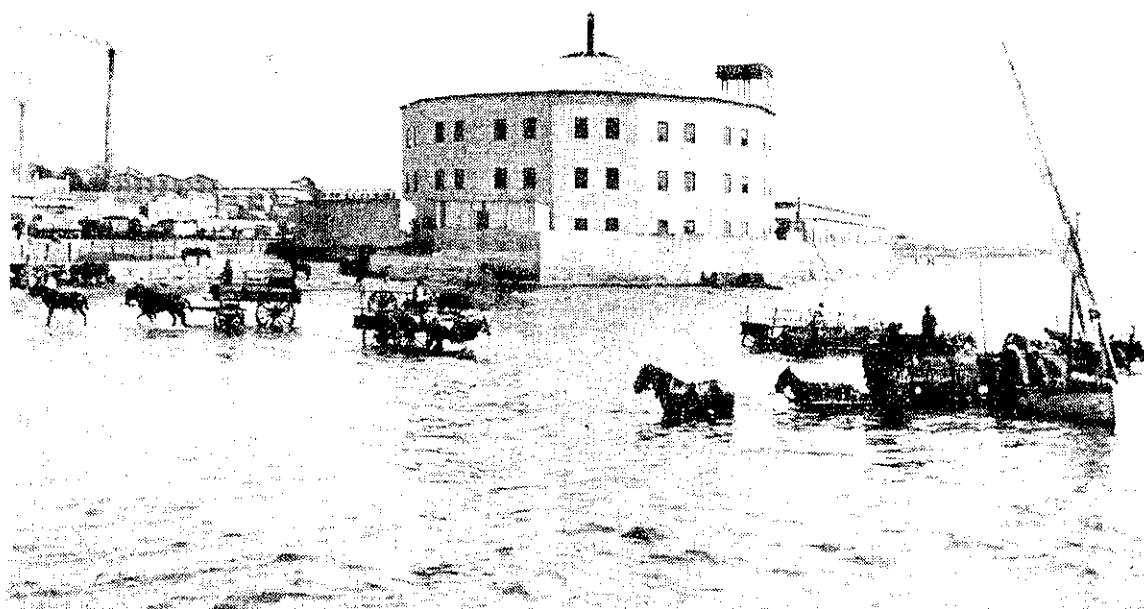
---

Siempre hubo extranjeros en Buenos Aires, nativos de reinos no hispánicos. Al principio portugueses, luego gente venida de todas partes. Pero el gran crecimiento de la inmigración ocurre en el último tercio del siglo XIX, sobre todo en la década de 1880, cuando los arribos de extranjeros alcanzan su pico más alto.

---

La época revolucionaria propició la radicación de extranjeros equiparándolos a los nativos en su derecho a poseer bienes raíces, pero las migraciones europeas no fueron considerables. Ni la coyuntura internacional, ni la situación interna las favorecían. La Argentina, pobre y desorganizada, no era un hogar codiciable para nadie.

El Hotel de Inmigrantes en Retiro (1882)



## IV Cumplesiglos

Tales factores explican la modesta proporción de extranjeros en los censos de la década de 1820: unos 2000 en la ciudad que ya tiene más de 50.000 almas. Son los años en que se destacan las colectividades británica y francesa, ocupadas en hacer buenos negocios o en las incipientes manufacturas —de sombreros, por ejemplo— que no interesan a los hijos del país.

A partir de 1840 las corrientes inmigratorias se refuerzan: llegan vascos franceses y españoles que se conchaban en los saladeros y dan a Barracas, según el testimonio de Xavier Marmier, el aire de una aldea pirenaica. Vienen gallegos consignados a la casa Llavallol y dispuestos a trabajar duramente como peones, changadores, jardineros y hasta escribientes de la secretaría de Rosas. Arriban irlandeses, los que suelen trasladarse al campo para dedicarse a la cría de ovejas. Italianos no hay muchos, pero desde época temprana monopolizan el tráfico fluvial.

El pueblo criollo y la élite reciben sin resquemores a los recién venidos. Es tan notoria la falta de brazos en el Río de la Plata que la competencia resulta insignificante.

Después de Caseros el aspecto cosmopolita de la ciudad se acentuó. Había mejores oportunidades de trabajo y una filosofía oficial que saludaba alborozadamente la llegada de nuevos contingentes de Le Havre, Marsella, Burdeos, Génova o Bilbao, los principales puertos donde los emigrantes se embarcaban para la República Argentina.

Durante la Secesión y luego en los años de esplendor de la Gran Aldea, las colectividades extranjeras se hicieron notar cada vez más en el ámbito urbano. Funcionaban Clubs como el de Residentes Extranjeros (1842), el Español (1852), el Francés (1867); irlandeses e italianos tenían su propio hospital mientras los alemanes ratificaban su interés por la música en la Sociedad Filarmónica que disponía de un soberbio local.

Los italianos pasan a ocupar el primer puesto entre los residentes extranjeros. Son marineros, albañiles, arquitectos, quinteros, buhoneros, confiteiros... Sarmiento los elogia cálidamente porque **“invaden todas las industrias, descienden a todos los talleres, se prestan a todo, se casan pronto en el país, y no traen la manía de la generalidad de volver ricos a su país”**.

Los vascos en cambio, que tenían fama de sobrios, atléticos y trabajadores, preferían contraer matrimonio con mujeres de su misma sangre y ahorraban dinero para enviarlo a su patria.

No había pues hábitos comunes a todas las colectividades; en definitiva cada grupo familiar y cada individuo se aculturaba a su modo dentro del gigantesco tubo de ensayo que era la sociedad porteña hacia 1869.

Ese año el censo arrojó un dato significativo: la mitad de la población de Buenos Aires era extranjera, 88.126 gringos frente a los 89.661 argentinos.



Un vendedor de periódicos.

Los recién venidos se hacinaban en fondas en las que se reclutaba la mano de obra barata o en los conventillos del centro, donde se relacionaban íntimamente con el pueblo criollo. Otros se ubicaban en los nuevos barrios de la Boca, San Cristóbal, Balvanera o en aquella peligrosa Tierra del Fuego —entre Las Heras y Libertador actual— favorita de malevos y compadres.

Mientras los nativos se acostumbraban a comer tallarines y adoptaban la arquitectura italianizante sin dejar de reirse de la jeringonza que hablaban los “bachichas”, estos adquirían nuevas e insospechadas destrezas: en las carreras celebradas en la calle Larga de Barracas en 1865, la mayoría de los jinetes fueron italianos de las quintas porque los criollos estaban en la guerra del Paraguay. La anécdota, relatada por Viale Avellaneda, desmiente la fama de pésimos jinetes de los gringos y los muestra identificados con los gustos y aficiones del criollaje suburbano.

En materia espiritual la presencia de las colectividades representaba una renovación de la fe tradi-

# BUENOS AIRES

cional: sacerdotes y religiosas extranjeros vinieron a auxiliar espiritualmente a sus compatriotas vascos, italianos, irlandeses. Entre ellos figuran los padres bayoneses (1856), las Hermanas de la Misericordia traídas por el padre Fahy en 1858 y los salesianos de Don Bosco que en 1877 se hicieron cargo de la parroquia de San Juan Evangelista de la Boca.

Las hermanas sobre todo eran altamente innovadoras pues rompían la tradición hispánica que destinaba a las monjas a la clausura y la oración.

Asimismo los gringos reforzaban el liberalismo de las élites gobernantes. Hasta 1860 buena parte de la inmigración italiana era republicana y se alejaba de la Península por motivos políticos. Una vez en Buenos Aires soñaban con liberar a su patria de la tiranía y a menudo terminaban por participar activamente en la política porteña: en 1874 los italianos de la Boca colaboraron con la revolución mitrista y en el 80 muchos se presentaron voluntarios para defender a Buenos Aires.

Por entonces ya eran inocultables ciertos aspectos menos amables de la inmigración. Entre los recién venidos figuraban delincuentes y extremistas políticos que no se inscribían dentro de las reglas del juego de la sociedad bonaerense. El incendio del Colegio del Salvador (1875), consecuencia de una agitación iniciada por ideólogos argentinos, fue atribuido a los activistas españoles o italianos afiliados a logias secretas. El atentado contra Sarmiento en 1873 fue planeado y ejecutado por gringos de la Boca.

Las colectividades, sobre todo la italiana, cuya condición mayoritaria la hacía blanco de muchas críticas, se defendían de quienes, como el periódico **Los Intereses argentinos**, las acusaban de que "la industria que nos traen, es tocar el organillo, limpiar botas, vender frutas, etc".

En la década del 80 el problema candente en materia de inmigración será encontrar la fórmula para integrarlos a la comunidad argentina. Es la época en que Sarmiento escribe sobre **La condición del extranjero en América**, una serie de lúcidos artículos que preconizan la escuela pública y la enseñanza común como el método más adecuado para acelerar la argentinización de los hijos de los recién venidos.

Hacia 1880 la fisonomía de la población porteña es ya en buena medida extranjera. Inmigrantes de primera generación son tanto los dueños de prósperos comercios e industrias como los "atorrantes", ese subproducto de la gran ciudad que se pasa las horas muertas sentado en un banco de la plaza.

Extranjera es la abrumadora mayoría de los jornaleros, changadores, proveedores, vendedores ambulantes.

Por las calles que cruzan los rieles del tramway transitan peones italianos, vascos y gallegos que han reemplazado a los pardos y morenos de antaño. Los barrenderos son casi todos españoles mientras los basureros —un servicio que enorgullece al intendente Alvear— son predominantemente italianos.

En las casas de buen tono hay sirvientas francesas, **nurses** e institutrices alemanas o inglesas en lugar del personal criollo. Las gallegas son otras peligrosas rivales de pardas y chinitas de servicio y las

italianas resultan tan buenas amas de leche como las nativas.

José Antonio Wilde en **Buenos Aires desde setenta años atrás** (1881) observa el más sorprendente de todos los fenómenos: en la ribera del río las lavanderas extranjeras han reemplazado a las alegres mujeres de color:

"La inmensa falange que ocupa el lugar que dejó una raza que hemos visto deslizarse ante nuestros ojos como las figuras en la linterna mágica, sigue silenciosa y taciturna en su penoso trabajo; el grupo forma un verdadero contraste. Hijas de todas partes del globo, unas estarán atacadas de nostalgia, otras pensarán sin duda en los hijos que han dejado en poder ajeno y en que el fruto de su trabajo no alcanza a satisfacer las necesidades de la vida, en esta época de extremado lujo y de inmensa miseria".

Los extranjeros y sus colectividades aparecen por doquier en las guías y almanaques de la época.

El **Bosquejo de Buenos Aires** de A. Galarce (1886) menciona entre las entidades de reciente creación, al Buenos Aires Gun Club (1875), The English Literary Society (1876), con 428 socios y una biblioteca de 3000 volúmenes, el Circolo Italiano (1880), la Sociedad de Protección a los Inmigrantes Franceses (1884) cuyo órgano de expresión es **L'Inmigrant**, la Sociedad Austro-Húngara de Socorros Mutuos (1878), etc. La Cámara de Comercio Italiana, fundada en 1884, tiene ya 195 socios, la mayoría importadores de licores y comestibles, hierro, artículos navales y de construcción, tejidos, porcelanas y comestibles.

Extranjeros son los dueños de industrias tan nuevas como la fábrica de balanzas de los hermanos Bianchetti, llegados al país en 1858 y que en 1886 ocupan a 50 operarios en su establecimiento de San Martín al 300 (producen 600 balanzas al año). Otro recién venido (1878), el español Coy, es el dueño de La Industrial Argentina donde más de sesenta mujeres de diversas nacionalidades manejan las modernas máquinas de coser.

Pero nadie supera en el 80 la fama del italiano Antonio Devoto que se inició en un pequeño boliche del centro y hombreado bolsas en sus ratos libres en el almacén vecino. Solía decir, "**pronto voy a ser rico poderoso, e, cuanto junte un capitalito para hacer pie**". No sabía leer —escribe su biógrafo Julio Costa— pero era un financista intuitivo. Terminó sus días como gran estanciero, dueño de una de las fortunas más colosales de su tiempo.

El Censo de 1887 indica que los extranjeros superan a los nativos: 204.734 argentinos frente a 228.651 gringos, 138.166 de los cuales son italianos.

¿Y el pueblo criollo? Se refugiaba en los empleos públicos como aquellos ordenanzas de color que subsistieron hasta principios de siglo. Los más achinados compadreaban en la crónica orillera y los aristócratas asustados, como Antonio Argerich, se interrogaban con seudocientificismo en **Inocentes o culpables** sobre los males que acarrearía la inmigración de una "raza inferior".

Entretanto el "bachicha" se alimentaba con sobriedad franciscana de pan, ristras de cebollas,

# IV Cumplesiglos

salchichón y sábalo frito, tomaba por todo lujo un vino dulce de dudosa composición química, colocaba sus ahorros en el Banco Provincia y se preparaba pa-

ra que sus hijos mejoraran, fueran a la escuela y progresivamente ocuparan un lugar digno en la cosmopolita capital argentina. ■

Vascos lecheros en las calles de Buenos Aires.





# BUENOS AIRES

En el marco de una sociedad en crisis

## De policías y ladrones

La gran urbe porteña de la década de 1880 ofrecía una amplia gama de actividades delictivas, tantas que fue preciso crear un registro de "ladrones conocidos", catalogados con las iniciales L.C. que se hizo circular, acompañado de la fotografía respectiva, por las comisarías de la capital. La **Galería de Ladrones** que en 1887 publicó el comisario de pesquisas José Álvarez (Fray Mocho), incluía más de 200 nombres de profesionales del mal vivir.

Al menos en materia de delincuencia Buenos Aires podía ufanarse de estar actualizada. Entremezclados con los contingentes de inmigrantes venían al país estafadores de guante blanco y modestos rateros, **cocottes** de alto vuelo y gerentes internacionales de la trata de blancas, maffiosos y extremistas políticos. Gracias a esa nueva fauna ciudadana empezaban a ocurrir casos resonantes, comparables a los pocos grandes episodios criminales que conoció la aldea porteña: el asesinato de Francisco Álvarez por sus amigos en 1828, el de Achinelly en 1845, la muerte del pintor Jacobo Fiorini a manos de su esposa, Clorinda Sarracán, en 1855...

Un revuelo enorme provocó en 1881 el robo del ataúd de la millonaria señora de Dorrego de su bóveda en la Recoleta. Los responsables del secuestro, los **Caballeros de la Noche**, según se autodenomina-

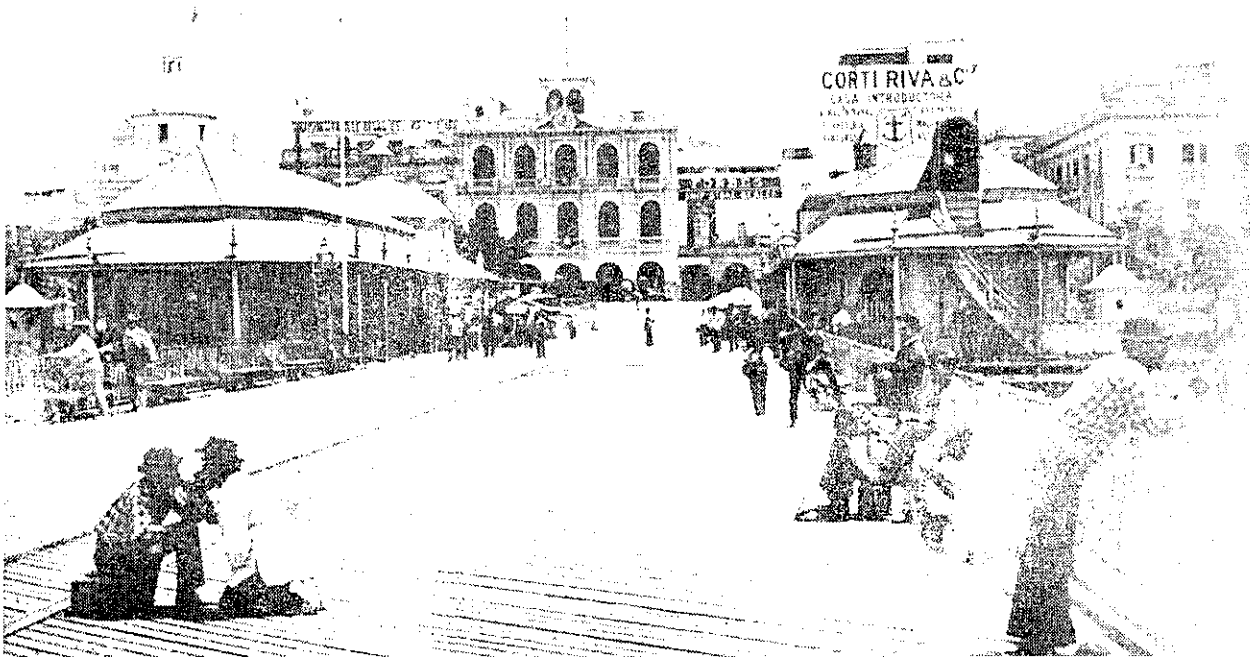
ban con imaginación romántica, exigieron una gruesa suma a la familia Dorrego para devolver los restos. La pesquisa policial, realizada con encomiable eficacia, desenmascaró a la banda de "caballeros" cuyo jefe, un individuo atildado, de porte aristocrático era hijo de un auténtico noble belga.

La policía de la capital que desde diciembre de 1880 reemplazó a la policía de Buenos Aires, debía atender estas nuevas modalidades del crimen. La institución procuraba modernizarse bajo la inteligente conducción de Marcos Paz, hijo del ex vicepresidente de la República y hermano de Máximo, uno de los políticos más discutidos de esa época.

Paz enfrentaba problemas que iban de la crónica mezquindad de sueldos que hacía difícil reclutar personal idóneo, a ciertos hábitos persistentes de la Gran Aldea que obstaculizaban el manejo adecuado de las cuestiones de seguridad.

En el carnaval de 1885 vemos a Marcos Paz polemizar con el intendente Alvear por culpa de un episodio risible: Marcelo T., el joven y mimado hijo del intendente, ha sido detenido en la comisaría por jugar excesivamente con agua. Don Torcuato se indigna, quiere liberar a su retoño y reclama ante el ministro del Interior "porque se ha hecho sufrir un vejamen tan innecesario como indebido a un grupo de jó-

El muelle de pasajeros, uno de los sitios frecuentados por la gente de mal vivir.



# IV Cumplesiglos

venes conocidos y a sus familias”.

Paz responde con dignidad: “No he tenido el tino de reservar el rigor de las leyes para los humildes” recuerda a Alvear que él mismo ha hecho sancionar la legislación municipal que la policía se limita a hacer cumplir. Sólo tres años atrás, observa, cuando frente a la confitería del Aguila el propio Intendente fue objeto de un atentado acuático similar, se detuvo a todos los responsables aunque entre ellos hubiera jóvenes también muy conocidos.

Estas barras de muchachos distinguidos y farristas, apodados la **indiada**, gozaban de mucha impunidad porque sus padres los protegían ante las autoridades. Pero eran corajudos y audaces y en las trifurcadas de los bajos fondos se batían a la par de los malevos.

En cuanto a la policía, a lo largo de la década concretó algunas iniciativas relevantes como el Reglamento policial de 1885, la inauguración de la nueva sede de la calle Moreno y de la cárcel modelo de la calle Las Heras.

## Lunfardos y Malevos

**Buenos Aires, la ribera y los prostibulos** de Adolfo Batiz, aporta datos precisos para conocer el submundo del delito hacia 1880. Son los años en que el autor —más tarde subcomisario de policía— era un muchachito andariego y entrometido que recorría palmo a palmo los sitios frecuentados por gente de malvivir.

De acuerdo a su testimonio las diversas lacras sociales ocupaban un lugar definido en la planta urbana. Junto a la estatua de Mazzini, en el Paseo de Julio, se nucleaban los pederastas. No lejos, en las sucias fondas del mismo Paseo, proliferaban los rateros y ladrones de categoría menor, muchos de ellos italianos que se entretenían desvalijando a sus compatriotas recién llegados. Se guarecían en fondas tan siniestras como la de Graña donde dormían hasta 40 personas por pieza, en filas rigurosas.

Los más peligrosos **lunfardos** —asi denomina a los delincuentes— tenían su centro de operaciones en la Boca donde se tramaban los robos con fractura que llegaban hasta el homicidio.

Caminando por la costa, en dirección al Bajo de la Recoleta, se encontraba el llamado **cuartel general de los atorrantes**, establecido en medio de los caños maestros del nuevo servicio de aguas corrientes que el intendente Alvear hizo depositar allí en 1884. Muchos miserables habían hecho su hogar en los caños. Otros vegetaban en los bancos de la plaza. La policía, a requerimiento del municipio, los detenía por vagos o por **reos de estafa**, delitos inexistentes en el código penal, razón por la cual la justicia ordenaba dejarlos en libertad.

Más peligrosos que los inocuos atorrantes eran los malevos. Tenían su aguantadero en los espesos sauzales del Bajo de la Recoleta al norte, el hábitat favorito de los tradicionales pescadores criollos que aún no habían desaparecido. Los malevos dormían la siesta durante todo el día, amparados por la amistad de los pescadores, y al atardecer subían por la avenida Alvear, mezclados con el público elegante, y se desparramaban para concretar sus raterías.

Batiz describe el atuendo de estos malevos: sin camisa, pañuelo al cuello, ruedo del pantalón doblado, chambergo de ala baja. La edad, entre 15 y 25 años.

## Chinas, esclavas blancas y cocottes

Uno de los graves problemas de Buenos Aires en el 80 es el auge de la prostitución, debido, entre otras causas, a la gran afluencia de inmigrantes varones que provocó un desequilibrio de los sexos en la ciudad, al rápido enriquecimiento de ciertos sectores, al afán de lujo y a la inmoralidad generalizada fruto de la crisis de la sociedad tradicional.

En Buenos Aires había forma de satisfacer todos los gustos y todas las fantasías. Eugenio Cambaceres en **Sin rumbo** ha mostrado cuáles eran las costumbres eróticas de los dandies de la élite, dueños de lujosos departamentos adonde llevaban a las cantantes de moda. Las “mundanas” de categoría internacional empezaban a llegar al puerto bonaerense, atraídas por la riqueza de las pampas, y se lucían paseando por Florida o por Palermo para escándalo de la gente pacata.

Por su parte Batiz menciona los diversos y numerosos prostibulos de la capital, desde aquellas modestas cantinas de suburbio, atendidas por tres o cuatro chinas y con los cuartos al fondo, a los ruidosos locales de la Boca, donde el organito era de rigor.

En el centro había lugares tranquilos, como los de la calle Maipú, ocupados por un par de criollas que se sentaban en la vereda a la espera del cliente. En la calle Cuyo (Sarmiento) el prostíbulo “de las cuatro columnas” ostentaba su fachada rosada. Corrientes y Libertad resultaba un auténtico antro del vicio donde señoreaba un “club de extranjeros” especializado en la compra y venta de mujeres.

Pero nada igualaba el prestigio pecaminoso de la plazoleta del Temple (plaza Viamonte) donde pululaban las esclavas blancas de origen exótico-turcas, circasianas, rusas, polacas, francesas junto a chinas combativas como la parda Loreto o la china Refucilo, capaces de tener a raya a clientes y a policías.

En la esquina de esta plazoleta el café de Casaleux, con despacho de bebidas y billares era frecuentado fugazmente por la **indiada** conocida en sus correrías. Allí tenían su centro de operaciones personajes como el Marsellés, jugador de mala fe, o como Rata Carcelera y numerosos compadritos inofensivos calzados con botines de tacón alto y fino, de chambergo y llamativa corbata.

Batiz evoca una noche en que el grupo de cocheros del Temple —más que plaza, estacionamiento de carruajes— decide improvisar una fiesta al aire libre, pagándole a un organito napolitano. Bailan Nemesio Menéndez (a) el Compadrito, los hermanos Garabito y otros compadres. El escritor aplaude las piruetas y posturas graciosísimas de los danzarines. Asiste, sin saberlo, a los primeros ensayos de la coreografía del tango.

En el marco de una sociedad desestructurada, policías y ladrones tenían mucho que hacer y la crónica de la década registra esas novedades ocurridas entre la gente de mal vivir. ■

# BUENOS AIRES

## Así lo vieron

### La Babel Argentina

**En poco más de una década, la Gran Aldea era una urbe cosmopolita, fría, sin hábitos de convivencia aglutinantes. La Babel Argentina, (1886) de Francisco Dávila, refleja esa honda transformación:**

"Entrando en consideraciones de otro linaje, a pesar de la holgura que tal estado denota, no es la vida en este centro del todo amplia y satisfactoria. Debido a la falta de otros lazos que no sean los que estrecha el interés, el habitante en general se aísla en sus muy contadas expansiones, no hay esa comunicación simpática que en otras partes se observa, mancomunándose y vinculándose en todos los actos que promueve el trato íntimo y frecuente. Cada cual se atiende a sí mismo o a los suyos, y sin mayores relaciones amistosas de hogar a hogar y de persona a persona, lo va pasando más o menos bien, pero confinado en su forzado aislamiento y egoísmo.

"Se explica esto en una población como ésta de composición variada, donde no existe homogeneidad de raza, afinidad de gustos, ni uniformidad de aspiraciones, no siendo el lucro diario. Todos son extraños o cuando menos indiferentes entre sí, y tanto el dolor como el goce del vecino, no es cosa que preocupe a nadie que no sea de su predilección o de su sangre".

"En cuanto a costumbres propiamente dichas o sea en igualdad y peculiar pureza no existen aquí, ni en las casas de tono, ni en las familias menos acomodadas, cada hogar tiene las suyas. Hábitos y usos más característicos fueron perdiendo su predominio, o por lo menos amenguándolo con la frecuente introducción de otros estilos, modos y prácticas domésticas importadas por el extranjero, llegando a asimilarse, sino a absorber del todo esa herencia de raza".

**A tal grado de desculturización había llegado la sociedad porteña en la década de 1880.**

### Una espléndida Avenida

**La moda indicaba el norte. Todo el lujo de Buenos Aires se concentraba al atardecer en la avenida Alvear que Carlos Martínez describe en 'Buenos Aires. Su naturaleza. Sus costumbres' (1890):**

"Qué sorpresa al entrar en la avenida Alvear, que sólo tiene cinco años de existencia y que es una ancha calle toda de palacios de recreo de lo más suntuoso que hay en la América, que concluye en la Recoleta, plaza paseo en cuyo fondo está la antigua iglesia de los Recoletos, que le da su nombre, en el centro una soberbia gruta coronando una eminencia, un juego de aguas coronando la gruta, un estanque reflejando hermosos árboles de las especies más escogidas, y a ambos lados de la barranca, porque continúa el camino, hermosos jardines con toda la lujuriosa frondosidad que adquieren las plantas en es-

te clima y en esta tierra, y allá en el fondo, al norte, inmensos invernáculos de flores tropicales y un caprichoso lago y puentes bonitos, y un bosque de sauces.

"Y cómo crece la sorpresa cuando uno distraído en admirar tanta belleza, se ve de repente rodeado por innumerables carruajes, ¡y qué carruajes! los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres. ¡Qué troncos los de Baudrix, Dorado, Castells, Bollini, Casares, Cano y cien otros, de las mejores razas del mundo, los que no estarían mal en Hyde Park, en Boulogne o en Central Park! Todos estos carruajes infaltables los jueves y domingos, van despacio, con cierta solemnidad, para llegar a la gran exhibición limpios, correctos, intachables".

### El coloso festeja carnaval

**Las sagradas fiestas carnestolendas se mantenían, ellas sí, en todo su vigor aldeano, celebradas quizás con más ardor, más febrilmente que antaño. En el corso oficial, en los bailes del Politeama — preferidos por las cocottes de la ciudad— en los patios del conventillo, todo el mundo danzaba locamente hasta el amanecer.**

Así vio Juan A. Piaggio el Carnaval de 1886:

"Durante los tres días de Carnaval, el coloso de la América Latina cesa en su eterno afán: suspende sus cien diarios, cierra el hormiguero de la Bolsa, y la alta puerta de la casa de justicia; cambia de vida, no se levanta con el sol para martillar en el yunque del trabajo, comer apresuradamente y dormir poco en la noche, embriagado de placer, todo su vigor proverbial lo emplea en divertirse, Buenos Aires, siempre alegre, ríe entonces con estrépito, salta como un loco en los teatros, danza con amor en los clubs, y a la mañana siguiente en vez de abrir la puerta de su tienda cae dormido, este gran mocetón que tiene en sus brazos la fuerza que da la sangre de cien razas, y lleva en su corazón la chispa de fuego de la ambición y la prodigalidad, que se ve señalado como el hermano mayor de los hijos que España dio a luz en el nuevo mundo, y es contado como rival chiquitín del fuerte yanqui, hace fiesta una vez al año, vestido de carnaval, durmiendo en la fábrica apenas techada que levantó ayer, entre miles de inmigrantes recién desembarcados, que aprenden el idioma y prueban la herramienta, para poder seguir su paso de gigante mañana, cuando pase el Carnaval".

### El atorrante, un tipo popular

**El nuevo estilo de convivencia generó tipos humanos inéditos en la historia ciudadana. El periodista Juan A. Piaggio retrató a algunos de ellos, entre los cuales destacó al atorrante:**

"Buenos Aires se permite el lujo de una sociedad de protección de los animales, mientras que sus plazas y sus paseos están poblados de entes extraños que presentan a cada paso un lado horripilante de la miseria humana: son los atorrantes.

"El atorrante no es vicioso, su cuerpo no está enfermo, no es, generalmente, viejo a quien agobia

# IV Cumplesiglos

la carga de su cabeza blanca. Al contrario, suele ser joven y sano. Su techo es el cielo de Buenos Aires, su lecho un banco, un caño, una acera, todo el suelo de la ciudad... Su vida es solitaria, incierta, sin dolor ni trabajo, sin llanto ni sonrisas...: ya no tiene nada, nada absolutamente de lo que caracteriza al hombre que vive, le queda el misero esqueleto y el instinto de alimentarlo nada más. Y busca en los mercados los desperdicios para devorarlos como bestia y cuando no encuentra alimento aquí recorre los cajones de basura puestos en los zaguanes, pide deteniendo inopinadamente a cualquier transeúnte.

"Si halla lo que puede devorar, hace provisiones en sus bolsillos luego se encamina a una plaza, se sienta y ahí queda inmóvil ensimismado, viviendo la vida del vegetal.

...Cuando el vigilante viene a tomarlo por un brazo y lo lleva a la comisaría, él no protesta, no se queja, no interroga: algunas veces rumia algunas palabras incomprensibles, sin levantar las pestañas, sin agitar los brazos. Al día siguiente lo ponen en libertad, ha dormido, ha comido, vuelve al mismo banco del día anterior, se sienta, clava la vista en tierra"...

**Estos son los vagos, los desechos humanos de la metrópolis en expansión.**

## El corredor de tierras

**Pero el desarrollo urbano ha movilizado en cambio a otros sectores, por ejemplo, los empleados o tenderos de la ciudad criolla, ahora convertidos en agentes de inversiones inmobiliarias. Piaggio no los olvidó entre sus tipos populares bonaerenses.**

"Su andar es acelerado, el paso largo, los hombros caídos, el cuello estirado y la vista recta al frente. Se escurre entre los transeúntes como una

El Parque 3 de Febrero, periplo obligado de los elegantes.

ardilla y su figura ya aparece o desaparece en el mar de cabezas humanas que pululan en las aceras de las calles más centrales. A lo lejos, el óvalo de su sombrero color aceituna oscila, sube y baja, se ladea.

"Es corredor, hijo legítimo de su época, plomo líquido al que las aspiraciones predominantes del medio dan forma diversa con moldes sucesivos.

"Su historia es corta porque es joven. Chiquitín, fue estudiante, fumador y parlanchin, revoltoso y atrevido... Visitó los cafés; los bodegones, y fue a pescar al muelle con su texto de química analítica bajo el brazo. Tuvo ruidosos desafíos con puño de fierro, y echó a rodar las cestas de los vendedores ambulantes por el lujo de verlos jurar en su jerga extraña... En un período de exámenes, su facundia siempre victoriosa y al parecer inagotable se extinguió, paralizada y fría como su sangre, ante la mirada implacable de uno de los examinadores... Vino a sacarlo de esa abstracción sentimental el ofrecimiento de un empleo en un ministerio, que aceptó con júbilo.

"Corrieron los años. El empleado dandy —que ganó un puesto entre los petimetres de Florida— se aburría de la monotonía de una vida de personajes de escaparate. Vientos nuevos, recios, frescos, soplaron en su pequeño mundo. El capital salió de los barrios donde dormía su sueño prolongado, se duplicó en los brazos robustos del inmigrante y se hinchó enorme con el aliento poderoso de la iniciativa individual. Surgieron como por encanto nuevos barrios en las ciudades, ganados y cultivos en los campos, industria nueva y movimiento inusitado en todas partes.

"El dinero, el dinero que tan prosaicamente había sonado hasta entonces en los oídos de nuestro héroe minúsculo, adquirió de pronto suaves tonos, armonías desconocidas... Renunció a su empleo y se hizo rematador y comisionista de tierras".



# IV Cumplesiglos

## Libros de Buenos Aires

Beccar Varela, Adrián. **Torcuato de Alvear**. Buenos Aires. Publicación Oficial 1926.

Batiz, Adolfo. **Buenos Aires, la ribera y los prostibulos en 1880**. Buenos Aires, Taura s/f.

Cambaceres, Eugenio. **Sin rumbo**. Buenos Aires Centro Editor de América Latina, 1968.

Dávila, Francisco. **La Babel Argentina** (pálido bosquejo de la ciudad de Buenos Aires en su triple aspecto material, moral y artístico). Buenos Aires. El Correo Español, 1886.

Galarce, A. **Bosquejo de Buenos Aires capital de la Nación Argentina**. Buenos Aires, 1886, 2 t.

Gutiérrez, Eduardo. **La muerte de Buenos Aires**. Buenos Aires, Hachette, 1970.

Ibarguren, Carlos. **La historia que he vivido**. Buenos Aires, Peuser, 1955.

Martínez, Carlos. **Buenos Aires. Su naturaleza. Sus costumbres. Sus hombres**. México, Aguila, 1890.

**Memoria de la Intendencia municipal de la Ciudad de Buenos Aires;**

correspondiente a 1884. Buenos Aires, 1885.

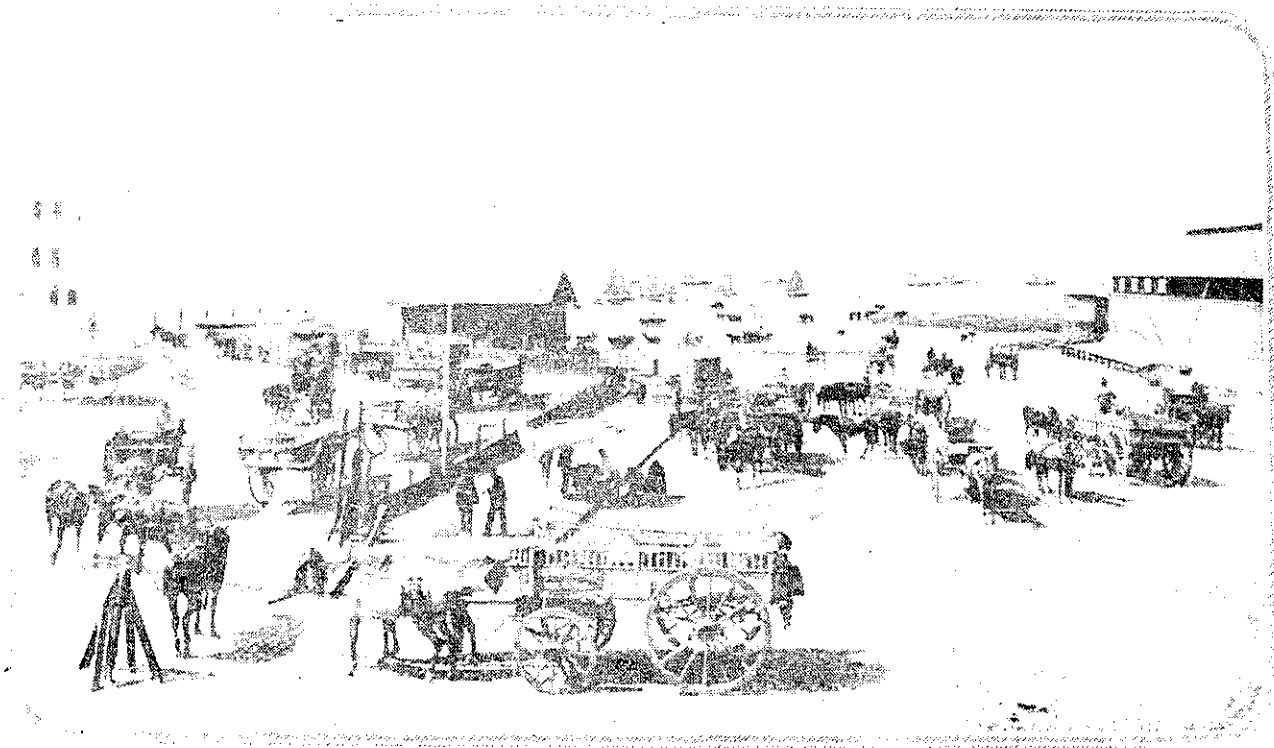
Piaggio, Juan A. **Tipos y costumbres bonaerenses**. Buenos Aires, Lajouane, 1889.

Romay, Francisco L. **Historia de la policía federal argentina**. Buenos Aires, 1966, 6.t.

Scobie, James R. **Buenos Aires del centro a los barrios. 1870-1910**. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1977.

Taullard, A. **Nuestro antiguo Buenos Aires**. Buenos Aires, Peuser, 1927.

La bajada del Hotel de Inmigrantes en Retiro (1882)





# 400

## BUENOS AIRES

### Buenos Aires a esta altura

A esta altura, Buenos Aires,  
con tus millones de habitantes,  
tu río y tu cemento,  
tus autopistas y tu empedrado,  
tus rascacielos y tus barrios,  
tu día y tu noche,  
estos jóvenes cuatrocientos años  
te encuentran orgullosa  
entre las grandes ciudades del mundo.

A esta altura, Buenos Aires,  
en este cumple siglos que  
necesitaría cuatro velitas grandes  
como tu obelisco,  
quienes te queremos mucho y bien,  
te deseamos lo mismo que le podríamos  
desear a nuestro mejor amigo:  
que cumplas muchos más.

**A-1**  
PUBLICIDAD S.A.

# Tomás Guido

## un general sanmartiniano

por Emilio J. Corbière

*"Las pasiones de partido deben respetar las tumbas y es ante ellas que empieza el juicio imparcial de la posteridad, la envidia no puede acercarse a su sepulcro, defendido por el genio de la Patria. La gloria del general Tomás Guido no puede oscurecerse. Tiene la envidiable fortuna de haber descendido al sepulcro sin que una gota de sangre haya salpicado su vida, sin que sobre su tumba pueda nadie lamentar venganzas ni pasiones menguadas".*

Vicente G. Quesada

Tomás Guido tuvo la suerte de cumplir con aquel viejo principio enunciado por un escritor europeo: "mucho más importante que escribir sobre la revolución, es contribuir personalmente a realizarla". Desde muy joven participó en los sucesos de Mayo, y casi adolescente le tocó actuar en las heroicas jornadas del 3 de julio de 1807, en la defensa de Buenos Aires. Militar, amigo y compañero de armas de San Martín, en sus brazos murió el fervoroso Mariano Moreno, durante el viaje que los llevaba hacia Inglaterra, a cumplir una misión diplomática.

Guido fue el cronista militar más importante de las campañas del ejército libertador. Colorido, profundo en sus juicios, era infatigable en la realización de sus trabajos y de su numerosa correspondencia. En materia historiográfica, los trabajos póstumos que publicó en la Revista de Buenos Aires, que dirigían Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola, tienen un significado muy importante como documento y testimonio de la época (\*).

Fue un hombre de la unidad nacional, en el más amplio concepto. En su momento le dijo a Rosas "ayuda a constituir la provincia, a apaciguar los odios, a bus-

car en la ley y en el respeto del derecho la única base de la felicidad de la patria". En el Senado de Paraná — en tiempos de la Confederación—, hablaba con independencia y libertad. Se lo veía levantar su cabeza encanecida para recomendar la templanza y la conciliación, y no por ello abandonaba la firmeza en sus creencias o concepciones políticas.

Como diplomático su habilidad fue proverbial, pudiendo asegurarse que dejó siempre amigos donde el gobierno argentino lo enviara. Comprendía sin grandes esfuerzos las personas que trataba, y sus compañeros recordarán años después que Guido era circunspecto en sus juicios y apreciaciones, dos cualidades fundamentales del diplomático.

Su talento como negociador lo brindó en los terribles días de la guerra de la Independencia, cuando participó personalmente en las negociaciones con el enemigo, en Miraflores, y las conferencias de Torre Blanca y Punchauca.

### El cronista de la Revolución

Tomás Guido había nacido en Buenos Aires, el 1º de setiembre de 1788, hijo de Pedro Guido y Sanz, comerciante español, y de

doña Juana de Aoiz y Martínez. Realizó estudios en el Colegio de San Carlos, que debió abandonar por falta de recursos económicos.

Muy joven, asistió a las primeras reuniones de los revolucionarios que participarían en el movimiento de Mayo de 1810. Producida la revolución fue nombrado oficial de la secretaría de Gobierno. Al año siguiente acompañó a Mariano Moreno como su secretario. En los brazos de Tomás Guido fallecería el líder de la revolución, y fue Guido quien tuvo la triste misión de arrojar desde la fragata "Fama" al mar, los restos de Moreno.

Comenzaba así para el joven revolucionario una larga vida dedicada a la causa de la liberación americana, cuyo bautismo de fuego lo tuvo, casi adolescente, durante la defensa de Buenos Aires en 1806, rechazando la invasión inglesa.

En 1812, Guido regresó a Buenos Aires, y tras algunas misiones administrativas marchó a Charcas, y luego a Tucumán, donde se vinculó con San Martín y Belgrano.

No fue el mero cronista de la campaña militar libertadora. En más de una oportunidad, su intervención tuvo decisiva importancia para convencer a los hombres de Buenos Aires sobre los proyectos de San Martín. El 20 de mayo de 1816 presentó Guido al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, su célebre Memoria, surgida a raíz de conversaciones sostenidas con San Martín en la hacienda de Saldán, en Córdoba. Allí el Libertador le había impuesto de la necesidad de transportar las armas argentinas a Chile en contra

de las ideas de seguir la Campaña por el Alto Perú.

Guido, en su Memoria, luego de hacer un examen prolijo de la situación imperante, estudió los medios más eficaces para combatir los peligros que amenazaban a la causa americana. Así llegó a la conclusión de que la ocupación de Chile era el objetivo principal que a su juicio debía proponerse al gobierno. En ese informe habla de las medidas defensivas que era necesario adoptar para emprender la ofensiva sobre Chile, señalando la necesidad de apoderarse del mar para obrar en combinación con las fuerzas de tierra, recomendando que se enviasen emisarios secretos al país trasandino para levantar las poblaciones, medidas que permitirían formar un ejército que atravesaría la Cordillera con 6.000 hombres en dos meses.

Expresaba en la Memoria que la sola noticia de una victoria de Chile bastaría para inflamar el espíritu de los pueblos. También desorientaría y desalentaría al ejército de Pezuela. Analizaba después las ventajas financieras que produciría el plan, y la influencia que tendría su realización en las relaciones con el Brasil, para diagnosticar que la independencia de Chile —país aliado a las Provincias— aseguraría la independencia de América.

El general Balcarce, interinamente a cargo del gobierno, le contestó afirmativamente, y Pueyrredón también fue de idéntica opinión.

### Las campañas de Chile y de Perú.

Después de la batalla de Chacabuco, pasó Guido

al país trasandino reclamado por San Martín. El 1º de abril de 1817 fue incorporado al ejército con el grado de teniente coronel, con el que asumió las funciones de secretario de guerra y marina, y de representante ante el gobierno de Chile.

Durante tres años desempeñó esas delicadas tareas, y su pensamiento y acción lo testimonia la copiosa correspondencia que existe sobre su actividad. Aparte de su labor administrativa y diplomática, acompañó a San Martín en toda la campaña de Chile, y colaboró en la proyección de la empresa del Perú.

El gobierno lo promovió

a coronel del ejército, el 14 de mayo de 1818. En la misma época, San Martín le otorgó la medalla de Chacabuco, que devolvió por no haber participado en dicha acción, y el gobierno de Chile le concedió la condecoración de la "Legión del Mérito", consejero de la Orden, y el grado de coronel de su ejército por despachos del 20 de junio de 1820. Acompañó Guido a San Martín en la campaña del Perú, en clase de primer edecán y además de su contribución como militar, atendió los negocios que el Gran Capitán no pudo atender, resolviendo la parte económica de la empresa

con sus contactos con distintos sectores del país.

Negoció exitosamente con el enemigo realista en Miraflores; participó de las negociaciones en Guayaquil, Torre Blanca y Punchauca. Asistió a la entrada solemne del Libertador en Lima, a los dos sitios del Callao, estipulando en setiembre de 1821 la rendición de la fortaleza, de la que fue nombrado después gobernador.

Perteneció a los fundadores de la Orden del Sol, siendo ascendido a coronel mayor de los ejércitos del Perú, el 12 de julio de 1821. Posteriormente fue consejero de Estado y ministro de Guerra. Luego de la histórica entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, del 26 de julio de 1822, en la que el Gran Capitán se retiró de la escena política y militar, Guido dejó personal testimonio de la salida de aquél del Perú. Continuó colaborando con Bolívar y Sucre, en la terminación de la guerra de la independencia.

En el Perú, fue designado conde del Supremo Consejo Militar, el 4 de octubre de 1823. Posteriormente fue jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro y ministro general de Gobierno del general Mariano Necochea, desde el 20 de febrero de 1824. Alcanzó, el grado de general de brigada en los ejércitos del Perú con el que regresó al país en 1826.

Rivadavia le reconoció jerarquía de Coronel mayor, el 7 de julio de 1827, el presidente provisorio, don Vicente López y Planes lo designó ministro de Guerra y fue electo diputado a la Sala de Representantes de Buenos Aires.

El 29 de agosto de 1829, Rosas lo ratificó en su cargo

de ministro de Guerra y Relaciones Exteriores, en el cual lo habían designado anteriormente Lavalle y Viamonte. Siguió en el cargo hasta 1830. Tres años más tarde, Guido volvió a ocupar el cargo y desde 1840 a 1851 fue el representante argentino ante el gobierno del Brasil. Al triunfar Urquiza lo llamó a colaborar con su gobierno y en 1855 resultó electo senador por San Juan. En 1857 fue electo vicepresidente del Senado de la Confederación y fue ascendido a brigadier general de los ejércitos de la República.

Acompañó a Urquiza en 1859 al Paraguay e intervino en las gestiones pacíficas entre ese país hermano con los Estados Unidos, enfrentados circunstancialmente. Los Estados Unidos habían enviado una escuadra hasta el Río de la Plata con la intención de desembarcar en Asunción.

Se había casado en Chile con María del Pilar Spano, que le dio un hijo: el escritor y poeta Carlos Guido Spano, otro ilustre argentino. Guido falleció en su quinta de Alsina y Cevallos el 14 de setiembre de 1866. Fue un militar de estirpe sanmartiniana, abnegado, arquetipo de un país libre y pujante. Como San Martín, nunca desenvainó la espada para derramar sangre de sus hermanos. ■

(\*) Me refiero a los siguientes trabajos publicados en la Revista de Buenos Aires: "Reminiscencias" (Tomo III, pág. 281, marzo de 1864); "El General San Martín, su retirada del Perú" (Tomo IV, pág. 5, mayo de 1864); "Negociaciones en Punchauca - 1821 - (Tomo VII, pág. 409, agosto de 1865); "Sucesos del Perú - Una carta del general Tomás Guido" (Tomo XIII, pág. 32, mayo 1867).



General Tomás Guido  
(Archivo Gráfico de la Nación).



## **Índice de las Actas del Congreso Internacional Sanmartiniano**

---

Como un servicio al lector, damos a continuación el índice de los trabajos presentados en el Congreso Internacional Sanmartiniano realizado en Buenos Aires en noviembre de 1978, al que acudieron historiadores de Europa y América.

El número romano señala el tomo donde se publicó el trabajo y los números arábigos la página en la que comienza. Los ocho tomos que contienen la totalidad de los trabajos aprobados en las sesiones del Congreso, son distribuidos por el Estado Mayor General del Ejército Argentino, que tuvo a su cargo la organización de la reunión.

---

## Comisión N° 1

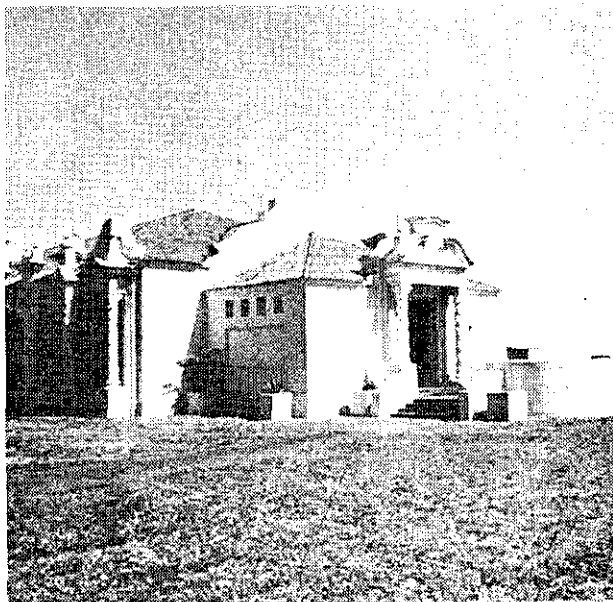
- "Situación de los prisioneros, emigrados y confinados en San Juan durante el mandato del Dr. José Ignacio de la Roza", por Hortensia E. Agüero Zhand. (I, 113).
- "La situación y el pensamiento en Europa (1814-1823)", por Palmira S. Bollo Cabríos. (I, 155).
- "El eslabón de Londres", por Antonio Fernández Castillo. (I, 205).
- "Genealogía de la familia de San Martín, de Cervatos de la Cuenza", por Eugenio Fontaneda Pérez. (I, 219).
- "La familia San Martín", por Pedro Ignacio Galzarza. (I, 279).
- "Las raíces del alma militar de San Martín y del cuerpo de Granaderos a Caballo", por José M. Gárate Córdoba. (I, 307).
- "La otra biblioteca del General San Martín", por José M. Gárate Córdoba. (I, 361).
- "El Padre Francisco Cano de la Pera O.P., bautizador del General San Martín", por R. P. Fray Rubén González, O.P. (I, 399).
- "Don Juan de San Martín en la Banda Oriental", por Mario Enrique Hernando. (I, 413).
- "Gran Bretaña, San Martín y la independencia latinoamericana", por John Lynch. (I, 451).
- "La hermana del General San Martín", por Carlos Luque Colombres. (I, 485).
- "Documentación museográfica para la historia del Libertador", por Julio César Gancedo. (I, 493).
- "Gral. D. Toribio de Luzuriaga. Su actuación como Gobernador Intendente de las Provincias de Cuyo en reemplazo del Gral. San Martín", por Aníbal Jorge Luzuriaga. (II, 9).
- "La situación y el pensamiento en Europa y su influencia en la Emancipación Americana", por Miguel Angel Martín. (II, 53).
- "El solar de los San Martín", por Demetrio Ramos Pérez. (II, 69).
- "El Gral. San Martín y el Colegio de Nobles de Madrid", por Carmelo Sáenz de Santa María. (II, 105).
- "San Martín y la identidad nacional", por Tomás A. Sánchez de Bu stamante. (II, 129).
- "El Yapeyú de los San Martín", por Erich L. W. Edgar Poenitz. (II, 153).
- "El Ejército Libertador. Contribución de San Juan a su formación. Medidas defensivas y ofensivas", por Elena Righetti de Sylvestre. (II, 207).

## Comisión II: San Martín, conductor militar

- "El libertador argentino, Gral José de San Martín ante la historia", por Aníbal Alvear Godoy. (II, 241).
- "Juan Florencio Terrada: ministro de Pueyrredón y colaborador de San Martín", por Francesca Arena de Tejedor. (II, 251).
- "Un prisionero de Ayohuma en la batalla de Maipú", por Julio Arturo Benencia. (II, 269).
- "San Martín y la guerra de recursos en el Ejército del Norte", por Raúl A. Bidondo. (II, 293).
- "Algo más sobre el combate de San Lorenzo", por Marcelo Bazán Lazcano. (II, 319).
- "La ciencia y la técnica en la organización y desarrollo de la gesta sanmartiniana", por Nicolás Bustos Dávila. (II, 333).
- "Los franciscanos con San Martín en la causa de la independencia", por Fray Luis Cano. (II, 363).

- "El ejército de San Martín y las guerrillas del Alto Perú", por Alberto Crespo R. (II, 379).
- "San Martín y su admirable estrategia política y militar", por Félix Denegri Luna. (II, 405).
- "Influencias en la formación de las concepciones navales del Libertador", por Laurio H. Destéfani. (II, 429).
- "Formación militar y política del Gral. San Martín, estrategia de América", por Jaime Durán Pombo. (II, 455).
- "El ausente de Maipú", por Ernesto J. Fitte. (II, 477).
- "Cangallo", por Ernesto J. Fitte. (II, 497).
- "La disolución del Ejército de los Andes", por Ernesto J. Fitte. (II, 503).
- "San Martín, organizador del servicio religioso del Ejército de los Andes", por Ludovico García de Loydi. (II, 521).
- "Los Granaderos a caballo de San Martín en la batalla de Riobamba", por Jorge Salvador Lara. (III, 9).
- "Arequipa en la independencia del Perú", por Alejandro Málaga Medina. (III, 33).
- "Un agente secreto del Libertador", por Sergio Martínez Baeza. (III, 63).
- "San Martín y Cochrane en el Perú. La versión de Juan Basilio Cortegana", por Rosa Meli. (III, 81).
- "La geografía en la estrategia y en la vida del Libertador", por Oscar Ricardo Melli. (III, 121).
- "Blanco Encalada, el último de los libertadores", por Oscar Alberto Muíno. (III, 169).
- "San Martín y el indio", por Ezequiel Ortega. (III, 227).
- "El Gral. Juan Bautista Bustos y su colaboración con la campaña", por Zulma Pagliari de Moreno. (III, 253).
- "Los capellanes castrenses en la vida del Gral. San Martín", por Juan Mario Phordoy. (III, 279).
- "San Martín como conductor militar en América", por José Luis Picciuolo. (III, 321).

Templete que guarda en Yapeyú los restos de la casa natal de San Martín.





- . "El Libertador San Martín y los orígenes de la Marina peruana", por Carlos de Pereira Lahitte. (III, 341).
- . "San Martín, Pueyrredón y la cuestión artiguista", por Aurora Ravina de Luzzi. (III, 365).
- . "San Martín, la independencia de América, su desinterés y la instrucción pública. Los paraguayos y San Martín", por Antonio Ramos. (III, 385).
- . "El Ejército de los Andes, elemento decisivo para la estrategia continental de la guerra de independencia hispanoamericana", por Camilo Riaño. (III, 429).
- . "Juan Manuel Cabot, colaborador del Gral. San Martín", por Hilda E. Zerda de Cainzo. (III, 445).

---

### Comisión III: San Martín, acción política

---

- . "Planeamientos regalistas en la época de San Martín en Cuyo", por Edberto Oscar Acevedo. (III, 477).
- . "Algunos aspectos del pensamiento político de San Martín", por Fernando Enrique Barba. (III, 505).
- . "El Gral. San Martín ante la guerra contra Brasil", por María Esther Albónico. (III, 519).
- . "San Martín y la diplomacia pontificia", por Miguel Batlori, S.I. (III, 537).
- . "San Martín y el arte de la política", por Armando Raúl Bazán. (III, 545).
- . "San Martín y Pueyrredón en Córdoba, 1816", por Efraín U. Bischoff. (III, 559).
- . "San Martín y la Logia Lautaro. Influencia de las sociedades secretas en la emancipación americana", por Ligia Cavallini Quirós de Arauz. (IV, 9).
- . "La amistad entre San Martín y Guido", por Arturo de Carranza. (IV, 35).
- . "El pensamiento político de San Martín, por Horacio Cuccoressse. (IV, 63).
- . "Algunos aspectos de una política social sanmartiniana en Cuyo", por José Luis Masini Calderón. (IV, 109).
- . "El pensamiento político de San Martín", por Alicia Ebe del Busto. (IV, 139).
- . "Memorial uruguayo sanmartiniano", por Flavio García. (IV, 159).
- . "San Martín a través de su pensamiento", por César Guerrero. (IV, 209).
- . "San Martín y su ideario", por Alcibiades Lappas. (IV, 231).
- . "Repercusión de la campaña libertadora del Gral. San Martín sobre el comercio sudamericano", por María Haydée Martín. (IV, 271).
- . "La idea de federación en San Martín y Artigas", por Silvia Paz Liobre. (IV, 285).
- . "San Martín. 1812", por Héctor Juan Piccinalli. (IV, 313).
- . "Las conferencias de Miraflores y de Punchauca y su influencia en la conducción de la guerra de la independencia del Perú (etapa sanmartiniana)", por Gustavo Pons Muzzo. (IV, 379).
- . "San Martín y Artigas. Encuentro y desencuentro", por Washington Reyes Abadie. (IV, 421).
- . "Filiación del pensamiento político de San Martín. Sus coincidencias con el pensamiento y con la acción americanista de Martín Miguel de Güemes", por Carlos G. Romero Sosa. (IV, 469).
- . "Vigencia geopolítica de la campaña sanmartiniana del Pacífico (ensayo de interpretación)", por Pedro Santos Martínez. (IV, 503).



Uno de los retratos más difundidos.

- . "San Martín y la política de Buenos Aires (1812-1813)", por Héctor José Tanzi. (IV, 521).
- . "San Martín y el obispo Orellana", por Américo A. Tonda. (IV, 555).
- . "San Martín y Rivadavia", por Ana Teresa Zigon y Marta Verdenelli de Van Gelder. (IV, 563).

---

### Comisión N° IV: San Martín, personal

---

- . "La amistad de San Martín y Cochrane", por Alamiro de Avila Martel. (V, 13).
- . "Estudio crítico sobre una nueva documentación

sanmartiniana". por Armando Alonso Piñeiro. (V, 21).

. "San Martín: el hombre", por Henrique Paulo Bahiana. (V, 41).

. "Estadía y muerte de San Martín en Boulogne-Sur-Mer (1848-1850)", por Pierre-André Winet. (V, 61).

. "Contribución a la bibliografía de San Martín (1950-1978)", por Vicente Osvaldo Cutolo. (V, 77)

. "El monumento a San Martín en el Campo de la Gloria (1889-1973)", por Miguel Angel de Marco. (V, 111).

. "Ubicación del histórico campamento de El Plumerillo", por Juan Draghi Lucero. (V, 139).

. "El Gral. San Martín en el museo histórico provincial de Rosario", por Oscar Luis Ensínck. (V, 171).

. "La bibliografía sanmartiniana en San Luis, por Hugo Arnaldo Fourcade. (V, 187).

. "San Martín, bibliografía principal en inglés", por Cristián García Godoy. (V, 217).

. "Nuevas manifestaciones de la amistad entre San Martín y O'Higgins", por Javier González Echenique. (V, 241).

. "Honores fúnebres rendidos por la Armada Argentina en la ocasión de la repatriación de los restos mortales del Gral. San Martín", por Enrique González Lonzieme. (V, 251).

. "Historiografía de la patografía del Libertador Gral. San Martín", por Argentino Landaburu. (V, 265).

. "San Martín en la medallística mendocina", por Salvador Carlos Laría. (V, 323).

. "La personalidad de San Martín a través de las memorias, parcialmente inéditas, de uno de sus oficiales", por Felix Luna. (V, 339).

. "San Martín o el periplo del héroe", por Adriana B. Martino y Mary T. Delgado. (V, 349).

. "San Martín y Guido: una amistad a través de su correspondencia (1822-1850)", por Irma Montani de Perpignan. (V, 379).

. "La presencia del Libertador en Montevideo", por Juan Carlos Pedemonte. (V, 403).

. "La epopeya sanmartiniana en la prensa venezolana coetánea (1817-1820)", por Manuel Pérez Vila. (VI, 9).

. "Perfiles culturales de la personalidad sanmartiniana", por Jorge Armando Pini. (VI, 43).

. "San Martín en las 'Memorias curiosas' de Juan Manuel Beruti", por Susana Margarita Ramírez. (VI, 73).

. "Mendoza en la campaña de repatriación de los restos del Gral. San Martín y en el primer Centenario de su nacimiento (1877-1880)", por Ana Recabarren. (VI, 89).

. "El retiro de San Martín", por Carlos Rojas Baquero. (VI, 129).

. "San Martín en los libros de texto universitarios norteamericanos", por Stanley R. Ross. (VI, 175).

. "La repatriación del Libertador", por Isidoro Ruiz Moreno. (VI, 189).

. "El plan americanista de San Martín. Una perspectiva nueva", por John P. Soder. (VI, 211).

. "San Martín en el Instituto Iberoamericano de Berlín", por Wilhem Stegman. (VI, 229).

. "La epopeya sanmartiniana en la literatura argentina de la época", por Oscar Urquiza Almandoz. (VI, 271).

. "El Gral. San Martín. El hombre. El político", por Carlos María Vargas Gómez. (VI, 327).

. "Aparato erudito para investigar la vida del Gral. San Martín en España", por Alfredo Villegas. (VI, 335).

## Comisión N° V: San Martín, pensamiento político

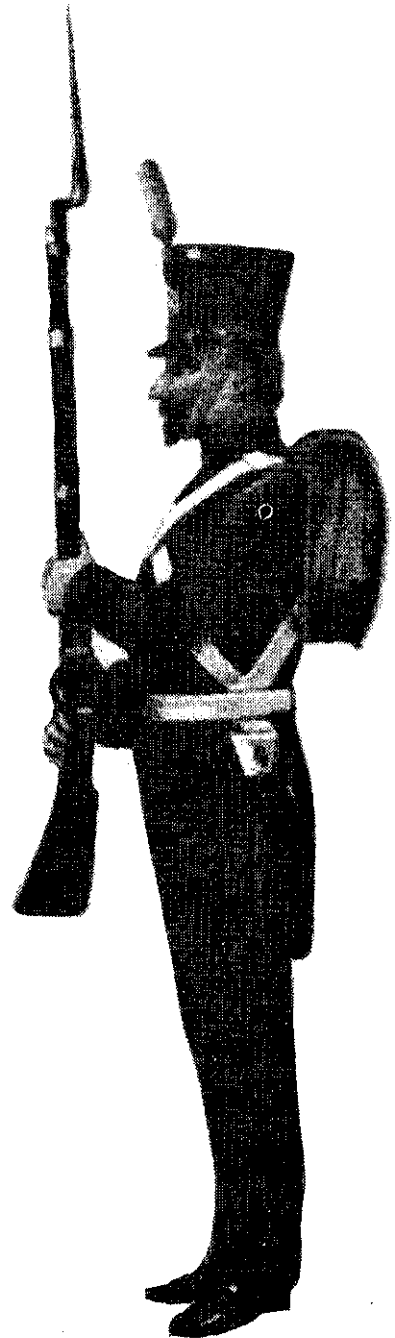
. "San Martín revolucionario", por Germán Arciniegas. (VI, 381).

. "Algunos testimonios ejemplares sobre el pensamiento político del Libertador Gral. San Martín", por Ricardo Bermúdez. (VI, 391).

. "El protector del Perú, Gral. San Martín, y la relación del Arzobispo de Lima, Bartolomé María de Las Heras", por R. P. Cayetano Bruno. (VI, 405).

. "Medidas sanmartinianas de buen gobierno en el

Soldado del ejército de los Andes.



campo de la educación y la cultura", por Francisco Cignoli. (VI, 441).

· "Contenido social de la obra de San Martín en el Perú", por José de la Puente Candamo. (VI, 457).

· "El Gral. San Martín y la revolución de Guayaquil", por Julio César Chaves. (VI, 483).

· "Ideario social del Libertador San Martín. Su Protectorado en el Perú", por Carlos Desmaras. (VII, 9).

· "La virtud de la prudencia de San Martín en Chile ante el poder político", por Mafalda Díaz Melián. (VII, 51).

· "Acerca de la concreción y desarrollo del plan sanmartiniano en el Perú", por Alicia F. Garro. (VII, 59).

· "Testimonios sanmartinianos en el Museo Saavedra de Buenos Aires", por Carlos Gelly y Obes. (VII, 77).

· "El protectorado de San Martín en el Perú", por Luis Ledesma Medina. (VII, 99).

· "San Martín: misión, deber y destino", por Frank Moya Pons. (VII, 145).

· "Bolívar y San Martín en la historia de América", por Federico Nielsen Reyes. (VII, 177).

· "El Pacto de Rancagua", por Antonio Pérez Amuchástegui. (VII, 191).

· "La raíz y los sentidos del honor en el Gral. San Martín", por Juan Pérez de Tudela y Bueso. (VII, 207).

· "José Francisco de San Martín Matorras: el hombre y su circunstancia", por Joaquín Reguera Sevilla. (VII, 245).

· "Algunas coincidencias en el pensamiento político de San Martín y Bolívar", por Elba Cristina Rins. (VII, 279).

· "Ética y magisterio sanmartiniano", por José Sevo Villalba. (VII, 307).

· "San Martín en el Gobierno de Cuyo, su actuación

Morrión de oficial de granaderos a caballo que perteneció a Mariano Escalada.

en Chile. sus ideas políticas", por Arnaldo Simón. (VII, 321).

· "La soberanía en el pensamiento del Gral. San Martín", por Eduardo Sutter Schneider. (VII, 369).

· "Las virtudes humanas en el Gral. San Martín", por José Trozzo. (VII, 377).

· "San Martín y Monteagudo", por Marta Verdenelli de van Gelder. (VII, 431).

· "El Gral. San Martín y la 'Idea Inca' en la Revolución Argentina", por Alfredo Yépez Miranda. (VII, 445).

· "Informes diplomáticos sobre la Emancipación Latinoamericana en el Reino de Cerdeña", por Salvatore Candido. (VII, 461).

· "Principios filosófico-políticos en la obra sanmartiniana", por Gustavo Pons Muzzo. (VII, 477).

· "San Martín y José Ignacio de la Roza. Solución y una difícil situación política", por Héctor Arias. (VII, 505).

· "El Ejército de los Andes y la acción de las diplomacias extranjeras en el Río de la Plata", por Oreste C. Casanello. (VII, 533).

· "Estados Unidos y su actitud hacia la Gestá Emancipadora según la correspondencia diplomática (1810-1822)", por Victoria Castillo de Parrillo. (VII, 563).

· "Cuyo y la formación del Ejército de los Andes", por Jorge Comadrán Ruiz. (VII, 575).

· "Composición étnica y la economía de Mendoza en la época sanmartiniana", por Juan Draghi Lucero. (VIII, 9).

· "Un desconocido guerrero de la independencia. D. Mariano Martiniano Elgueta", por Emiliano Endrek. (VIII, 33).

· "San Martín y las tendencias autonomistas de San Juan en el contexto de la Gobernación Intendencia de Cuyo", por Margarita Ferrá de Bartol. (VIII, 61).

· "Respuesta del pueblo sanjuanino al Comandante del Ejército de los Andes (1814-1818)", por Nilda Garay Ocampo. (VIII, 103).

· "El aporte de la provincia de Salta al plan sanmartiniano", por María Inés Garrido de Solá. (VIII, 175).

· "San Martín y los tucumanos", por Orlando Lázaro. (VIII, 215).

· "El plan continental de San Martín y Tucumán", por Ramón Leoni Pinto. (VIII, 245).

· "La Minería en Cuyo en la época del Gobernador San Martín", por Elvira Martín de Codoni. (VIII, 271).

· "Fuentes del pensamiento político de San Martín (período español)", por Beatriz Martínez. (VIII, 285).

· "San Martín en La Rioja", por Manuel Gregorio Mercado. (VIII, 307).

· "San Martín y el repaso de Los Andes", por Joaquín Pérez. (VIII, 339).

· "Catamarca y San Martín", por Gerardo Pérez Fuentes. (VIII, 431).

· "San Martín en Tucumán: estudio patográfico", por Armando Pérez de Nucci. (VIII, 445).

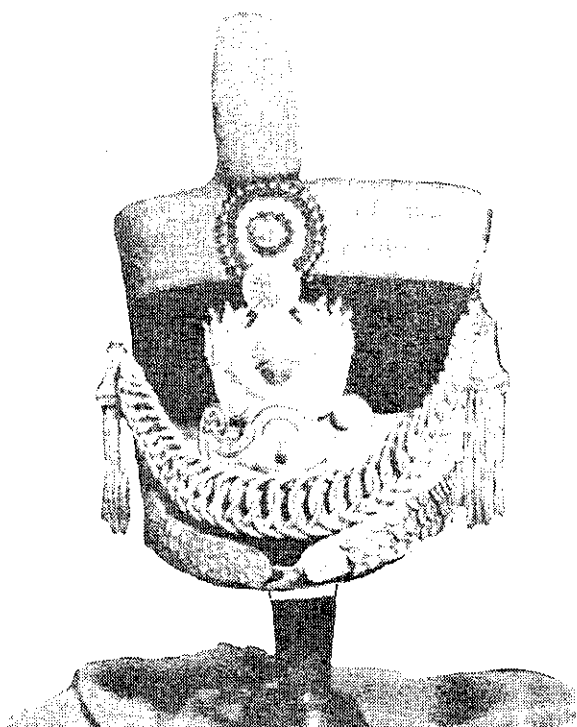
· "San Luis y la emancipación sudamericana", por Hipólito Saa. (VII, 455).

· "San Martín y las provincias de Charcas", por Rodolfo Salamanca L.. (VIII, 489).

· "San Martín a través de la diplomacia norteamericana", por Hernán Asdrúbal Silva. (VIII, 523).

· "El Paraguay en la época de las campañas de San Martín", por Rafael Eladio Velázquez. (VIII, 553).

· "La campaña de San Martín en Chile y sus repercusiones en Tucumán", por Roberto Zavalía Matienzo. (VIII, 565). □



# LA MAYOR INSTITUCION CREDITICIA DEL PAIS, SIEMPRE A SU SERVICIO.



**BANCO DE LA  
NACION ARGENTINA**  
en su nación, su banco.





# CANCHA RAYADA

por Sergio Raúl Castaño

La batalla de Cancha Rayada ha sido tratada directa o indirectamente por innumerables autores, en obras de carácter general o específico. Sin embargo, no fue advertido el verdadero plan de San Martín en esa noche, que lo confirma en su puesto de primer militar del continente y lo muestra a la altura de los grandes capitanes de la Historia.

En Cancha Rayada el genio del Libertador se reveló con la sabiduría de los que conocen los mejores ejemplos del arte militar y con la habilidad de los que saben llevarlos a la práctica.

La fatalidad, la sola fatalidad —trascendental en la guerra— hizo que aquella brillante maniobra se frustrara. Se compendian en este artículo las preliminares de esa derrota y la batalla en sí que, de no mediar la grandeza del héroe, hubiera traído funestas consecuencias para la Patria.

A fines del año 1816, el Ejército de los Andes estaba preparado para abrir la campaña sobre Chile. Formarlo había costado 30 meses de ingentes esfuerzos de parte del Gobierno, pero sobre todo de Cuyo. Testimonian el sacrificio las elocuentes palabras de San Martín: "Admira en efecto que un país de mediana población, sin erario público, sin comercio, ni grandes capitalistas, falto de madera, pieles, lanas, ganados en mucha parte y de otras infinitas primas materias y artículos bien importantes haya podido elevar de su mismo seno un Ejército de 3.000 hombres".

El Ejército fue dividido en dos secciones principales y tres secundarias, aparte de un pequeño contingente aportado por Belgrano. Soler, jefe del Estado Mayor, llevaría tres batallones y cinco escuadrones por Los Patos. Las Heras, un batallón y 30 granaderos por Uspallata. Estos cuerpos caerían por direcciones encontradas en el valle de Aconcagua, objetivo de San Martín, tomando de frente y de revés a los realistas. Las otras cuatro columnas, conducidas por Zelaya, Cabot, Lemos y Freyre, distraerían la atención del enemigo por el norte y el sur, ocupando además esas regiones extremas.

El 18 de enero se puso en marcha la división de Las Heras, y en los subsiguientes días la de Soler. Para febrero el Ejército se hallaba íntegramente empeñado en el cruce. Pronto comenzaron a sucederse los triunfos: Potrerillos Guardia Vieja, Achupallas, el homérico de Las Coimas obtenido por Necochea, en desventaja numérica de uno a siete. El 8 de febrero, día fijado por San Martín, eran ocupadas las cabezas de desemboque de Santa Rosa y San Felipe. Habíase cumplido con pre-

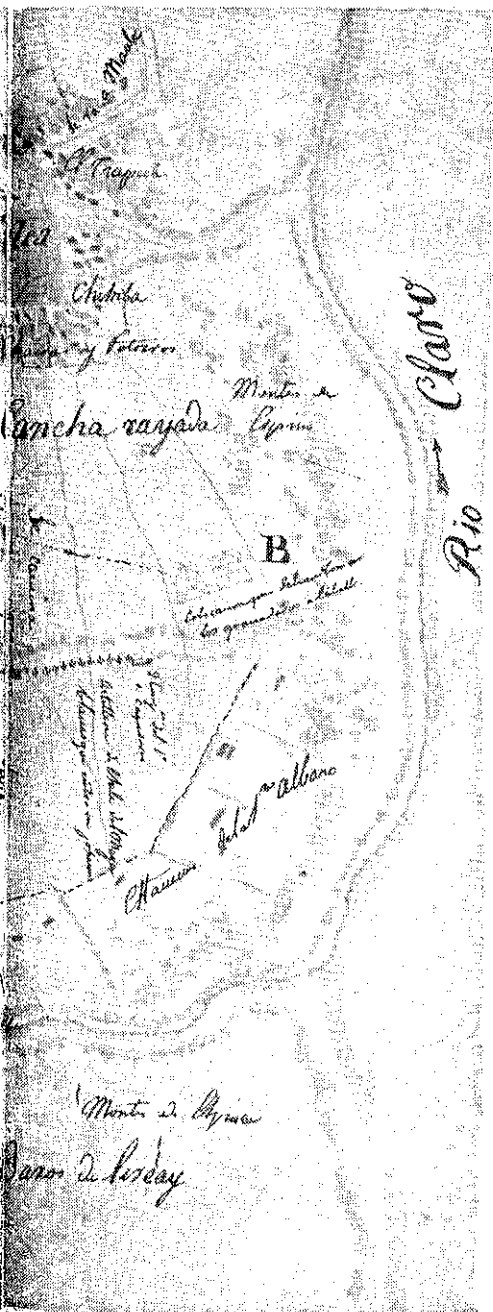
visión matemática el plan de invasión. El Ejército español se hallaba desperdigado a lo largo de Chile. No podría reunirse antes del 15. Todo estaba previsto por San Martín, que había realizado una brillante maniobra de ruptura por el centro del Reino, con el fin de destruir en detalle a las fuerzas reales. Si en Chacabuco se halló frente a sólo 1800 enemigos no fue por suerte o casualidad.

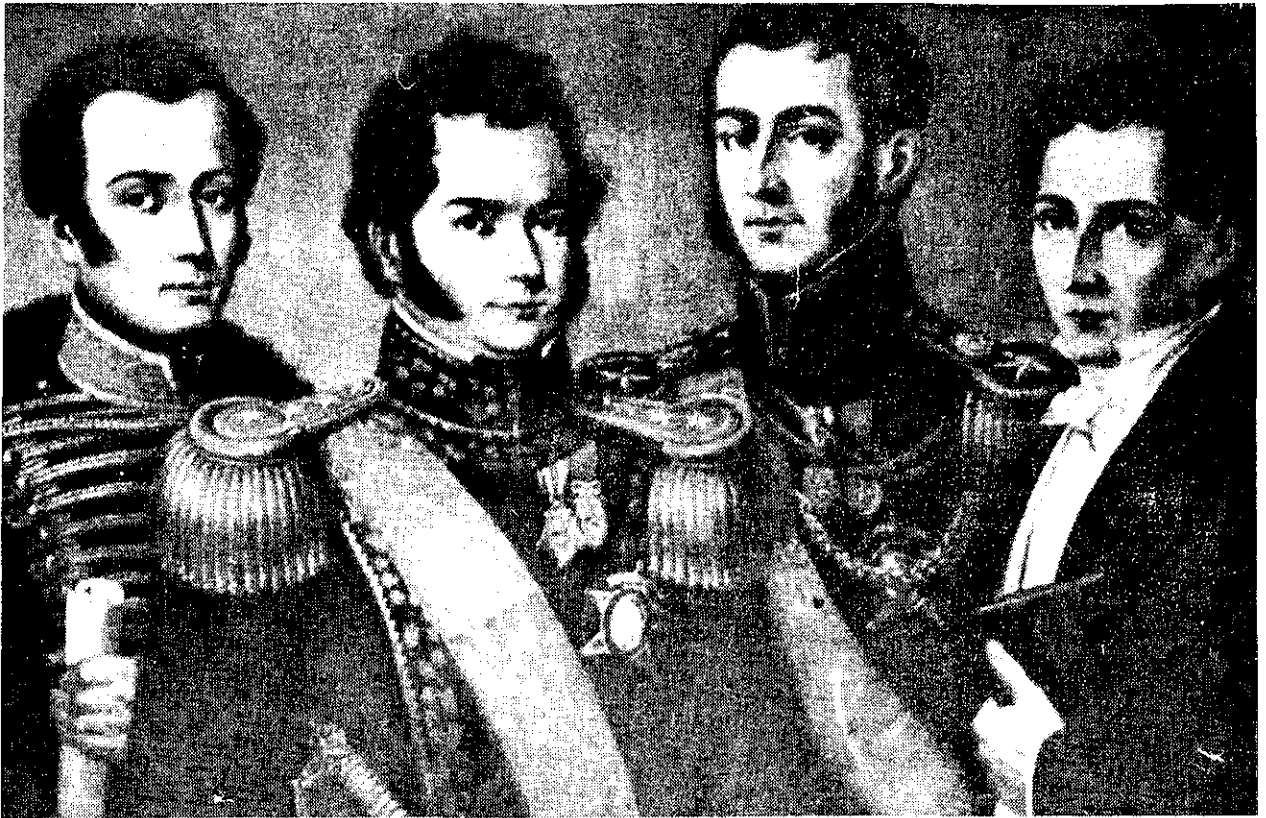
El 12 de febrero de 1817, el Ejército argentino daba libertad a Chile en la cuesta de Chacabuco, gracias a la pericia y al brazo de San Martín que, cargando a la cabeza de los granaderos, debió salvar la situación en que lo puso la desobediencia de O'Higgins(1). El Libertador hizo el 14 de febrero su modesta y humilde entrada en Santiago.

## Campaña al sur

Se imponía ahora una necesidad urgente: terminar con los restos del Ejército realista que, todavía en el sur, no habían podido intervenir en Chacabuco. Su jefe nato era el denodado coronel Ordóñez, Gobernador intendente de Concepción (provincia que englobaba todos los territorios más allá del río Maule). D. José Ordóñez había combatido desde los 13 años en España. Llegado en 1815 a Chile como coronel, fué nombrado para el puesto que desempeñaba en el momento de la invasión patriota. Era un jefe activo y arrojado, dotado del fuego imprescindible en el guerrero y decidido a usar todos los arbitrios a la mano del hombre para defender la causa del Rey: lo que se llama un enemigo peligroso.

Al recibir la noticia de Chacabuco, comenzó a reunir febril-





"Los fundadores de Chile",  
óleo alegórico de Otto Grashoff (1854).

mente todos los elementos con que contaba para hacer frente a la embestida que de seguro le harían los patriotas. Disponía del batallón Concepción, fuerte de 500 plazas, y de alrededor de 400 jinetes de los cuerpos de Dragones y Colorados. Puesto a la cabeza de su respetable columna, se fué replegando poco a poco, sin antes haber derrotado una de sus partidas al capitán Merino en la Villa del Parral.

En la zona del Maule operaba en esos momentos el teniente coronel Freyre. Como se recordará, este jefe fué encargado por San Martín del mando de una columna secundaria con la que debería penetrar por el sur de Chile, para ponerlo en conmoción, distraer la atención realista del valle de Aconcagua y desbaratar en lo posible la resistencia. Al tener noticia del contraste de su subordinado el capitán Merino, cruzó el Maule y empujó a las partidas enemigas hacia el Bio-Bío. Coinciden los historiadores en juzgar tardía la resolución de Freyre ya que, según ellos, de haber avanzado antes no habría tenido lugar la recuperación realista. Pero olvidan que Ordóñez organizó su fuerza no con partidas

que hubieran podido ser deshechas por Freyre, sino con los dos cuerpos veteranos con que todavía contaba: el Concepción y los Dragones(2). Las guerrillas que hubiera podido aventar Freyre poco habrían pesado en la balanza. Con un batallón y dos o tres escuadrones de sobra tenía Ordóñez para encerrarse en Talcahuano, en espera de refuerzos. Fue esto precisamente lo que hizo. reorganizó sus tropas en el puerto fortificado de Talcahuano, inmediato a Concepción, y realizó las obras necesarias en él para ponerlo en estado respetable de defensa.

Mientras tanto, San Martín cumplía con la segunda parte del plan de reconquista: terminar con la resistencia en el sur. A pesar de la importancia que tal operación revestía, no fué emprendida con la necesaria celeridad. Recién el 20 de febrero se extendían las instrucciones que el jefe de la expedición, coronel Las Heras, debía observar. Este, como lo reconoce su biógrafo el coronel F. G. Nellar, no aceptó de buen grado la comisión. Pero obligado a ello, formó su columna tal como se lo prescribían las instrucciones: batallón N°11, 3er escuadrón de Gra-

naderos a caballo y cuatro piezas; y partió presumiblemente poco tiempo después. Las dificultades que halló en su tránsito por las comarcas sureñas fueron grandes. El hecho de no poder marchar la infantería en cabalgaduras hizo cundir el descontento, y las deserciones fueron alarmantes. Por otra parte el estado de los pueblos era

lamentable y Las Heras debía atender entonces al ramo político y administrativo, a la vez que al militar. El 10 de marzo se encontraba en Talca. Desde allí insistió por segunda vez en su renuncia. Pero pronto debió olvidar sus dolencias ante la necesidad de actuar prestamente. En Talca unió sus fuerzas a las de Freyre y consiguió montarlas, asumiendo desde luego el mando en jefe de todas ellas. Recién el 23 pasó el Maule, dividiendo entonces su cuerpo en tres columnas paralelas que marcharían por los tres caminos existentes, a cierta distancia una de la otra.

El 4 de abril la expedición llegaba a La Florida, a catorce leguas de Concepción. Allí se efectuó una junta de guerra con los cuatro jefes presentes —Las Heras, Enrique Martínez, Freyre y Lucio

## Sitio de Talcahuano

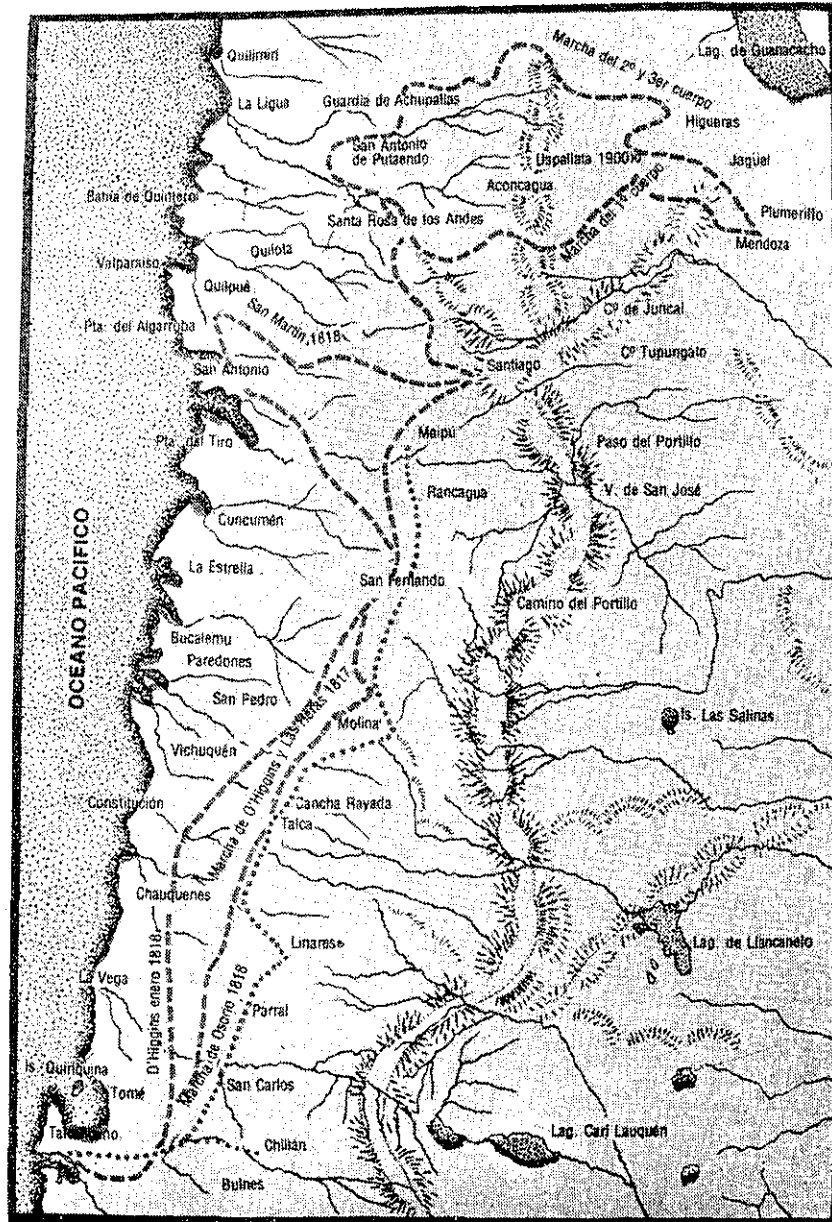
Con las fuerzas suficientes para hacerlo O'Higgins estableció formalmente el asedio de Talcahuano. Sin embargo, era éste ilusorio estando la provincia de Arauco en poder de los realistas. Desde ella se comunicaban por mar con los sitiados proporcionándoles todo género de recursos. Era necesario, pues, ocupar los fuertes al sur del Bío-Bío. Esta misión le fue encomendada a Freyre quien, a la cabeza de una columna

Mansilla— que dispuso, entre otras cosas, el envío de este último a la capital con el objeto de informar de las medidas tomadas y de que se enviaran refuerzos para acabar con Ordóñez. Cuando estas noticias llegaron a Santiago, O'Higgins, Director Supremo y encargado del mando en jefe del Ejército por la ausencia de San Martín en Buenos Aires, ardía de rabia e impaciencia. Inmediatamente remitió el acta de la junta de La Florida acompañada por una carta suya a San Martín; y otra copia del acta, junto a una carta redactada en los mismos términos que la anterior al gobierno de Buenos Aires. Acusa vehementemente a Las Heras por su "criminal indolencia" al no haber procedido rápidamente contra el enemigo, gracias a lo cual éste "se halla rehecho y atrincherado en Talcahuano con fuerza de más de 1000 hombres". El gobierno argentino dispuso juzgar a Las Heras, pero San Martín pidió suspender la causa. Pronto el Director de Chile, aleccionado por la experiencia, diría lo mismo. En efecto, a mediados de abril, O'Higgins salió para el sur con el batallón N° 7 y el 4° escuadrón de Granaderos a caballo, por decisión de la Logia (los amigos :: como el decía) con el objeto de tomar el mando en jefe, acelerar las operaciones y acabar con los realistas. Su marcha no fué mucho más rápida que la de Las Heras: si éste tardó 40 días debiendo organizarlo todo a su paso, avanzando a pie y cuidándose del enemigo, O'Higgins, sin esas preocupaciones, tardó 20.

Entretanto el 5 de abril a la madrugada la columna del sur era atacada por el batallón Concepción al mando de su sargento mayor Campillo. Los retenes de seguridad dispuestos por Las Heras frente a su campamento retrocedieron sobre el grueso atrayendo a los realistas que, después de un rato de combate, se retiraron con fuertes pérdidas. Acto seguido los patriotas ocuparon Concepción, estableciéndose en el cerro Gavilán, ubicado al noroeste de la ciudad. El 1 de mayo, las tropas fugadas de Valparaíso luego de Chacabuco arribaron a Talcahuano por orden del Virrey del Perú, que no había querido recibirlos en Lima. Con este importante refuerzo Ordóñez planeó llevar un ataque a Las Heras. El 5 de mayo al despuntar el alba, dos columnas al mando de Ordóñez y del co-

ronel de Dragones Morgado se desprendieron de Talcahuano y atacaron por ambos flancos a los independientes. Luego de cuatro horas de combate, sostenido con valor y pericia por Las Heras, cejaron los realistas. O'Higgins, que se acercaba a marchas forzadas al lugar de los acontecimientos, envió al sargento mayor Correa con una compañía en ayuda de Las Heras; Correa tuvo tiempo de participar en las postrimerías de la lucha, persiguiendo a Ordóñez. Llegado O'Higgins al escenario del combate reconcilióse con el vencedor.

Croquis de la campaña patriota en el sur de Chile.



mixta de 300 hombres, partió hacia el sur a principios de mayo. Pronto conquistó los fortines de Nacimiento, Santa Ana y San Pedro, sobre el Bío-Bío, y el fuerte de Arauco, cercano al Pacífico y llave de la provincia de aquel nombre. Días después los realistas promovieron una sublevación entre los araucanos, logrando reconquistarlo. Obligado a incursionar nuevamente, Freyre lo recuperó y dejó allí una guarnición más numerosa. O'Higgins nombró enseguida al coronel Alcázar, jefe pres-

tigioso en la región, para el comando de la línea de fuertes.

Se realizaban mientras tanto frecuentes operaciones frente a Talcahuano. Así, el reconocimiento de mayo 17, las escaramuzas del 7 de junio y 5 de julio, la sorpresa del 2 de julio y el intento de asalto llevado a cabo por O'Higgins en los días 21, 22 y 23 del mismo mes. El 2 de agosto el alférez Bogado persiguió de a caballo en mar abierto a dos lanchones realistas, el 10 de septiembre Freyre derrotaba en Cerro del Manzano a los úl-

timos y vapuleados restos de la caballería española.

Ordóñez no se resignaba a perder su fuente de aprovisionamientos del Arauco. A principios de septiembre un destacamento salido de Talcahuano desembarcó en Tubul y atacó la plaza de Arauco, siendo rechazado. Sin embargo, fueron necesarias las fuerzas del sargento mayor Boedo y de Freyre para acabar con los realistas.

La actividad bélica, alentada por los emisarios de Ordóñez, continuó durante septiembre, octubre, noviembre y diciembre en la zona del Bío-Bío.

Pasada la estación de las lluvias se aceleraron en Concepción los planes del ataque a Talcahuano. Lo más lógico hubiera sido embestir esta plaza por su derecha; de esa manera opinaban Antonio Arcos —ingeniero del Ejército— y los jefes, incluso O'Higgins. Pero un parecer doblegó al de todos y con ellos al discernimiento más elemental. Comenzaba así en los ejércitos americanos su carrera de errores y bajezas el tristemente célebre general Michel Brayer. Llegado a las Provincias Unidas en los barcos de Carrera, pasó luego a Chile, donde se le reconoció como coronel mayor y jefe del Estado Mayor del Ejército Unido. Su historial impresionaba; no era para menos: Había combatido bajo las banderas de la República y el Imperio en Hohenlinden, Austerlitz, Dantzig, Burgos, Ocaña, Albuera, Leipzig y Waterloo, alcanzando el generalato en Francia. Enviado al sur defendió, llegado el momento, la conveniencia del ataque a Talcahuano por el fuerte del Morro, ubicado en la extrema izquierda realista. Por consideración al jefe extranjero O'Higgins cedió.

Las Heras llevaría dos batallones y ocho compañías contra el Morro, mientras Pedro Conde distraía al enemigo en la dirección del fuerte San Vicente. La caballería al mando de Freyre debía penetrar en el recinto fortificado luego de que se bajara el puente levadizo y dirigirse al puerto para cortar la retirada al enemigo. Además de franquear el paso a Freyre, Las Heras llevaba el encargo de tomar el fuerte del Cura, inmediato al Morro. Tal el plan de Brayer. Olvidaba al fuerte Centinela que, situado más atrás, dominaba con sus fuegos todas estas posiciones e iba a hacer imposible la victoria.

El general Juan Gregorio de Las Heras, mariscal del Perú (Oleo de José Gil, 1832).



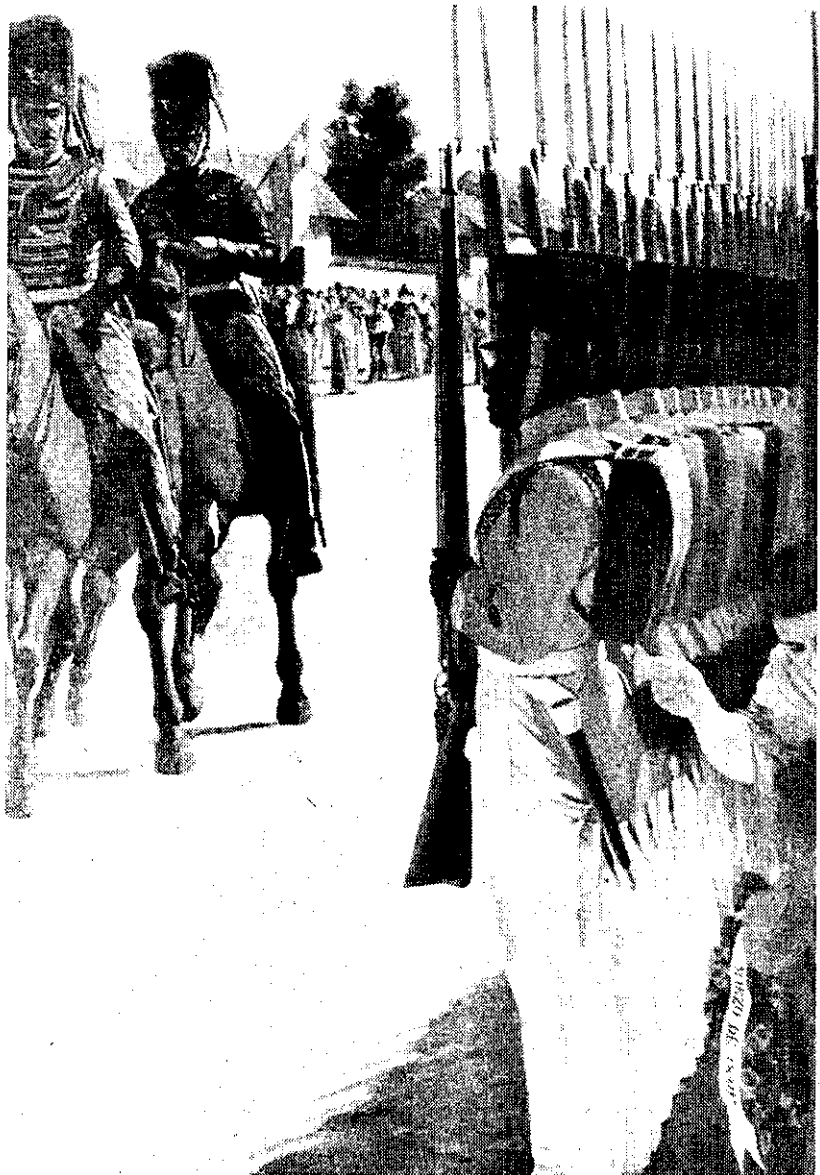
*Juan Gregorio de Las Heras*

El asalto se llevó a cabo el 6 de diciembre. Mucho fue el coraje derrochado por Las Heras, Conde y los demás. Pero la brigada del primero no pudo pasar del Morro y al fin debió retirarse, llevándose los prisioneros y clavando los cañones; Conde, herido, debió retroceder también. Los lanchones que atacaron la extrema derecha realista obtuvieron todo éxito pero, dada su poca fuerza, nada pudieron hacer. De haberse llevado el asalto por allí se habría producido seguramente la caída de la plaza.

### La gran estrategia

Con fecha 6 de marzo el Gobierno había dado orden a San Martín de iniciar con el Virrey del Perú, Pezuela, tratativas para canjear prisioneros. Al mismo tiempo, el oficial que desempeñara esa misión en Lima debería hacer averiguaciones sobre el número y calidad de las tropas realistas, la flota surta en el Callao, la opinión de los notables, etc. A fines de octubre partió con ese fin el sargento mayor Domingo Torres, en la fragata Amphion. San Martín, con su ojo experto para calar los caracteres, había elegido al hombre ideal, dotado del tacto y del disimulo necesarios para una tan importante empresa como era espiar los planes españoles en las mismas narices del Virrey del Perú. Estaba facultado también para repartir entre los prisioneros patriotas la suma de 10.000 pesos.

Contemporáneamente a esto el Virrey Pezuela se afanaba en alistar una expedición que reconquistase Chile. La situación en que lo había puesto San Martín era muy seria. Dice Pezuela en su pliego de instrucciones al jefe de la fuerza destinada al efecto: "Dueños absolutos éstos (los insurgentes) de Chile, era consiguiente la pérdida de las importantes plazas de Valdivia e islas de Chiloé". Luego "se haría sobremanera difícil arrebatarles el fruto de su conquista" y entonces "sin un punto en que guarecerse los buques después de una larga y fatigosa navegación, se paralizaría el comercio con la metrópoli, nuestras fuerzas marítimas no podrían verificar sus cruceros... el Pacífico desde el cabo de Hornos hasta Panamá se infestaría de contrabandistas y piratas". Era seguro, además, que "El genio activo y naturalmente



"La revista de Rancagua", cuadro de Juan Manuel Blanes. El detalle muestra los famosos negros del batallón "Cazadores N° 8" del ejército de los Andes.

emprendedor de los porteños no pararía hasta armar en los puertos de Chile una expedición, que en muy pocos días podría invadir cualquiera de los de la dilatada e indefensa línea de Arequipa, y propagando la infidelidad en los dispuestos ánimos de la mayor parte de los habitantes de las provincias interiores los levantarían en masa y atacarían por la espalda al Ejército Real del Perú, al mismo tiempo que el de ellos situado en el Tucumán lo verificaría por el frente; con cuya combinación muy practicable bajo todos los aspectos, sería también muy aventurada la suerte de esta América meridional..." No se equivocaba el santanderino: ése

era el plan de San Martín desde hacía años.

Abocóse desde luego Pezuela a la formación de un buen cuerpo de tropas. Reunió para ello al 1er. batallón del regimiento de Burgos, al 2do. batallón del regimiento del Infante Don Carlos, al 2º batallón del regimiento de español, uno de lanceros arequipeños, una compañía de zapadores y una de artillería. Meses después, cuando ya la expedición había desembarcado en Talcahuano, se supieron por Torres, que regresaba de Lima, más detalles sobre cada uno de los cuerpos. El Burgos era "la esperanza y el apoyo del Ejército"; había llegado de España





Tomás Guido, ayudante y confidente de San Martín.

hacia seis meses con la paga atrasada, pero se le había prometido un buen botín si triunfaban. El Don Carlos tenía pocos soldados españoles; los más eran reclutas forzados o prisioneros patriotas. El Arequipa estaba formado por indios, negros, cholos y mulatos sin instrucción. El escuadrón de lanceros españoles era excelente; no así el de Arequipa. Tanto artilleros como zapadores eran buena tropa. Estas fuerzas sumaban más de 3.000 hombres. Su jefe era el brigadier Mariano Osorio, oficial de artillería de 40 años que había reconquistado Chile en 1814. Otro motivo de peso para la designación era su condición de yerno de Pezuela.

El 29 de noviembre fue apresado el bergantín español *Santa María de Jesús*, salido del Callao el 5. Interrogando a los prisioneros pudo saberse que era inminente la partida de 14 buques y 3.000 hombres con destino a Chile. Esta noticia fue comunicada a San Martín el 8 de diciembre desde Valparaíso. El Libertador elucubró entonces la gran maniobra que aseguraría la victoria sobre los enemigos y la independencia de Chile.

Dos caminos tenían los realistas. El primero era desembarcar en Talcahuano, unirse a Ordoñez y después de atacar y destruir a O'Higgins operar como conviniere: podían continuar por tierra

hacia Santiago; o embarcarse para tomar el puerto de San Antonio, ocupar Santiago y dirigirse luego contra San Martín, aislado en Valparaíso. El segundo era tocar tierra directamente en el norte y conquistar Santiago para después dar cara a San Martín. Aniquilado éste quedaría O'Higgins en Concepción sin ninguna chance y en grave peligro, teniendo a Ordoñez a su frente. Este último plan era el más acertado, si hubieran tenido los realistas fuerzas suficientes para llevarlo a cabo. Y San Martín creía que las tenían. Pues si Osorio llevaba sólo 3.000 hombres, el Libertador le asignaba más de 5.000. (3).

Así pues, el general en jefe debió elaborar una estrategia adecuada para atender a cualquier posibilidad. Descubrió entonces la ventaja de unir a las dos fracciones de su Ejército —la del sur, con O'Higgins, y la de Las Tablas, campo de entrenamiento cercano a Valparaíso, con A.G. Balcarce— en un solo cuerpo, situando a éste en un punto equidistante de Talcahuano y la capital. Conseguía así tener la superioridad numérica y, lo que es más importante, encontrarse reunido y en situación de hacer frente al enemigo por donde quiera que éste apareciese. Quedó entonces decidida la retirada de O'Higgins hacia el norte. El 11 de diciembre San Martín le expresa, entre otras cosas: "su retirada la habíamos decidido antes de saber el contraste de Talcahuano... divididos seremos débiles; unidos los batiremos sin duda alguna. El proyecto del enemigo es probablemente interponerse entre nuestras fuerzas para batirnos en detalle y apoderarse de Valparaíso. Asegure pues con tiempo su retirada al norte del Maule." En misiva oficial del 18 le dice: "Unidos somos invencibles, separados somos débiles... si cargamos nuestras fuerzas al sur pueden embarcarse y darnos un golpe por el norte, y si atendemos a éste lo pueden dar por el sur, teniendo como efectivamente tienen la superioridad en el mar. Por lo tanto creo que nuestro objeto de campaña debe ser una reconcentración de fuerzas".

O'Higgins comenzó a organizar la retirada de inmediato. "Estoy dando las órdenes más ejecutivas a la evacuación de Concepción", escribía a San Martín el 23 de diciembre. Más adelante se dice dispuesto a "no dejar atrás



cosa que sirva de auxilio a los enemigos, y que encuentren desierto y ruina". Ese mismo día comenzaron a salir las primeras carretas con heridos y se dieron órdenes para construir balsas y puentes con que atravesar los ríos del trayecto. El 29 se movilizaron los batallones; ya en esa fecha O'Higgins obligaba a emigrar a la población civil de la provincia, además de incendiar sus edificios y sementeras. En enero de 1818 el inmenso tráfago del Ejército se hallaba en marcha en dirección al Ytata. El 5 de ese mes la patrulla que protegía el flanco izquierdo de la columna, al mando del capitán Molina, hizo 30 muertos a una partida realista y el 15, el destacamento que cubría la derecha, a órdenes del teniente coronel Arriagada, provocó a su vez otras 30 bajas a los enemigos. El 12 llegaba O'Higgins al Ytata, entrando el 20 en Talca.

Entre tanto en Las Tablas se activaban los preparativos para la próxima partida. Valparaíso fue fortificado, y guarnecido con el batallón Infantes de la Patria.

Las operaciones se congelaron en el bando patriota por un mes. Recién a principios de febrero se supo del desembarco de Osorio en Talcahuano, y además el Libertador esperaba las reacciones de su adversario para actuar. No creía bajo ningún concepto que los realistas avanzaran por tierra a su encuentro haciendo terribles jornadas en territorios desiertos, atravesando torrentes, etc. si tenían la ventaja del dominio marítimo y podían trasladarse fácilmente por esa vía hacia Valparaíso. Así pues, sólo actuó cuando tuvo absoluta certeza de las intenciones de su contendor.

El 17 de enero había llegado Osorio a Talcahuano. Sus instrucciones le prescribían unirse a Ordóñez y caer sobre O'Higgins. Después de vencerlo debía reembarcarse, tocar tierra cerca de Valparaíso, apoderarse de Santiago y enfrentar a San Martín. Cuando arribó a su destino encontró a Ordóñez dueño de Concepción y a O'Higgins ya muy lejos. Podría haberse reembarcado para invadir con su Ejército reunido por Valparaíso, dirigiéndose luego contra Balcarce o la Capital, pero no lo hizo. En lugar de emprender esta ventajosa combinación prefirió seguir tras las huellas del Director de Chile. De inmediato comenzaron los roces entre Osorio y Ordóñez.

El último se encontraba resentido por el cargo recaído en el primero. Se consideraba, con gran razón, el más indicado para desempeñarlo, tanto por los méritos contraídos en la guerra como por su conocimiento del teatro de operaciones. Además sus temperamentos eran radicalmente opuestos. Osorio era tímido e irresoluto y Ordóñez bravo y audaz. Mal comenzó la campaña por el lado español.

Después de entregar los despachos de brigadier a Ordóñez — medida conciliatoria del Virrey Pezuela— Osorio se entregó de lleno al entrenamiento de sus tropas. Ocupó varios días en estas tareas, y a principios de febrero comenzó su lento avance. El 5 entró en Chillán una fuerte vanguardia al mando del teniente coronel Campillo. A mediados del mes todo el Ejército de Osorio se encontraba en esa ciudad, habiendo sido destacado Campillo con su vanguardia hasta Linares.

Habiéndose jurado la Independencia de Chile el 12 de febrero, San Martín se entrevistó con O'Higgins en Talca. Decidió el Libertador esperar un poco más pues no podía creer que Osorio avanzase como lo hacía, opinando más bien que estaba distrayendo la atención de los patriotas en la

dirección sur con partidas sueltas. Pero el 26 de febrero ya no dudó. Ordenó a Balcarce avanzar hacia Rancagua, mientras O'Higgins retrocedía hasta Curicó desde su campo al norte de Talca, dejando a Freyre en observación del enemigo sobre el Maule. Se hicieron urgentes pedidos de víveres y pertrechos a Santiago, ya que los cuerpos no se encontraban bien abastecidos.

Los jefes españoles, plenos de engreimiento al ver el retroceso patriota, presionaron imprudentemente a Osorio para que los persiguiera. El 1 de marzo la caballería de Morgado cruzó el Maule; pronto lo hizo el resto del Ejército realista, y el 4 estaba Osorio con sus tropas reunidas en Talca. Posteriormente avanzaron hasta Querechguas y Teno.

Balcarce, luego de proclamar a su Ejército rompió el 28 de febrero la marcha desde las Tablas, llegando el 8 al cuartel de San Martín en San Fernando. Después de dar dos días de descanso a sus hombres, el Libertador partió hacia el sur iniciando el movimiento decisivo de reconcentración, a efectuarse en el estero de Chimbarrongo, donde estaba O'Higgins desde el 9 de marzo. La reunión se efectuó el 12. Ahora se trocarían

Detalle de la litografía de Theodore Gericault de la batalla de Chacabuco (1819).





Sello postal y billete de 1869

los papeles: iba a comenzar la persecución definitiva que, según San Martín, le daría la victoria en una semana. Luego de cerciorarse de que Osorio seguía a su frente, en Camarico, rompió la marcha en su busca. El día 14 el Libertador movió su Ejército. La vanguardia realista que, al mando del jefe del Estado Mayor Primo de Rivera, joven talentoso aunque inexperto, estaba en Teno, desalojó rápidamente su posición replegándose al río Lontué. Los patriotas ocuparon Curicó, a dos leguas del enemigo, y pasaron la noche sobre las armas. El 15 al amanecer, al notar que los españoles habían repasado el río, Freyre fue enviado a reconocer sus posiciones de Querecheguas. Allí tuvo lugar un combate con Primo de Rivera y Morgado en el que Freyre perdió 17 hombres e importantes papeles. A pesar de lo cual los jefes realistas se retiraron, incorporándose a Osorio tanto ellos como los refuerzos que iban en su busca.

El 16 el Ejército Unido pasó el Lontué, permaneciendo allí hasta el 17. Ese día, al saber la retirada de Primo hacia el grueso, San Martín comprendió que ese movimiento era el preludio del retroceso de todas las fuerzas enemigas con intención de repasar el Maule. Así pues, dividió en dos su Ejército y con la primera sección se puso en marcha por el camino de los Tres Montes con toda presteza, ordenando a O'Higgins que lo siguiera. El camino de los Tres Mon-


tes, o de la cordillera, hacía un rodeo por el este flanqueando la posición española, y llegaba a Talca. Se proponía el Libertador cortar al enemigo con un avance rápido y disimulado por su flanco, la retirada al Maule. Osorio vio con recelo el paso del Lontué por los patriotas. Y cuando providencialmente se enteró del fulmineo avance de San Martín por el camino oriental, su pavor no tuvo límites. Alzó el campo y se puso en retirada con toda la velocidad posible, haciendo depender de su llegada al Maule la salvación de su Ejército. Así llegaron perseguidos y perseguidores al Lircay. La maniobra había sido perfecta; atrayendo y engolosinando a los realistas, San Martín los hizo alejarse de sus bases hacia el sur, mientras él reunía y abastecía a sus tropas. Cuando el enemigo se dio cuenta de su imprudencia apenas tuvo tiempo de salvarse. Pero pronto el valor, la capacidad, el número, y la elevada moral darían fin a los aterrados y confundidos realistas.

#### La derrota inexplicable

El 19 a la tarde llegaron ambos Ejércitos al Lircay. Osorio había adelantado ya dos compañías de fusileros, el escuadrón de Arequipa y dos piezas con el objeto de que protegiesen el vado. Posteriormente fueron reforzados con los Dragones de la Frontera, los cazadores y seis piezas. Esta providencial determinación salvó al

Ejército, según un jefe realista, dándole tiempo a llegar al paso de Pelarco sobre el río. Cuando Osorio cruzaba el Lircay San Martín hacía lo propio por el paso de Santa Rita, distante una legua. Lo vadeó primero la caballería de Balcarce, y tras ella la infantería y artillería. Osorio, cubriendo su flanco izquierdo con las fuerzas arriba indicadas, y marchó en orden de columnas cerradas hacia Talca. Mientras esto ocurría la caballería independiente permaneció inactiva; para los memorialistas de uno y otro bando ése hubiera sido el momento ideal de cargar al Ejército español. Pero San Martín no dió el orden considerando demasiado fatigadas sus cabalgaduras, y Balcarce creyó que la infantería no había cruzado aún el Lircay.

Los realistas buscaron tomar posiciones; después de practicar un reconocimiento. Osorio encomendó al coronel Olarría entretener al enemigo. Se produjeron entonces una serie de choques entre los escuadrones realistas y los patriotas, acompañados de un vivo cañoneo. En estas escaramuzas demostró su flojedad el escuadrón de Arequipa, lo que provocó agrios comentarios de parte del coronel Morgado. Decidido el Libertador a detener los progresos del enemigo y a embarazar sus maniobras, envió al brigadier Balcarce con toda la caballería para que, atacando su izquierda, no lo dejara ordenarse en batalla. Sin embargo, ya lo había hecho apoyando en Talca su



Sus  
impuestos  
hacen  
al país

**DCI**

SECRETARIA DE ESTADO DE HACIENDA Y MINISTERIO DE ECONOMIA

derecha, constituida por los cuerpos de Dragones; les seguían los batallones de infantería y en la izquierda la escolta y las compañías de granaderos. Balcarce colocó a sus jinetes formando una línea muy extensa, y cargó a gran distancia del enemigo por un terreno quebrado (Cancha Rayada). Estos desaciertos dieron como resultado el fracaso, pues si bien los independientes pudieron arrollar las compañías de granaderos que cubrían el flanco realista, al llegar junto al grueso estaban desorganizados. Aprovechando la falta de orden de los escuadrones adversarios, que se chocaban entre sí, Osorio destacó contra ellos a su sola guardia de 40 jinetes al mando del teniente de fragata Antonio María Villavicencio. Este oficial de marina, bien por cobardía o por desconocer el arma, delegó la orden en su segundo el alférez Pedro Serrano, que atacó vigorosamente a los patriotas, poniéndolos en fuga. Además de la pérdida del teniente escocés Gerard, (4) el contraste importó a los Granaderos a caballo la primera derrota sufrida en los seis años de vida del regimiento. Gracias a la llegada de O'Higgins, Balcarce pudo alejarse sin mayores consecuencias. El Director colocó varias piezas y algunas compañías para que cubrieran su retirada con un fuego sostenido; una bala de cañón mató al caballo del coronel del Burgos, que sufrió la fractura del brazo al caer. Enseguida O'Higgins ordenó al teniente coronel Bueras, de la Escolta, que protegiera a los artilleros. Bueras no sólo hizo esto, sino que también persiguió al escuadrón de Arequipa acuchillándolo hasta entrar en Talca. Era un pequeño desquite por lo de Balcarce.

Caía la tarde, por lo que San Martín suspendió las operaciones hasta el amanecer. Los Ejércitos que se enfrentarían pocas horas después, uno con la victoria segura y el otro sin esperanza de salvarse, formaban así:

**Ejército Unido:**

General en jefe: Capitán General José de San Martín.

General en jefe sustituto: brigadier Antonio González Balcarce.

Jefes de división: brigadier Bernardo O'Higgins y coronel Hilarión de la Quintana.

Jefe del Estado Mayor: coronel mayor Michel Brayer.

Infantería: batallón N° 7 de Los Andes; 674 h., teniente coronel Pedro Conde; batallón N° 8 de los

Andes; 527 h., teniente coronel Enrique Martínez; batallón N° 11 de los Andes, 653 h. coronel Juan G. Gregorio de Las Heras; batallón N° 1 de Cazadores de los Andes, 875 h., teniente coronel Rudecindo Alvarado; batallón N° 1 de Chile, 587 h. teniente coronel Juan de Dios Rivera; batallón N° 2 de Chile, 797 h., teniente coronel Berbardo Cáceres; batallón N° 3 de Chile, 622 h., teniente coronel Agustín López; batallón de Cazadores de Coquimbo, sargento mayor Isaac Thompson.

Caballería: regimiento de Granaderos a caballo, 866 h., coronel José Matías Zapiola; regimiento de Cazadores a caballo, 342 h. y Escolta directorial, 119 h., coronel Ramón Freyre.

Artillería: batallón de Artillería de los Andes, 468 h., teniente coronel Pedro R. de la Plaza, con 21 piezas; batallón de Artillería de Chile, 705 h., teniente coronel

Manuel Blanco Encalada, con 22 piezas.

**Ejército Real:**

General en jefe: brigadier Mariano Osorio.

Segundo jefe: brigadier José Ordóñez.

Jefe del Estado Mayor: coronel José Primo de Rivera.

Infantería: 1er. batallón del Burgos, 956 h., coronel José María Beza, 2do. batallón del Infante Don Carlos, 951 h., teniente coronel Bernardo Latorre; batallón de Concepción, 550 h., teniente coronel Juan José Campillo; 2do. batallón del Arequipa, 1034 h., teniente coronel José Ramón Rodil.

Caballería: comandante general, coronel Francisco Javier Olarría; regimiento de Dragones de la Frontera, 360 h., coronel Antonio Morgado; escuadrón de Lanceros del Rey, 144 h., teniente coronel José Rodríguez; escuadrón de Dragones de Chillán, 180 h., te-

Daguerrotipo de 1848, en París.



niente coronel Cipriano Palma; escuadrón de Lanceros de Arequipa, 160 h., teniente coronel Antonio Rodríguez.

Artillería: comandante general, teniente coronel Antonio Bayona; compañía de artillería a caballo 80 hombres, con 8 piezas, al mando del comandante general; compañía de artillería a pie, 70 h., con 6 piezas, el mando del jefe del Arequipa; compañía de zapadores, 85 h., capitán José Cáscara.

Deben hacerse a este estado ciertas aclaraciones. Los coroneles Beza y Olarría no participaron del combate. El primero, herido horas antes, fue reemplazado por el teniente coronel Lorenzo Morla; y el segundo habíase alejado del Ejército después de reñir esa tarde con Osorio. En cuanto al Don Carlos, fué conducido a la lucha por el teniente coronel Mata, y no por Latorre. (5)

El Ejército Unido quedó en la posición que traía al perseguir a los españoles, esto es, mirando al sudoeste, a caballo del camino oriental y formado en dos líneas paralelas. En previsión de un ataque nocturno, las tropas no pudieron moverse de su lugar. La primera división, o de la derecha, al mando del coronel de la Quintana, estaba integrada por los batallones N° 7 de los Andes, N° 1 de Chile, Cazadores de Coquimbo y N° 11 de los Andes. Delante del segundo parte de sus vecinos, la artillería de los Andes. Avanzados sobre el campo de Cancha Rayada —escenario de su reciente derrota— y formando una línea oblicua con la infantería, los Granaderos a caballo. La segunda división, o de la izquierda, compuesta por los batallones N° 1 de Cazadores de los Andes, N° 3 y N° 2 de Chile, estaba a órdenes de O'Higgins. La reserva la constituía el batallón N° 8 de los Andes, colocado a retaguardia y a la izquierda del dispositivo; tenía a su derecha parte de la artillería de Chile. Los Cazadores a caballo y la Escolta directorial estaban mucho más atrás, flanqueando los cerros de Baeza, donde se había establecido el cuartel general.

La posición del Ejército patriota no ha sido descripta correctamente por los más conspicuos historiadores sanmartinianos. Veamos a Mitre: "Al pie de los cerrillos de Baeza y con frente al sudoeste, había desplegado San Martín su batalla en dos líneas, como queda dicho. En primera línea,

la primera división mandada por H. de la Quintana, compuesta de los batallones núm. 11 de los Andes, cazadores de Coquimbo, y la artillería chilena, (10 piezas). En segunda línea, la división izquierda a órdenes de O'Higgins, compuesta de los batallones cazadores de los Andes, núm. 7 de los Andes y número 1 de Chile. A retaguardia del flanco izquierdo, la artillería argentina (11 piezas) y los granaderos a caballo. En reserva, sobre la izquierda, el batallón núm. 8 de los Andes y el resto de la artillería (12 piezas), y sobre la derecha, los cazadores a caballo de Chile y de los Andes".

Ornstein, por su parte, dice: "Al alcanzar este punto, el general argentino situó sus fuerzas al pie de los cerrillos de Baeza en dos líneas. La primera fué ocupada por los Batallones 1, 7 y 11 y Cazadores de Chile, constituyendo la División de la derecha, a órdenes del coronel Hilarion de la Quintana. En la segunda emplazó la División de la izquierda, formada por los Batallones N° 2 de Chile, N° 3 de Araujo y Cazadores de los Andes, a las órdenes del general O'Higgins. Sobre el flanco izquierdo de este dispositivo y algo a retaguardia colocáronse el Batallón de Artillería de los Andes y el Regimiento de Granaderos a Caballo. El flanco derecho fué cubierto con los Cazadores a Caballo de Chile y de los Andes y un poco más atrás se situó el Batallón de Artillería de Chile. Detrás de los Cerrillos de Baeza se instalaron como reserva el Batallón N° 8 y el resto de la artillería. El cuartel general acampó en la extremidad sudoeste de los mencionados cerrillos y, un poco más al norte, se organizó el hospital".

Y Otero: "A su flanco izquierdo y apoyados en el cerro de Baeza, colocó la primera división comandada por el coronel de la Quintana y que la componían los batallones N° 11 de los Andes, los cazadores de Coquimbo y la artillería Chilena. Seguía a ésta, y en segunda línea, la división de la izquierda, comandada por O'Higgins, e integrada por los batallones cazadores de los Andes N° 7 de los Andes y el N° 1 de Chile. A retaguardia de esta división y sobre su flanco izquierdo colocó San Martín la artillería argentina y los Granaderos a caballo.

La reserva formábanla el batallón N° 8 de los Andes, doce piezas de artillería colocadas a retaguardia y los Cazadores a ca-

ballo de Chile y de los Andes, a retaguardia también, pero avanzando sobre el ala derecha del ejército. Entre estos cuerpitos y la artillería de reserva, colocó San Martín, su cuartel general y a retaguardia de éste, el hospital". (6)

Desde Talca los realistas observaban con desesperanza los vivacs independientes; la situación en que se encontraban era comprometidísima. Tenían tras de sí al caudaloso Maule y a su frente fuerzas muy superiores en número y calidad. Si intentaban retirarse cruzando el río, serían aplastados por el enemigo próximo. Si esperaban al día siguiente, serían derrotados sin remedio. Indefectiblemente el amanecer vendría, para ellos, acompañado de la parca o las horcas caudinas. Sólo cabía una posibilidad: intentar un asalto nocturno. Según una tradición el valeroso Ordóñez, que defendió la idea, dijo: "Aquí las del refrán. Audaces fortuna jubat. Sin eso estamos perdidos... batámonos esta noche y de sorpresa; si salimos mal, muchos nos salvaremos corriendo al sur; pero si salimos bien podremos, cuando menos, aprovechar el día de mañana para atravesar el río y ganar a Talcahuano". Osorio no tenía esperanzas de salir bien librado, pero nada perdía en el intento. Dejó a Ordóñez la responsabilidad de la empresa y se retiró a desplegar su particular habilidad militar en el convento de Santo Domingo: el rezo del rosario. El animoso brigadier, mientras tanto, preparaba su Ejército sin pérdida de instantes.

Lo formó en tres columnas. La del centro, a sus inmediatas órdenes, compuesta por el Burgos, el Concepción y una compañía de zapadores; la de la derecha, a órdenes de Primo de Rivera, que tenía al Infante Don Carlos y al Arequipa y la de la izquierda bajo el teniente coronel Latorre, integrada por los granaderos y cazadores. El dispositivo de ataque estaría flanqueado por la caballería y la artillería. Alrededor de las siete, después de arengar a sus tropas, Ordóñez se puso en marcha. Antes de salir de la ciudad muchos de sus soldados se escondieron para no participar en el combate.

San Martín, a esa hora, decidió cambiar de posiciones. Los españoles habían tenido tiempo de observar la suya antes de oscurecer, y ésto le hacía recelar una sorpresa. Pero, contra lo que se ha



escrito, no buscó en su desplazamiento solo ponerse a salvo de un golpe de mano. Quiso disponer de tal manera a sus hombres que, si los españoles lo atacaban esa noche, un par de movimientos le permitieran coparlos y aniquilarlos. Las dos divisiones de infantería debían trasladarse a retaguardia de un zanjón profundo, una delante de la otra, dando frente al sur. Sus flancos estarían ocupados por la artillería de los Andes a la izquierda y la chilena de Blanco a la derecha, ésta última cubierta en su costado por una compañía de Cazadores de los Andes. En la extrema derecha de esta formación, colocaríanse los Granaderos a caballo. Por otro lado el batallón N° 8 de reserva se atrincheraría por compañías en el cerro de Baeza con parte de la artillería de Chile al mando del sargento mayor Borgoño, detrás de la posición que

dejaba el Ejército. Los Cazadores a caballo y la Escolta directorial se ubicarían a la izquierda del citado cerro. Así, cuando los españoles se dirigiesen hacia donde creían estaba el Ejército, hallarían el vacío. Al continuar avanzando toparían con la reserva; el comienzo del fuego por este lado sería la señal para que las divisiones de infantería se lanzasen sobre el flanco izquierdo y la retaguardia del enemigo, quien se encontraría aferrado por las posiciones del cerro. Al mismo tiempo la artillería los quemaría de cerca, mientras los Granaderos y Cazadores se cerrarían como tenazas cortándoles la retirada hacia Talca y encerrándolos en un anillo fatal.

Esta maniobra, que hubiera convertido a la jornada del 19 de marzo en otra Cannae, tampoco ha sido advertida por Mitre, Ornstein Otero. Veámoslo.

Mitre: "San Martín... dió orden al ingeniero Arcos de que se encargase de ejecutar la operación situando el ejército en tres líneas con frente al sudeste, retirada el ala izquierda comprometida, y apoyada la derecha en el camino de Talca a Santiago".

Ornstein: "El cambio consistía en desplazar el Ejército hacia el oeste de los cerrillos de Baeza y situarlo entre ellos y el camino real, en tres líneas. De este modo, cuando Ordóñez atacase en la dirección en que esperaba hallar el campamento, caería en el vacío y sería tomado a su vez desde el norte con un contraataque de flanco".

Otero: "... San Martín... deseoso de dar a su ejército una ubicación más en armonía con la táctica que quería desarrollar, ordenó, siendo ya las 8 de la noche al ingeniero Arcos que se dirigiese a donde se encontraba la primera y la segunda división para que abandonasen el sitio que ocupaban y viniesen a ocupar su puesto en la nueva posición señalada por él y que lo era entre Talca y el río Lircay. En el nuevo plan de San Martín, la infantería debía presentarse formada en tres cuerpos y en el orden de columnas cerradas. A su derecha debían tomar su posición los Granaderos a caballo y la artillería de Chile, como la de los Andes, flanquearía los cuerpos de ataque". (7)

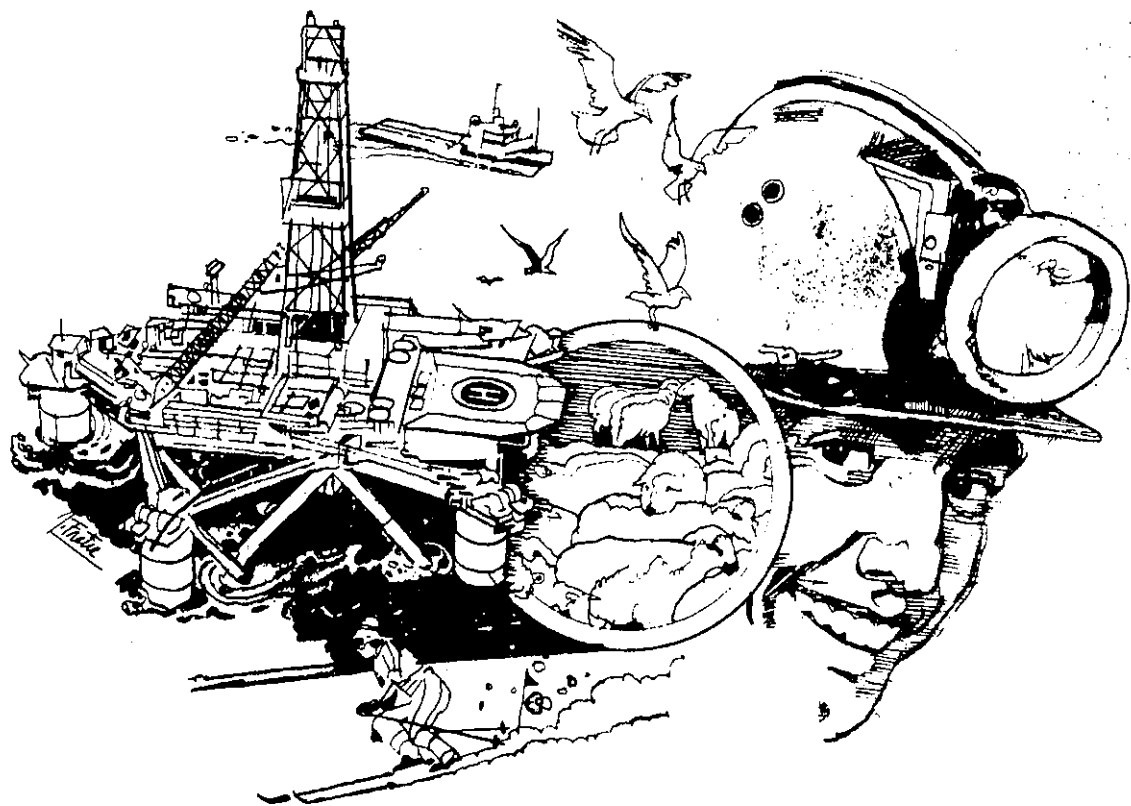
El Libertador ordenó a las 8 de la noche el traslado de los cuerpos al sargento mayor Antonio Arcos, ingeniero del Ejército, mientras él aprovechaba la primera oportunidad de dormir que tuvo en varios días. Arcos había combatido constantemente contra su patria España. Andaluz de origen, se incorporó al Estado Mayor del mariscal Soult cuando Napoleón invadió la península. Después de la caída del corso emigró a Inglaterra, de donde pasó a América, alistándose con los independentes. Era hombre de valor y conocimientos, pero, puesto a prueba esa noche, demostró no merecer la confianza depositada en él. Comenzó Arcos a mover la división de de la Quintana; en esta operación se demoró demasiado en futilidades. Las Heras, jefe del N° 11, una vez ubicado en su nuevo puesto comenzó a recelar por su frente, adelantando entonces en esa dirección la 4ta. compañía al mando del capitán Deheza para cubrirse. Este a su vez destacó 25 hombres y 1 oficial,

Yeso de Elías Duteil (1863).





# El país del sur?



En un territorio de gran extensión, como el nuestro, hay algunas zonas que casi parecen un país. Como el sur.

Pero la Patagonia no es un país.

Es, sencillamente, una gran región de un gran país.

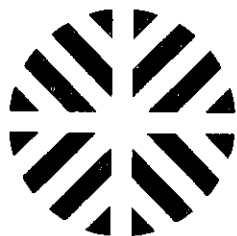
Una región para pioneros que requiere una labor sin pausas, pero que compensa ampliamente los esfuerzos puestos en ella.

Allí, trabajando y creciendo, está el Banco de la Provincia de Santa Cruz.

Una institución que fue y sigue siendo pionera.

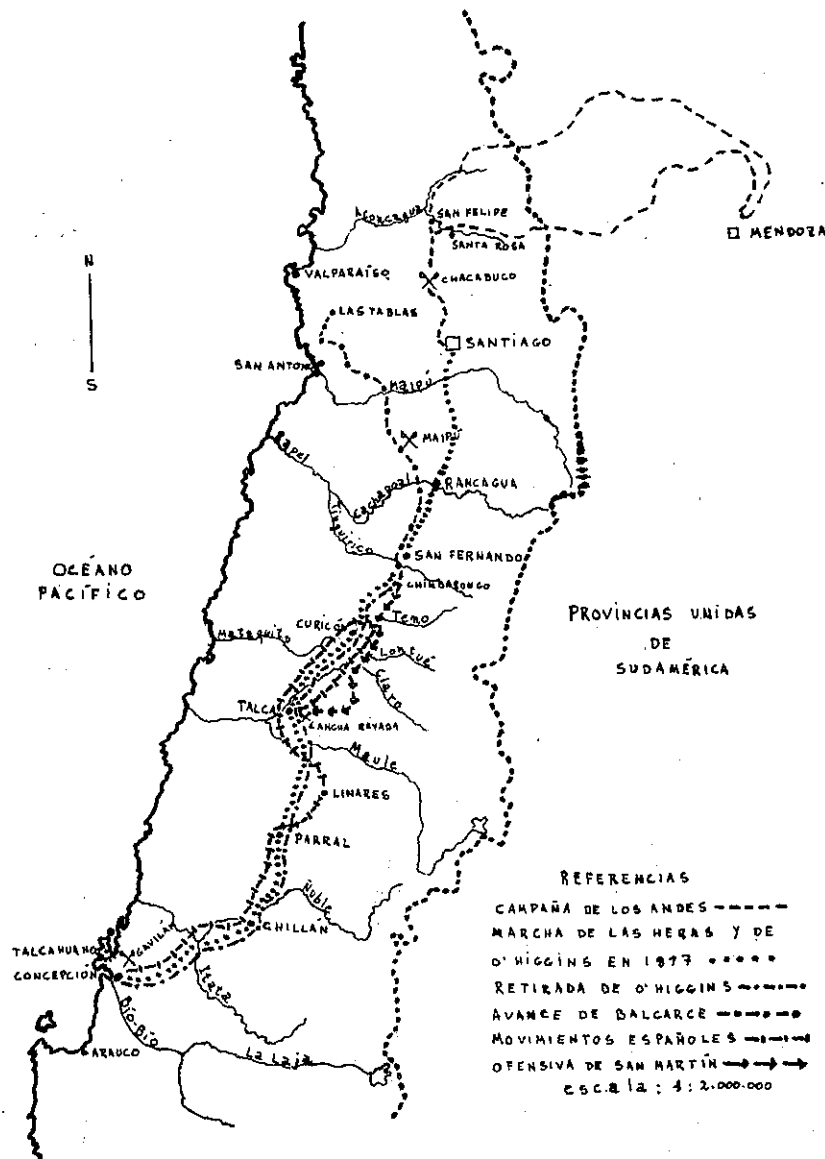
Una institución que cuenta con los medios más avanzados para apoyar y acompañar permanentemente el desarrollo del sur argentino.

Es decir, del país.



**BANCO DE LA  
PROVINCIA DE  
SANTA CRUZ**

El banco del cono sur.



Operaciones de los Ejércitos beligerantes durante la campaña de Chile, hasta la batalla de Cancha Rayada.

con orden de replegarse haciendo fuego si tomaban contacto con el enemigo.

En ese momento llegaba Ordóñez. El oficial destacado por Deheza le hizo una descarga replegándose sobre la compañía, que también disparó contra el enemigo mientras se incorporaba a Las Heras. Los batallones de de la Quintana rompieron inmediatamente el fuego de fusilería, que causó muchas bajas a los realistas. Sin embargo, debió suspenderse porque llegaron noticias de que los tiros estaban alcanzando a la división de O'Higgins, que seguía en la antigua posición. Al saber que la caballería tampoco había tomado

su lugar en la derecha de la línea, de la Quintana partió al cuartel general a pedir órdenes.

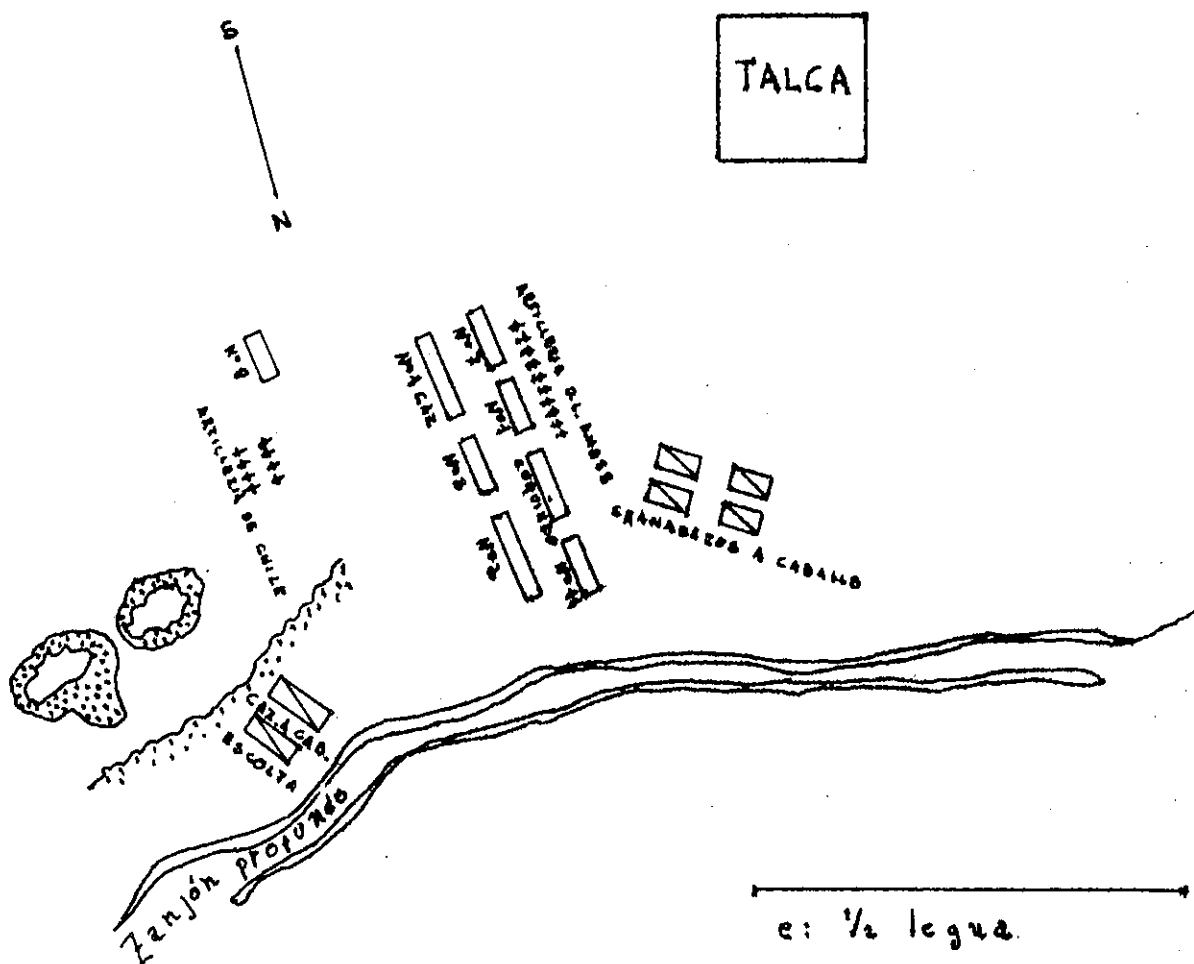
Entre tanto Ordóñez, que había visto flaquear a sus hombres cuando las descargas patriotas, se puso a la cabeza de la columna y cargó desesperadamente a los batallones que tenía adelante (eran los de O'Higgins), después de haber aventado a los Granaderos a caballo.

El Director de Chile había destacado sobre su frente una partida de caballería, encendiendo también grandes fogatas para echar algo de luz sobre el campo. Luego de disparar a quemarropa contra el enemigo, la partida de observa-

ción llegó a escape con la noticia del ataque y se desbandó; en cuanto a las fogatas, sirvieron a Ordóñez para saber adónde dirigirse.

Se trabó entonces un rabioso combate entre ambos adversarios en el que cayó el jefe del Concepción, teniente coronel Campillo. Viendo la imposibilidad de resistir al enemigo, Alvarado, comandante del 1º de los Andes, inició una marcha de flanco con el objeto de unirse a la división derecha. Cuando llegaba cerca de ella fue confundido y recibió varias descargas, que le produjeron 21 bajas; el sargento mayor del cuerpo, Severo García de Zequeira, pudo hacerse conocer con grave peligro de su vida dando grandes voces. El segundo jefe del N° 2 de Chile, sargento mayor Rondizzoni, unió también su cuerpo a esa columna. Para ese momento ya el N° 3 de Chile estaba destruido y en fuga; O'Higgins, que había intentado sostenerse, después de que le mataron un caballo recibió él mismo una bala que le rompió el brazo. Instado vivamente por sus ayudantes, se retiró. La cooperación entre las divisiones de Ordóñez no fue ideal; cuando lograron ponerse de acuerdo acometieron al N° 8 de los Andes, dirigiéndose contra el cuartel general.

Allí San Martín se negaba a creer lo que veía. Las brillantes combinaciones de varios meses se habían frustrado por la mala suerte. Su ayudante Larrain fue muerto a su lado; los Cazadores de los Andes con Necochea y Viel a la cabeza dieron varias cargas, mientras el N° 8 se retiraba formando cuadro. Los realistas, en posesión del cerro de Baeza, capturaron la artillería de Borgoño y abrieron fuego en todas direcciones, después de lo cual se enzarzaron entre ellos, al no reconocerse en la oscuridad. Quiso entonces San Martín hacer un intento para contener a los españoles, pero todo fue inútil: presos del pánico, los pocos soldados que pudo reunir se dispersaron. Recién en ese momento se retiró el Libertador del campo, casi arrastrado por sus acompañantes. Ordóñez, que dirigía a sus batallones haciendo gala de valor y sangre fría, estuvo a punto de caer prisionero al cometer la imprudencia de adelantarse demasiado, llevado por el ardor del desquite. Algunos de sus soldados fueron muertos al cruzar el Lircay en persecución de los vencidos. Pero nada podían hacer ya



Según el plano oficial de D'Albe, el Ejército Unido formó de esta manera en la tarde del 19 de marzo. Los Granaderos a caballo, al igual que la artillería de los Andes, habiáanse establecido delante de los demás cuerpos. La versión corriente de que ambos tomaron posición tras las líneas de infantería es, pues, incorrecta.

los patriotas: San Martín, Balcarce, O'Higgins, Brayer, de la Quintana, dos batallones y ocho escuadrones iban a la desbandada por el camino a Santiago. Arcos, el responsable del cambio de frente, fue el primero en darse a la fuga.

Pero quedaba la fuerza que había tenido tiempo de cambiar de posición y salvarse. Se encontraba ella acéfala por la ausencia del coronel de la Quintana. Los jefes se reunieron y decidieron poner el mando en manos de Las Heras, el más caracterizado de todos. Este ínclito jefe colocó la artillería de Blanco (sin municiones por el fuego de la tarde) a la cabeza de su formación, y la cerró con el N° 1 de Alvarado. En este orden, sin permitir a nadie alejarse o retirarse bajo pena de vida, atravesó el Lircay ante la vista de la caballería enemiga y se dirigió a Santiago. Todo había terminado. La victoria costó a los realistas 40 muertos y 110 heridos.

Tal fue la batalla de Cancha Rayada. "Batalla" y no combate como se le dice, porque en ella intervinieron más de 5.000 hombres, cifra altamente significativa en los escenarios americanos.

Las proyecciones hipotéticas no convienen a la Historia. Pero es dable el ponerse a pensar lo que San Martín hubiera ganado para el futuro al atacar felizmente al enemigo en Talca: seguramente habría llevado 3.000 hombres más al Perú. Pues, reorganizados días después, los independentes aniquilaron a sus adversarios en Maipú. Contaban en esa batalla con menos de 5.000 efectivos; ése fue el número de hombres que San Martín embarcó en Valparaíso al dar comienzo a la mayor de sus hazañas —la liberación del Perú. Hay que tener en cuenta que las bajas patriotas en Maipú sumaron 1.000 hombres y que en la sublevación del N° 1 de los Andes en 1820 se perdieron 1.000 más; la recluta re-

alizada en Chile apenas compensó las pérdidas. En cambio, el encuentro de Talca habría sido incruento para los independentes, pues éstos contaban con tal superioridad moral y numérica que unas cargas habrían bastado para los españoles. Si tenemos en cuenta que el Ejército Unido reunía aproximadamente 8.000 hombres, resulta que habría salido triunfador con 7.500 ilesos (8). Los 1.000 sublevados de 1.820 se habrían repuesto con la recluta y, en definitiva, San Martín habría llevado al Perú el mismo número de soldados que intervinieron en la jornada decisiva (en este caso hipotético, el encuentro de Talca) que serían más de 7.000. Y quién sabe si con tal núcleo veterano hubiera San Martín precisado la ayuda de Bolívar al promediar 1.822.

De todas maneras el percañe puso a prueba las magníficas prendas militares y espirituales del Libertador, que exterminó al enemi-

go sólo 15 días después del desastre. Este hecho sin precedentes, junto al resto de sus hazañas, lo eleva por sobre cualquier otro general del continente y del mundo de ese momento.

Así pues, la batalla de Cancha Rayada con sus prolegómenos y consecuencias es uno de los más grandes jalones de la lucha por la independencia de América, y debe ser recordada y valorada como cualquier victoria sanmartiniana. ■

**NOTAS**

1 La campaña de los Andes se realizó de acuerdo a los preceptos estratégicos de la época, de los que San Martín estaba imbuído. Muestranlo el paralelismo del cruce de los Andes con el de los Alpes de Napoleón, y el de Chacabuco con Hohenlinden, victoria del general Moreau. Véase S. R. Castaño, La

Campaña de los Andes, Capitulo X en Revista de la Universidad Nacional del Centro, número Extraordinario, 1979.

2 Sin reparar en esto, Mitre dijo que "no contaba Ordóñez a la sazón con ninguna clase de tropas veteranas..."

3 El coronel Ornstein, en su obra Las campañas libertadoras del General San Martín, critica a Pezuela por no haber adoptado la última combinación, o sea desembarcar en San Antonio. Pero olvida que para tomar Santiago y vencer a San Martín no eran suficientes las tropas de Osorio.

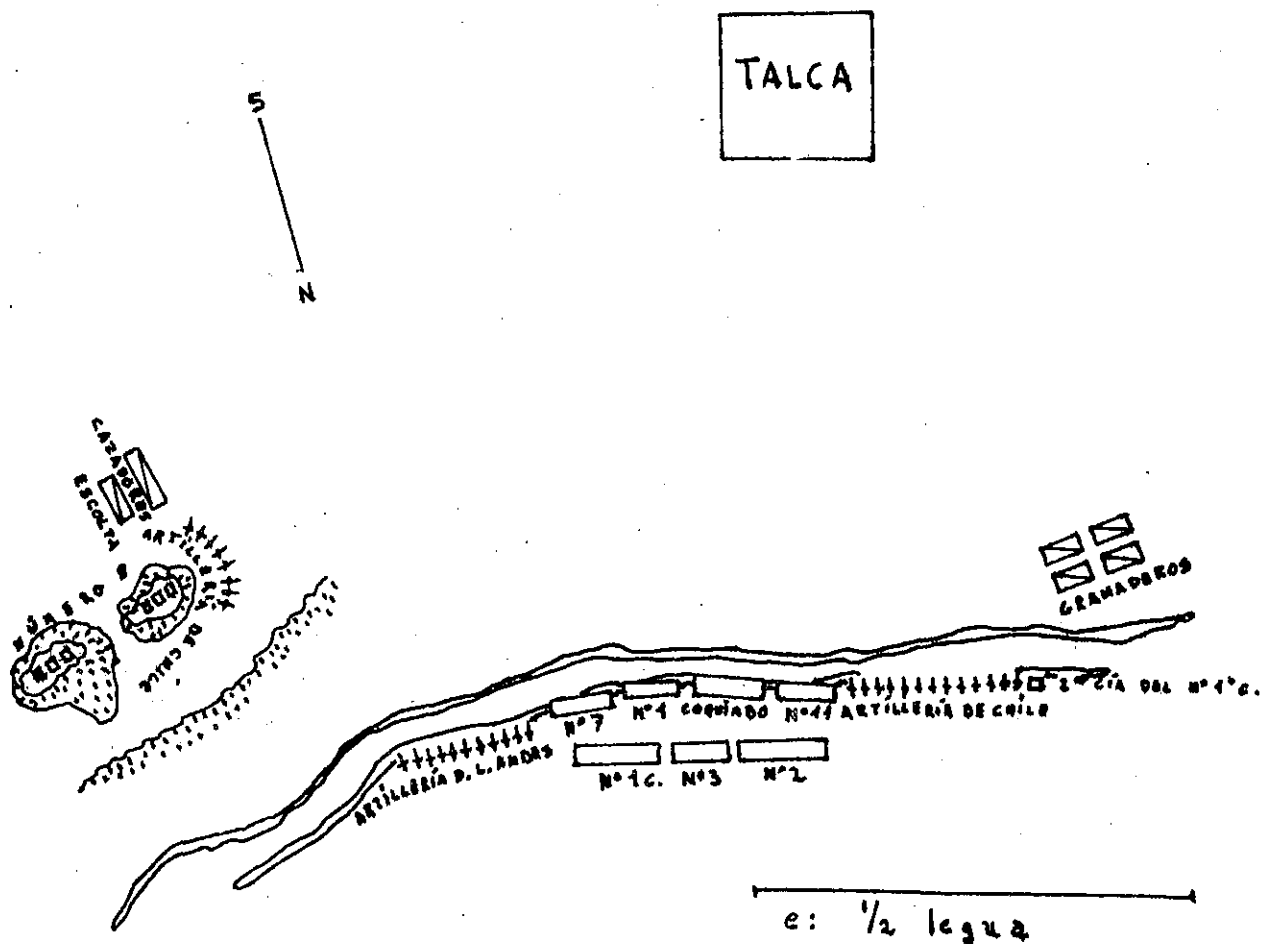
4 Los Ejércitos de la independencia americana contaron con brillantes oficiales europeos. En los de San Martín figuraron con gloria, entre otros, el gran mariscal William Miller, inglés, los coroneles Frédéric Brandzen y George Beauchef, franceses, el general Benjamin Viel, también francés, y muchos más, casi todos antiguos miembros

de la Grande Armée de Napoleón. Por otra parte, los de Bolívar contaron con el valiosísimo aporte de jefes ingleses atraídos por la propaganda del Libertador del Norte en Inglaterra.

5 El autor buscó infructuosamente un estado de ambos Ejércitos poco antes de la acción. En la imposibilidad de asentar datos precisos y seguros con respecto al número de hombres de los cuerpos, y dada la importancia que esto reviste, se ha decidido a consignar aquí los que dan Luis Merino, Leopoldo Ornstein y Bernardo Latorre, no haciéndose responsable por ellos aunque considerándolos, por lo menos, muy aproximados a los verdaderos.

6 La versión que aquí se da está basada en el parte oficial de la acción elevada por San Martín al supremo gobierno y su plano adjunto, dibujado por el ingeniero del Ejército, teniente coronel Albert Bacler D'Albe, que se ha seguido al pie de la letra. Esos documentos fueron

Posición que debía tomar el Ejército de acuerdo a las órdenes de San Martín. Así colocado, cuando el enemigo atacase en la dirección en que creía encontrarlo, hallaría el vacío. Pero —y aquí el inadvertido plan del Libertador— a poco chocaría con la reserva y sería aferrado por ella. Entonces la infantería caería contra su flanco y retaguardia, mientras parte de la artillería barrería el campo. La retirada a Talca y al Maule ya estaría cortada por la caballería. Nada habría quedado a los realistas por hacer: su derrota catastrófica estaba sellada.



reproducidos por el A.G.N. en su obra referente a la guerra de la independencia, y en la Biblioteca de Mayo T.XVI 2ª parte.

- 7 En esto también me apoyo en el parte y plano oficiales dirigidos por el Libertador a Pueyrredón.
- 8 San Martín en el parte de Maipú escribe: "muchos de nuestros cuerpos estaban en esqueleto, y teníamos batallones que no formaban 200 hombres." Por otra parte el general Las Heras en una memoria elevada al gobierno chileno en 1856 expresa que en Maipú la diferencia de hombres con respecto a la batalla anterior debíase a "que nuestros batallones y escuadrones, el que más fuerza tenía era sólo la mitad de la que le correspondía, en razón de la dispersión de Cancha Rayada". Dado lo cual lo menos que puede atribuirse al Ejército Unido el 19 de marzo son 7.500 efectivos. ■

**BIBLIOGRAFIA**

**Archivo General de la Nación,** Documentos referentes a la Guerra de la Independencia y emancipación política. De Mendoza al Bio Bio.

**Barros Arana, Diego,** Historia General de la Independencia de Chile.

**Biblioteca de Mayo** (Colección de obras y documentos para la historia argentina). II y XVI 2ª parte.

**Castaño, Sergio Raúl,** Aspecto Militar de la campaña de los Andes, en Revista de la Universidad Nacional del Centro, núm. extraordinario, 1979.

Colección de historiadores y documentos relativos a la historia de la independencia de Chile, tomo VIII.

**Encina, Francisco Antonio,** Historia de Chile, tomo VI.

**Instituto Nacional Sanmartiniano,** Documentos para la Historia del Libertador General San Martín, V y VI.

**López, Vicente Fidel,** Historia de la República Argentina, tomo IV.

**Merino, Luis,** capitán, Estudio Histórico Militar acerca de las campañas de la Independencia de Chile 1818.

**Miller, William,** Memoirs of the General..., tomo I.

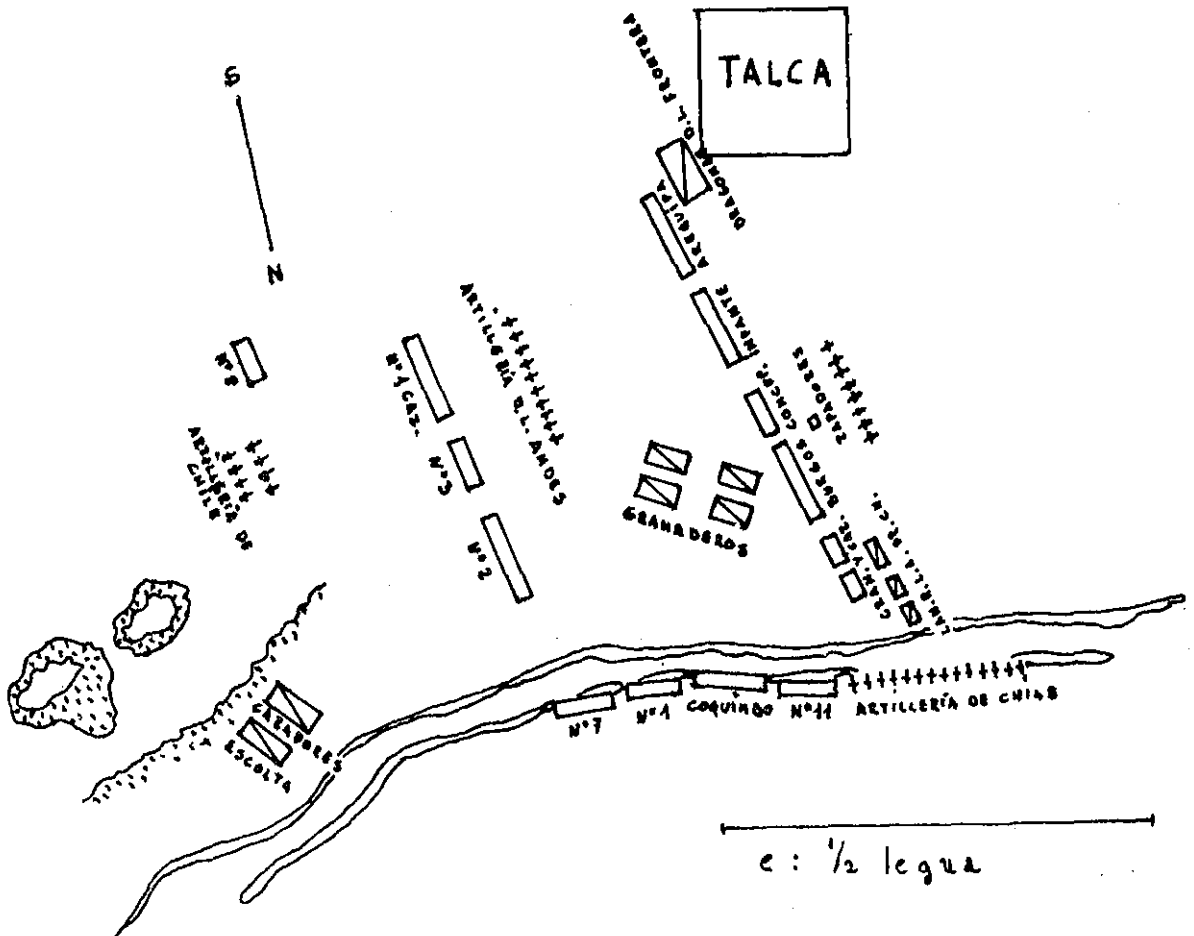
**Mitre, Bartolomé,** Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, tomo II

**Nellar, Fued Gabriel,** coronel, Juan G. Gregorio de Las Heras.

**Ornstein, Leopoldo R.,** coronel, Las campañas libertadoras del General San Martín.

**Otero, José Pacífico,** Historia del Libertador Don José de San Martín, tomo III.

**Torrente, Mariano,** Historia de la Revolución Hispanoamericana, tomo II. ■



# El definitivo retorno del Libertador

por Enrique Mario Mayoche



*"Después de un largo ostracismo vuelven hoy estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno y serán depositados en el altar de la patria, santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires, el perseguido de veinte años, el rehabilitado de otros tantos, el que hoy reconoce la historia humana Gran Capitán y la América del Sur su Libertador, como su patria, la más brillante joya de su corona."*

Domingo F. Sarmiento

## El sepulcro de Brunoy

A las 3 de la tarde del 17 de agosto de 1850 moría José de San Martín en Boulogne-sur-Mer. Tres días después sus restos, previo embalsamamiento del cadáver, fueron depositados en una de las bóvedas de la capilla del templo catedralicio, por entonces en construcción. Sin lugar a dudas, Mercedes, la hija del héroe, y su esposo Mariano Balcarce estaban decididos a dar satisfacción a la pudorosa cláusula testamentaria: "Prohibo que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, pero sí desearía el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires".

Trece días después de la muerte del Libertador, Balcarce — en su carácter de encargado de la legislación de la Confederación Argentina en París— comunicaba el triste suceso al gobierno de Buenos Aires y anunciaba que los restos "quedan depositados hasta que puedan ser trasladados a esa capital, según sus deseos, para que reposen en el suelo de la patria querida". El ministro de Relaciones Exteriores, don Felipe Arana, avisó el recibo el 1º de noviembre: "El excmo. señor gobernador (Juan Manuel de Rosas) se ha instruido con el pesar más profundo de la melancólica noticia que usted le comunica. La patria ha perdido en el ilustre finado general un ciudadano, militar y político eminente y el recuerdo más vi-

vo de las grandes acciones que trajo consigo la guerra heroica de la independencia nacional. S.E. deplora tan inmensa pérdida, que será más vivamente sentida en todo el continente de la América del Sur, teatro de sus más esclarecidos hechos.

"S.E. el señor gobernador previene a usted que luego que sea posible proceda a verificar la traslación de los restos mortales del finado general a esta ciudad por cuenta del gobierno de la Confederación Argentina para que, a la par que reciba de este modo un testimonio elocuente del íntimo aprecio que su patriotismo le hacía merecer de su gobierno y de su país, quede también cumplida su última voluntad".

José Pacífico Otero —en la gran obra que escribí sobre el héroe— se pregunta "¿por qué no se ejecutó en el acto esa traslación, y por qué los restos del Libertador argentino permanecieron en tierra extraña durante tres décadas retardando así el voto que expresara por escrito y por palabra el ilustre muerto?"

Y enseguida da esta respuesta, hartamente convincente: "Aún cuando carecemos de documentos escritos que nos permitan formular aquí una respuesta categórica, sí podemos afirmar que la voluntad del mandatario argentino, o sea la de Rosas, no intervino en este retardo, y que sus causales originarias pudieron ser muy bien las tareas diplomáticas y aún domésticas que en ese entonces absorbieron la atención de Mariano Balcarce. Los acontecimientos del Plata en lo relacionado con la política obligaban a aquél a no abandonar su puesto cual lo era la jefatura de una legación que había quedado en sus manos por muerte del ministro Sarrautea. Por otra parte, a los dieciocho meses de producirse la muerte de San Martín, se produjeron en el Plata nuevos y

Oleo alegórico  
de autor anónimo  
en el Museo  
Histórico Nacional  
de Buenos Aires.





fatales acontecimientos, y el 3 de febrero de 1852 la batalla de Caseros puso fin a la dictadura de Rosas."

Fallecido el Libertador, parecería que sus hijos tuvieron el propósito de retornar a Buenos Aires. De haberlo hecho, seguramente los restos venerados hubieran sido traídos por ellos. Pero la división existente por entonces entre los argentinos los desalienta y deciden quedarse en Francia, según dice Balcarce en carta que en julio de 1853 escribe a su amigo Juan Bautista Alberdi: a los pesares provocados por decesos o enfermedades de parientes muy cercanos se agrega "el que nos causa la triste situación de mi malhadada patria, pues justos y pecadores, ausentes y presentes, todos sentimos poco más o menos las fatales consecuencias de la guerra civil. Es una desgracia que mis compatriotas nada hayan olvidado ni aprendido en veinte años de destierro: han vuelto a mi país con las mismas ideas impracticables que cuando lo dejaron y en lugar de apoyar al general Urquiza, que era el único que en esa circunstancia podía salvarnos de la guerra civil, se han complacido en minar su poder e insultarlo después que acaban de proclamarlo Héroe y Libertador".

"Desde la caída, a mi modo de ver lamentable, del general Rosas sigue diciendo Balcarce a Alberdi —previ lo que ha sucedido y resolví prolongar mi residencia en Europa, pues habría sido el colmo de la locura regresar con mi familia a Buenos Aires para ser víctima inocente de cuatro ambiciosos sin patriotismo ni virtudes".

En setiembre de 1852, Balcarce ha comprado una "bonita casa de campo" en Brunoy, junto al río Iprés y a unos veinticinco kilómetros de París. Tiempo después los Balcarce hicieron construir un panteón familiar en el cementerio local y decidieron llevar allí los restos del Libertador que se guardaban en la catedral de Boulogne.

Para participar de la ceremonia, por cumplirse el 21 de noviembre de 1861, se reunieron en Brunoy los representantes diplomáticos de la Argentina, Chile, Perú y otras naciones del Nuevo Mundo, como también el mariscal Andrés Santa Cruz, Demetrio O'Higgins y un numeroso grupo de argentinos y franceses.

Ese día se hizo el traslado desde la casa de los Balcarce, donde había sido depositado el féretro al

llegar de Boulogne. Se lo cubrió con el estandarte de Pizarro y en forma solemne se lo condujo hasta la iglesia parroquial, donde se celebró un funeral. Después se siguió hasta el cementerio para darle sepultura en la bóveda familiar.

Concluida la ceremonia, todos volvieron a la casa de los Balcarce. Allí don Mariano entregó al ministro del Perú, Pedro Gálvez, el estandarte que se creía ser el llevado por Francisco Pizarro al Perú y que el municipio de Lima había obsequiado en 1822 a San Martín. Con esto quedaba cumplida otra de las mandas testamentarias del héroe: "Es mi voluntad que el estandarte que el bravo español don Francisco Pizarro tremoló en la conquista del Perú sea devuelto a esta República (a pesar de ser una propiedad mía) siempre que sus gobiernos hayan realizado las recompensas y honores con que me honró su primer Congreso."

#### La ley de 1864

Es comprensible que la familia de San Martín no haya traído o enviado sus restos a Buenos Aires durante los años que corrieron entre Caseros y Pavón. El país se había dividido y cumplir con la voluntad testamentaria podría haber asumido el carácter de una definición en favor de uno de los dos bandos. Y esto, precisamente, fue lo que nunca se pudo obtener del Libertador ni mientras vivió en América entre 1812 y 1824, ni cuando retornó fugazmente al Plata en 1829 ni en las dos décadas de su estancia permanente y terminal en Europa.

Pero el país no había olvidado al héroe. Entre los primeros decididos a honrar su memoria se contó don Justo José de Urquiza, a la sazón gobernador de Entre Ríos. Ya pronunciado en contra de Rosas, el 16 de julio de 1851 suscribió un decreto por el que se disponía la construcción, en la plaza principal de la ciudad capital de la provincia, de una columna en honor del ilustre muerto. Si el mandatario porteño no pudo ver cumplida su decisión de repatriar los restos del Libertador, Urquiza tampoco logró concretar inmediatamente el homenaje por él dispuesto. Los tiempos que corrían no eran los más propicios.

En los años siguientes se pondrán otros homenajes y se alzarán voces para honrar la memo-

ria de San Martín. Así, su amigo de siempre, Tomás Guido (Mi lancero, como lo llamaba el héroe) pedirá al Congreso de Paraná la erección de una estatua ecuestre, por ubicarse en el campo de San Lorenzo, y Sarmiento escribirá en Buenos Aires una biografía del Libertador en la que puede leerse esto: "Su cadáver yace depositado en una de las capillas subterráneas de Notre Dame de Boulogne-sur-Mer, embalsamado y encerrado en un cuádruple sarcófago compuesto de dos cajas de plomo, una de madera de pino y otra de encina. Allí aguarda el viejo soldado la orden de su gobierno de volver a su patria como lo ha solicitado en su testamento."

Fue la Municipalidad de Buenos Aires la primera en concretar el homenaje de los argentinos a través del bronce y del mármol. El 13 de julio de 1862, Bartolomé Mitre, a la sazón provisoriamente a cargo del Poder Ejecutivo Nacional, descubrió en la Plaza de Marte (cuyo nombre se cambió en 1878 por el del héroe) el bronce realizado por el escultor francés Dumas y emplazado sobre un modesto basamento. Si fue día de emoción para todos los asistentes al acto, más lo tiene que haber sido para quienes habían acompañado al Libertador en sus campañas y participaban del acto: Tomás y Rufino Guido, Lucio Mansilla, Alejandro Danell, Angel Pacheco y varios más.

Dos años después se proponía la repatriación de los restos: los diputados nacionales Adolfo Alsina y Martín Ruiz Moreno presentaban el 18 de julio de 1864 a la Cámara de la que formaban parte un proyecto de ley por el que se encomendaba al Poder Ejecutivo hacer lo necesario para traer a la Argentina los restos de San Martín. El estado de indefinición legal respecto de la capital de la República movió a los diputados a decir que "dichos restos se colocarán en la capital de la República y provisoriamente en la ciudad de Buenos Aires." El proyecto alcanzó sanción legislativa el 12 de agosto y el texto definitivo dispuso esto: "Autorízase al poder ejecutivo para hacer los gastos que demanda la traslación a la República de los restos del benemérito brigadier general José de San Martín."

#### Posible razón de una demora

Suele argüirse que el traslado de los restos del héroe no se hizo

en los años que siguieron por enfrentar el país la guerra con el Paraguay. Puede ser que la situación bélica se haya constituido en un factor negativo, pero no decisivo. La razón habría sido otra: el deseo de Mercedes de San Martín de Balcarce de no separarse hasta su muerte de los venerados restos. La explicación está dada en una carta que se publicó en la edición del diario **La Nación** del jueves 1° de abril de 1875. Haremos la transcripción textual: "**Restos de San Martín** — Hemos recibido la siguiente comunicación de un suscriptor de **La Nación** y nos apresuramos a publicarla por creerla de interés público. Sr. Noticiero de **La Nación**: He leído un suelto en el diario de ayer en el cual, hablando de una carta del general Alvear sobre la muerte del general San Martín, se hace presente que habiendo pasado veinticinco años de la muerte de este ilustre guerrero, sus restos descansan olvidados todavía en el suelo extranjero. Me parece, señor, que a pesar de lo muy justo de su patriótico recuerdo, convendría hacer conocer ciertos hechos que darán alguna luz sobre este punto. Bajo la administración del general Mitre, se tomaron serias medidas para el transporte, al seno de la patria, de los restos de San Martín. Un caballero francés hizo arreglos con el gobierno y se le confió esa importante comisión. Pero se dice que encontró dificul-

tades insuperables para llevarla a cabo. Según nos ha informado una persona muy versada y competente en materia de Historia nacional, y conocida por su ilustración en todo lo referente a ella, esas dificultades consistieron en la negativa que opuso la señora de Balcarce, única hija del general San Martín, a la realización de los deseos del presidente Mitre. La Sra. de Balcarce, fundada en un sentimiento natural y piadoso, dijo que por nada consentiría en separarse de los restos de su glorioso padre, y que mientras ella viviera en el suelo de Francia, allí permanecerían esos restos, para poderles tributar siempre el homenaje del amor filial. Esta versión debe ser cierta; pues, de otra manera, no se explicaría cómo la administración Sarmiento no ha dado ningún paso en ese sentido. Pero hoy, señor, las circunstancias han cambiado. La Sra. Balcarce ha, desgraciadamente, fallecido, según lo anunciaron todos los periódicos de esta capital, hace un mes poco más o menos. Por consiguiente, ha llegado el momento de la repatriación. Los restos de San Martín deben ser transportados cuanto antes a Buenos Aires para que reciban la unánime ovación que merece en el pueblo del que se alejó para siempre en 1829, por las miserias y las infames calumnias de sus enemigos políticos. Si el Sr. Balcarce persiste en las mismas ideas que dominaban a su esposa, recuerde

que en los restos de ese ilustre muerto tendrá derecho a todo, pero no al **corazón**, que San Martín legó a Buenos Aires. Es de esperar, por consiguiente, que el Gobierno Nacional inspirándose en los sentimientos del verdadero patriotismo, satisfaga cuanto antes los legítimos derechos del pueblo argentino. Agradeciéndole desde ya, señor Noticiero, la publicación de estas líneas, tengo el honor de repetirme su afmo. servidor. C. de V., Córdoba 541, marzo 31 de 1875. Un suscriptor. . ."

La publicación de esta carta en el diario de Mitre no mereció ningún agregado ni aclaración posterior por parte de la Redacción, circunstancia que muy bien podría entenderse como una aprobación sin retaceos a lo dicho por **El suscriptor**. Téngase presente que desde el 1 de marzo de 1875, día en que se reinició la edición diaria de **La Nación** —clausurada en setiembre de 1874—, se venía publicando la Introducción a la **Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana**, firmada por Mitre en la cárcel del Cabildo de Luján, donde permanecía detenido como consecuencia de su participación en la revolución del mencionado año.

Nos parece, entonces, harto válida la explicación del por qué de la demora dada por C. de V.; explicación que, sin duda, tiene que haber contado con el aval de Mitre,

Cuartel de Retiro donde se levantaría, medio siglo más tarde, el monumento al Libertador.



que bien conocía el asunto y seguramente creyó ser este el momento oportuno para que se conociera la auténtica razón que no permitió cumplir con la ley.

Agreguemos que, interin, en 1870 el concejal porteño Manuel Guerrero propuso la construcción en el cementerio de la Recoleta de un sepulcro para depositar allí los restos del Padre de la patria. En 1876 la Municipalidad comunicaría al gobierno nacional que la obra estaba terminada y que, en su entender, era llegado el momento de hacer la repatriación.

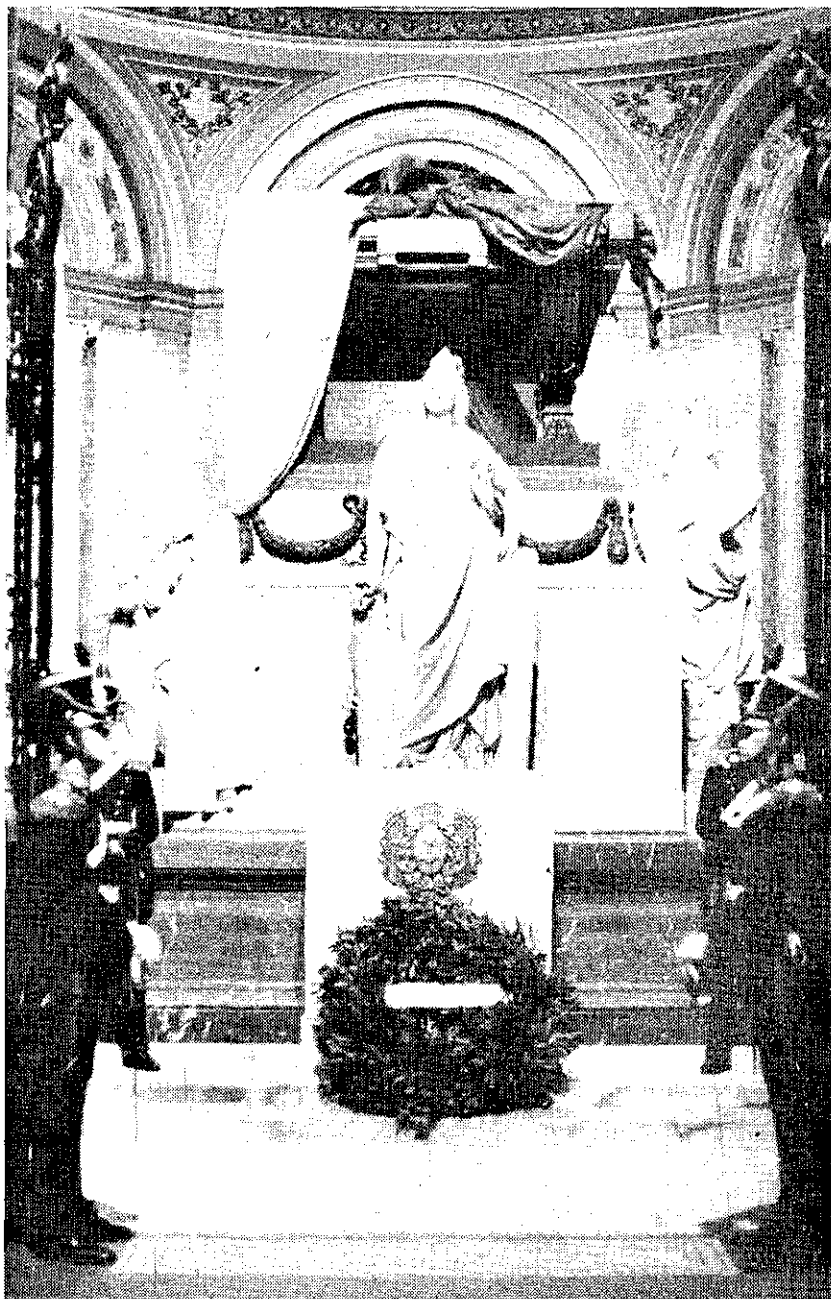
### La decisión de Avellaneda

El 5 de abril de 1877, al cumplirse el sexagésimo aniversario de la batalla de Maipú, el presidente Nicolás Avellaneda se dirige a todo el país. Después de recordar las glorias alcanzadas por el héroe, el primer magistrado da a conocer su convocatoria:

“La América independiente no muestra entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina no guarda los despojos humanos del más glorioso de sus hijos. La reparación es inevitable. Haya justicia póstuma en los pueblos, conciencia en la historia y luz sin sombra para las nuevas generaciones.

“En nombre de nuestra gloria como nación, invocando la gratitud que la posteridad debe a sus benefactores, invito a mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia, y hasta los Andes, a reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de don José de San Martín para encerrarlos dentro de un monumento nacional, bajo las bóvedas de la catedral de Buenos Aires.

No perdió tiempo Avellaneda. El 11 siguiente formó la comisión central de repatriación, que quedó integrada por el vicepresidente de la República, don Mariano Acosta; el presidente de la Cámara de Diputados, don Félix Frías, el presidente de la Corte Suprema de Justicia, don Salvador María del Carril; el vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, don Luis Sáenz Peña; generales Martín de Gainza y Julio de Vedia; presidente de la Cámara de Diputados de Buenos Aires, don Ricardo Lavalle; presidente de la Municipalidad de Buenos Aires, don Enrique Perisena; vocal de la Suprema Corte de



Templete en la Catedral de Buenos Aires que guarda los restos del Libertador.

Justicia de Buenos Aires, don Manuel M. Escalada, don Antonio Malaver y don Manuel Augusto Montes de Oca. Para secretarios se eligió a don Carlos M. Saravia y Aurelio Prado y Rojas, que ocupaban iguales cargos, respectivamente, en el Senado de la Nación y en la Corte bonaerense.

Tampoco se demoró la comisión central: el 25 de mayo realizó una velada literaria en el antiguo teatro Colón. Allí se escuchó la palabra del joven José Manuel Estrada

de Vega, uno de los pocos sobrevivientes de entre quienes habían servido a las órdenes del Libertador. La concurrencia escuchó la lectura de textos en prosa debidos a Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez y Mariano Moreno, así como creaciones poéticas de Gervasio Méndez, Estanislao del Campo, Julio E. Mitre, Martín Coronado y Olegario Víctor Andrade, quien dio a conocer su después famosísimo **Nido de Cóndores**.



## El centenario del nacimiento

Mientras se preparaba la repatriación de los restos, cumplióse el 25 de febrero de 1878 el centenario del nacimiento de San Martín. Días antes, el 14 de enero, el presidente Avellaneda declaró feriado el 25 del mes siguiente, designó una comisión de homenaje que tuvo por presidente a Manuel Quintana y dispuso la realización de sendas conferencias literarias en la ciudad de Buenos Aires y en todas las provincias, cuyas recaudaciones se destinarían a engrosar los fondos que por entonces se juntaban en todo el país.

Hubo festejos extraordinarios. La secular plaza de la Victoria fue iluminada con veintidós mil focos, en el Río de la Plata se hizo una fiesta veneciana, se efectuaron maniobras militares en el hipódromo de Palermo y en la noche del 24 de febrero se realizó en el Colón la fiesta literaria antes mencionada. Fue en esta ocasión en que Mitre dio a conocer su famoso trabajo que lleva por título **Las cuentas del Gran Capitán**. El 25 culminó la recordación. En la Catedral, el arzobispo Aneiros cantó un Te Deum, ceremonia de la que participaron el presidente Avellaneda, sus ministros, representantes diplomáticos, legisladores, magistrados judiciales y jefes militares. Al término de la liturgia, todos pasaron a la nave derecha, donde en la antigua capilla de Nuestra Señora de la Paz se bendijo y colocó la piedra fundamental del sepulcro que allí se construía para guardar los restos del Libertador.

## La obra de Carrier-Belleuse

El 16 de setiembre de 1878 realizó sesión extraordinaria la Comisión Central, cuyas reuniones se efectuaban en la biblioteca del Congreso Nacional, para escoger uno de los varios proyectos de mausoleo puestos a su consideración. Se decidió en favor del realizado por el escultor francés Carrier-Belleuse, residente en París. Para hacerlo se tuvo en cuenta la opinión de José de Guerrico y Leonardo Pereira, quienes en el informe hecho a sus colegas manifestaron que se decidían por el artista galo por considerar que su proyecto "reunía las mejores condiciones, por su concepción patriótica y elevada, por la severa sencillez, que no excluye la grandiosidad monumental, por las

condiciones de tiempo para la ejecución y el precio de la obra, todo esto completado con los antecedentes del autor, conocido entre nosotros por su estatua del general Belgrano." (La que actualmente se alza en la Plaza de Mayo, inaugurada en 1873).

Jorge M. Bedoya, en el libro dedicado a estudiar el mausoleo, afirma que "el monumento fue ejecutado tal como había sido planeado y que las pequeñas modificaciones introducidas durante la ejecución y de las que se tienen noticias, aunque no se conoce exactamente en qué consistieron, no alteraron la propuesta inicial. Esta señala que el mausoleo tendrá un basamento de forma prismática con estatuas, que simbolizan a la República Argentina y a las del Perú y Chile, adosadas a tres de sus frentes y que toda la composición estará coronada por un sarcófago."

## El traslado de los restos

El presidente Avellaneda dispuso a principios de 1880 que el transporte de guerra **Villarino**, de reciente construcción en Gran Bretaña, se dirigiese al Havre para conducir los restos del Libertador. Mientras tanto, Mariano Balcarce, en su condición de ministro argentino en Francia "y en nombre del estrecho vínculo que lo unía con el héroe —escribe Otero— se ocupó de todos los detalles relacionados con la repatriación de los restos, y después de haberlos exhumado del cementerio de Brunoy, los trasladó a París para transportarlos de aquí al Havre en un tren especial. Al llegar a esta ciudad francesa el ataúd fue transportado a la catedral, en donde se llevó a cabo una ceremonia religiosa con asistencia de las autoridades civiles y militares francesas y de la comitiva que había partido desde París formando acompañamiento. El gobierno francés dispuso tributarle honores militares y éstos estuvieron a cargo del batallón N° 119 de infantería."

Concluida la ceremonia religiosa, el ataúd, cubierto con las banderas de las repúblicas sudamericanas, fue conducido al barco argentino y colocado en la capilla ardiente preparada en la cubierta. Allí se escuchó un breve discurso dicho por Balcarce, quien, en medio de gran emoción, lo concluyó con estas palabras: "Me es muy

doloroso separarme de los restos queridos de mi ilustre padre político, pero me consuelo con la esperanza de que, restituidos a su patria, ellos harán revivir los recuerdos de la época para siempre gloriosa de nuestra independencia; de los ejemplos de abnegación austera y de sacrificios de sus fundadores y que contribuirán a mantener y a estrechar por un arbitrio póstumo la concordia y la unión de todos los argentinos. Así, aún después de su muerte, el general San Martín continuará sirviendo a su patria."

También dijeron breves palabras el doctor Manuel R. García —a la sazón representante diplomático argentino en Londres— y el doctor Emilio de Alvear, ex canciller de nuestro país. Enseguida se labró un acta que suscribieron todos los asistentes a la ceremonia.

El féretro fue después llevado a la cámara de popa, en la que se había preparado una capilla mortuoria. El **Villarino** partió en la mañana del 22 de abril.

## En Montevideo

Por pedido de los argentinos residentes en el Uruguay, el presidente Avellaneda dispuso que los venerados restos fuesen desembarcados en Montevideo, lo que así se hizo el 24 de mayo para conducirlos al templo metropolitano, donde se celebró un solemne funeral. Y esto se cumplió en medio de las honras dispuestas por el gobierno oriental, cuyo presidente Santos encabezó las manifestaciones de homenaje. Antes de ser conducidos otra vez al buque de guerra, los restos fueron despedidos por don Bernardo de Irigoyen, a la sazón nuestro representante en la nación hermana.

## Llegada a Buenos Aires

El 28 de mayo, el **Villarino** echó el ancla en la rada interior de Buenos Aires. El féretro fue colocado en un bote que llevó a remolque el vapor **Talita**, a cuyo bordo viajaban los integrantes de la comisión central. En el antiguo muelle de Las Catalinas aguardaban los gobernantes y el pueblo, reunido en cantidad extraordinaria.



Por extraña paradoja de la historia, el héroe —su cadáver, sus restos mortales— retornaba a su tierra en medio de un enfrentamiento político que pronto se transformaría en lucha armada. Pero ese día toda la República pareció hacer un alto y olvidar por unas horas los grandes enconos que la dividían.

La ceremonia de recepción fue grandiosa. Así lo testimonian las crónicas de los diarios porteños. Mientras se escuchaban salvos de los cañones instalados en tierra y en los buques surtos en el Plata, los restos fueron retirados del bote y colocados en una parihuela. Todo sucedía en medio de los vítores lanzados a los aires por la multitud. En nombre de la República, de su gobierno y de sus habitantes, los recibió Domingo Faustino Sarmiento con un discurso de gran contenido. En un momento de su oratoria se le escuchó decir: "Después de un largo ostracismo vuelven hoy estos gloriosos despojos a reposar en nuestro seno y serán depositados en el altar de la patria, santificado por la presencia del más ilustre de sus mártires, el perseguido de veinte años, el rehabilitado de otros tantos, el que hoy reconoce la historia humana Gran Capitán, y la América del Sur su Libertador, como su patria, la más brillante joya de su corona".

---

### En la plaza San Martín

---

Concluido el discurso de Sarmiento, el cortejo marchó hasta la plaza San Martín. Allí, a la vera del monumento del héroe epónimo, se alzó la voz del primer magistrado de la República. El gran orador que era Avellaneda concluyó con estas palabras que emocionaron a todos los que lo rodeaban: "Sombra del gran capitán: vuestro último voto se encuentra cumplido. Descansáis en vuestra tierra. Levantáos para cubrirla. Señor, oídos: las naciones más poderosas están sometidas a trágicas vicisitudes y la historia de este siglo se halla llena de tristes ejemplos. Señor: proteged la independencia de vuestra patria y la santa integridad de su territorio contra todo

Retrato al óleo  
del General San Martín



enemigo extraño. Que vuestro brazo invisible trace murallas de hierro en las fronteras para que la bandera que hicisteis flamear en las cumbres más excelsas de la tierra no sea jamás unida al carro de un vencedor".

El ministro del Perú ante nuestro gobierno, don Evaristo Gómez Sánchez, trajo el saludo de sus compatriotas y formuló este voto: "El pabellón de mi patria lleva los colores que decretó San Martín al proclamarla "libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende". Que ese pabellón enlazado con el

vuestro sirva, argentinos, para acreditar a las presentes y futuras generaciones nuestra unión estrecha e indisoluble".

### En la Catedral

Tras las palabras del diplomático peruano, el féretro fue colocado en un carro fúnebre, cuyos caballos eran llevados de la brida por sargentos veteranos. Los cordones que se desprendían del ataúd fueron tomados por Avellaneda, Mitre, Sarmiento, altos funcionarios y ancianos sobrevivientes de las guerras por la independencia. El cortejo marchó por la calle Flori-

da, siendo constante a su paso la presencia de flores arrojadas por el pueblo.

El arzobispo, los canónigos y numerosos integrantes del clero recibieron a la procesión cívica cuando ésta arribó a la Catedral. Enseguida los restos del héroe fueron entrados al templo y colocados en un catafalco levantado exactamente debajo de la gran cúpula. Concluido un oficio religioso, se retiraron las autoridades y comenzó el desfile del pueblo, silenciosa y recogida manifestación que se prolongó por varias horas después de caído el sol.

### La sepultura definitiva

En la mañana del 29, el féretro fue cubierto por la bandera del Ejército de los Andes y la del Regimiento Río de la Plata. Poco antes de las dos de la tarde tomaron ubicación frente al túmulo el presidente Avellaneda, legisladores, magistrados, altos funcionarios, representantes diplomáticos y los militares veteranos. Monseñor Aneiros presidió el funeral y desde el púlpito pronunció una profunda oración sagrada. Concluido el oficio religioso, se retiraron las autoridades y cuantos habían participado de la ceremonia.

Sólo permanecieron en el templo los integrantes de la comisión central presidida por Mariano Acosta y las autoridades municipales. "Cuando llegó el momento de colocar el cuádruple ataúd, que contenía el cadáver embalsamado del Libertador en el sitio destinado a tal efecto, dice Bedoya, se vio que era imposible, por su tamaño, ubicarlo horizontalmente. Se decide, entonces, ubicarlo en una posición oblicua, de modo que la cabeza del prócer queda, aproximadamente, a la misma altura que la de aquel que contempla el monumento". ■



Monumento en la plaza que lleva el nombre del Libertador en Buenos Aires.

## Actividad historiográfica

Junta de Estudios Históricos de Almagro

Con la presencia de medio centenar de personas vinculadas a la zona e interesadas en el estudio de los antecedentes históricos del barrio, quedó constituida la Junta de Estudios Históricos de Almagro, por iniciativa de la Junta Promotora de Estudios Históricos de los Barrios del Oeste que preside el Dr. Eduardo M. Favier-Dubois.

La nueva Junta promoverá el conocimiento de la historia de Almagro mediante la realización de estudios, la organización de actos públicos, la constitución de un archivo fotográfico y de un museo recordatorio y la publicación de un boletín informativo.

En la asamblea constitutiva, llevada a cabo el 24 de mayo ppdo. en el Colegio San Francisco de Sales, se resolvió designar la Mesa Directiva quedando integrada de la siguiente forma: Presidente Dr. Carlos Manuel Trueba, Vicepresidente 1° D. Eduardo Dimara, Vicepresidente 2° D. José Armando Campos, Secretario General Prof. Mario Oscar Sordelli, Secretaria de Actas Profesora Cecilia I. T. de Guerrero, Secretario de Prensa y Relaciones Públicas Prof. Angel Renato Nestiero y Tesorero Ing. Marcelo Morena. Para la Comisión de Estatutos fueron designados los Dres. Juan Alfredo Romeo y Mario Héctor Resnik y el Escribano Carlos Alberto Rezzónico.

La sede provisoria de la Junta se encuentra en Rivadavia 4157 4° piso, dep. "B", tel. 811-8850, donde podrán dirigirse los interesados para recabar informaciones.

### Premio

La Secretaria de Estado de Ciencia y Tecnología otorgó el primer premio del concurso organizado para conmemorar la campaña al desierto, a un equipo interdisciplinario de la Universidad Nacional del Centro. Dicho equipo fue dirigido por el profesor Juan Carlos Vedoya —permanente colaborador de TODO ES HISTORIA— y se integró con las profesoras de Historia Zulema G. de Cagliolo, Cristina W. de Luchessi y Ana María Mauco, el profesor Daniel Pérez y el doctor Enrique Luchessi.

El trabajo premiado se titula "La Campaña al Desierto y la Tecnificación Ganadera" y es una minuciosa investigación sobre las consecuencias que tuvo en el campo argentino y sus formas de producción, la eliminación del peligro indígena.

El secretario de Estado de Ciencia y Tecnología entregó el premio al grupo tandileño el 30 de mayo pasado en su despacho de la Capital Federal.

# LA CRONICA VIVA DEL PASADO ARGENTINO CON LA MAS ESTRICTA IMPARCIALIDAD SIEMPRE EN

# HISTORIA

## QUE ESTE AÑO

### EN SUPLEMENTOS MENSUALES REVIVE PARA USTED LOS JOVENES CUATROCIENTOS AÑOS DE LA CIUDAD DE LA TRINIDAD Y PUERTO DE SANTA MARIA DE LOS BUENOS AIRES



## ¡SUSCRIBASE!

La novela del tranvía  
y otras páginas  
M. Gutiérrez Nájera



biblioteca básica universal

manos  
rázov  
vski  
tomo 1



¡Obras  
y antologías  
valiosas  
de la literatura  
universal!  
50 volúmenes.  
9.000 páginas  
de lectura.

¡Gánese  
más de  
\$ 15.000.000  
m/n!



biblioteca básica universal



biblioteca básica universal

Usted  
recibe  
ahora  
los 50  
volumenes  
y los paga en  
cuotas fijas,  
a pesar de  
la inflación!

¡Ud. puede  
ver la obra  
personalmente  
en Alsina 1214  
piso 7º, Of. 71, Capital de 8 a 12 y de 13 a 17 horas!

## ¡Esta Biblioteca le brinda un plan de lecturas para toda la familia!

¡Esta es una importantísima selección!

De grandes obras completas y de magníficas antologías de la literatura universal. Es una gran selección de la famosa Biblioteca Básica Universal.

¡Fíjese! ¡Usted tendrá una Biblioteca de grandes autores!

Dostoievski, Strindberg, Chéjov, Henry James, Thomas Hardy, Maupassant, Kafka, Hemingway, etc.

¡Podrá leer muchas obras apasionantes en versiones cuidadas y completas!

La piedra lunar, de Collins; Madame Bovary, de Flaubert; Padres e hijos, de Turguéniev; La roja insignia del coraje, de S. Crane, etc.

¡Esta Biblioteca le ofrece todos los géneros: novelas, cuentos, teatro, poesía!

Si, grandes novelas como Los hermanos Karamázov y El Alcalde de Casterbridge; notables cuentos de Poe, Chéjov, Hemingway, O. Henry, Scholem Aleijem, Verga, etc.; poemas de Shakespeare, Borges, García Lorca, Neruda, Rimbaud; obras de teatro de Büchner, Wedekind, Strindberg, Bernard Shaw, etc.

¡50 magníficos volúmenes! ¡Y cada uno tiene en la tapa una preciosa reproducción de arte a todo color!

Por su papel, por su impresión, por su presentación, estos volúmenes se destacan en la mejor biblioteca. Y en las tapas tienen notables reproducciones de Goya, Manet, Picasso, Toulouse-Lautrec, etc.

¡Esta es una gran Biblioteca internacional!

Formada por famosos autores de los más diversos países. Y cada obra tiene un valioso estudio preliminar, realizado por un prestigioso crítico argentino, para conocer mejor al autor, su obra, su importancia dentro de la literatura universal.

¡Esta es una oferta extraordinaria!

Una colección de esta calidad y estas características físicas puede costar en plaza de \$ 400.000.- a \$ 520.000.- al contado; a crédito, casi el doble. **Archivo Gráfico Editorial**, que tiene la exclusividad para la promoción, la vende al contado en \$ 254.000.- Y, además, le hace estas ofertas increíbles: pago anticipado: \$ 226.000.-; en 3 cuotas: el precio de contado: \$ 94.000.- la primera y 2 cuotas de \$ 80.000.- cada una; en 6 cuotas: \$ 54.300.- cada una; y en 12 cuotas: \$ 37.400.- cada una.

¡Cómprala hoy mismo!

Esta es una oportunidad única. ¡No se la pierda! Le ofrecemos una Biblioteca útil y amena para usted, para sus hijos, para su hogar. Una Biblioteca valiosísima para la escuela y el colegio y de gran importancia cultural.

Archivo Gráfico Editorial S.R.L. Certificado de Reserva  
Alsina 1214 - Piso 7º - Oficina 71 - (1088) Capital.

Deseo recibir en mi casa la selección de Biblioteca Básica Universal.

Rogamos marcar con una (X) la forma de pago elegida y llenar con letra de imprenta los datos completos.

Pago anticipado: Acompaño a este cupón: giro postal/bancario/cheque N° ..... del Banco: ..... por \$ 226.000.- a favor de Archivo Gráfico Editorial S.R.L., no a la orden, como pago total. (Envíeme a vuelta de correo los 50 volúmenes)

En 3 cuotas: Al recibir los 50 volúmenes pagaré \$ 94.000.- y luego 2 cuotas de \$ 80.000.-

En 6 cuotas: Al recibir los 50 volúmenes pagaré \$ 54.300.- y luego 5 cuotas mensuales de \$ 54.300.-

En 12 cuotas: Al recibir los 50 volúmenes pagaré \$ 37.400.- y luego 11 cuotas mensuales de \$ 37.400.-

Queda entendido que no debo abonar gastos de envío ni de embalaje.

Nombre y apellido: ..... Dpto.: .....  
Dirección particular: ..... Nº Postal: .....  
Localidad: ..... Tel.: .....  
Provincia: ..... THB

Este precio es válido por 30 días.

# MEMORIAL DE LA PATRIA

DIRECTOR  
**FELIX LUNA**

## TOMOS APARECIDOS

1804-1810: LAS BREVES MADURAS, por Miguel A. Scenna.  
1810-1815: LA AURORA DE LA INDEPENDENCIA, 2 tomos, por Carlos S. A. Segreti  
1815-1820: ENTRE LA MONARQUÍA Y LA REPUBLICA, por José R. López Rosas  
1820-1824: LA FELIZ EXPERIENCIA, por Luis A. Romero  
1824-1830: DEL FRACASO UNITARIO AL TRIUNFO FEDERAL, por Hugo R. Galmarini  
1830-1835: EL INTERREGNO DE LOS LOMONEGROS, por Víctor Bouilly  
1835-1840: LA SUMA DEL PODER, por Mario G. Saravi  
1840-1850: LA SANTA FEDERACION, por Andrés M. Carretero  
1850-1852: HACIA CASEROS, por Julio H. Rube  
1852-1855: LA REPUBLICA DIVIDIDA, por María Sáenz Quesada  
1855-1862: EL DERRUMBE DE LA CONFEDERACION, por Carlos Páez de la Torre (h.)  
1862-1868: EL GOBIERNO DEL PUERTO, Trinidad D. Chianelli  
1868-1874: LA MAGRA COSECHA, por Juan C. Vedoya  
1874-1880: LA CONQUISTA DEL PROGRESO, por Guillermo Gasió y María C. San Román  
1880-1886: ORDEN, PAZ, ENTREGA, por Andrés M. Carretero  
1886-1890: APOGEO Y CRISIS DEL LIBERALISMO, por Gustavo Ferrari  
1890-1896: SECUELAS DEL UNICATO, por Horacio J. Guido  
1896-1904: EL TRANSITO DEL SIGLO XIX AL XX, por Julio Irazusta  
1904-1910: EN CAMINO A LA DEMOCRACIA POLITICA, por Eduardo Cárdenas y Carlos M. Payá  
1910-1916: ENTRE DOS CENTENARIOS, por Jimena Sáenz  
1922-1930: LA ARGENTINA ILUSIONADA, por Luis C. Alén Lascano  
1930-1938: LA DEMOCRACIA FICTA, por Horacio Sanguinetti  
1938-1946: DEL FRAUDE A LA SOBERANIA POPULAR, por Roberto A. Ferrero  
1946-1955: LA NUEVA ARGENTINA, 2 tomos, por Pedro S. Martínez.  
1955-1962: LIBERTADORES Y DESARROLLISTAS, por Isidro J. Odena

## DE PROXIMA APARICION

1916-1922: LA EXPERIENCIA RADICAL, por Héctor J. Iñigo Carrera  
1962-1966: LA DEMOCRACIA ACOSADA, por Ramiro de Casabellas

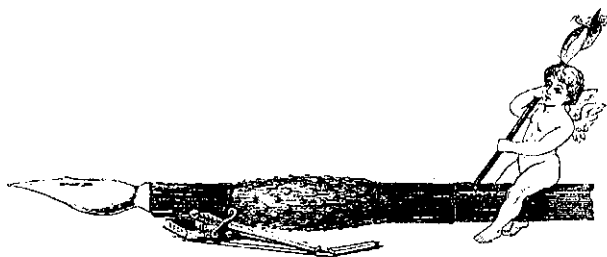
# 1804·1973

30  
VOLUMENES

**Ediciones LA BASTILLA**

Distribuidor exclusivo **EDITORIAL ASTREA  
DE ALFREDO Y RICARDO DEPALMA S.R.L.**  
Lavalle 1208 Buenos Aires tel. 35-1880

# Lectores amigos



**Belgrano**

Señor Director:

Con referencia al Suplemento estudiantil que viene adjunto al N° 157 de su meritoria Revista, siempre sin ánimo de polémica, sino por el contrario, enarbolar la verdad histórica, me permito observar el párrafo que le hace decir al Gral. Belgrano: "Siendo preciso enarbolar una bandera y no teniéndola, mandela hacer celeste y blanca conforme a los colores de nuestra escarapela".

Considerando, que este Suplemento es para los estudiantes, que no deben comenzar aprendiendo errores o equívocos que a veces cometemos los mayores, cuando el verdadero párrafo de la carta del Gral. Belgrano es el siguiente: "Siendo preciso enarbolar Bandera, y no teniéndola la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional. etc., etc., por lo tanto no corresponde "una", menos "mandela", como tampoco "nuestra", aparte que hasta el Gral. Belgrano, escribe "Bandera" y no bandera.

Reitérole que esta aclaración no tiene otro motivo que el de colaboración, permitiéndome enviarle a título de obsequio, un facsímil de la carta del Gral. Belgrano a la Junta, con motivo de la creación de la Bandera, en Rosario, el 27 de Febrero de 1812.

Con este motivo, me es grato reiterarle atentos saludos.

José Ignacio Muruzeta  
S/C - Ramiro Podetti 2017  
5730 - MERCEDES - San Luis

P.D.: El facsímil que se reproduce aparte, dice:

"Excelentísimo Señor: En este momento que son las 6 y 1/2 de la tarde se ha hecho la salva en la Bateria de la Independencia, y queda con la dotación com-

puesta por los tres cañones y se han colocado, las municiones y la guarnición. He dispuesto para entretener a las tropas, y crear a habituarse que se formasen todas aquellas, y les hablé en los términos de la copia que

acompañó. Siendo preciso enarbolar Bandera, y no teniéndola la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional: Espero sea de la aprobación de V.E. Dios guarde a V.E. muchos años, Rosario 27 de Febrero de 1812. Excelentísimo Señor. Manuel Belgrano Excelentísimo Gobierno Superior de las Provincias del Río de la Plata".

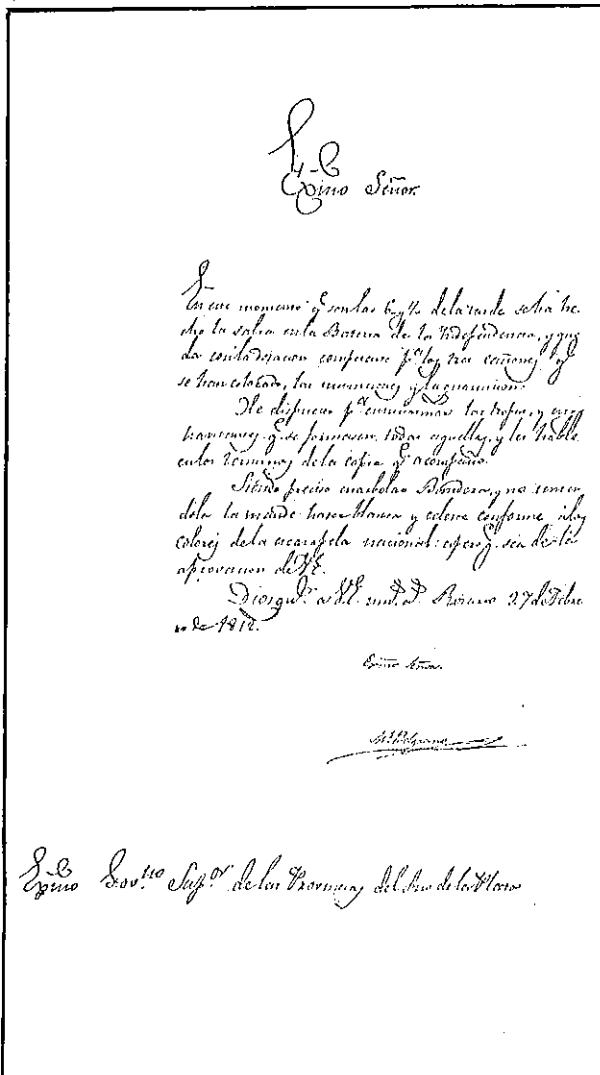
**Quiroga**

Señor Director:

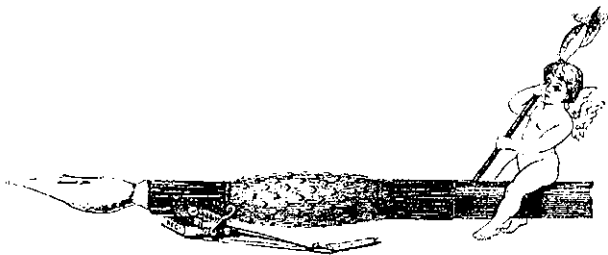
Hace algunos años el historiador José María Rosa, en un libro sobre "Rivadavia y el imperialismo financiero" (Bs. As., A. Peña Lillo, 1964) afirmó que Quiroga "no era un católico prácticamente asiduo, y es posible que sus continuas lecturas de la Biblia —su libro de cabecera— lo hubiesen arrastrado fuera de una ortodoxia católica".

Ahora, el pastor Arnoldo Canclini, en un artículo publicado en esa revista (Bs. As., Junio de 1980, N° 157) arriesga "la posibilidad de que la Biblia le haya sido vendida a Quiroga directa o indirectamente por Lucas Matthews", un miembro de la Sociedad Bíblica de Londres que recorrió nuestro país entre 1826 y 1827, aunque según el propio Canclini: "En sus cartas no hay ningún referencia(...)" a Quiroga.

Ante este peligroso juego de "posibilidades", nos preguntamos si es lícito que historiadores de nota realicen tales insinuaciones sin tener ninguna prueba al respecto, arrojando con ello una sombra de duda sobre el catolicismo de un personaje que a través de su exis-



# Lectores amigos



tencia demostró su firme adhesión a la Iglesia.

Fue en la batalla de El Tala, librada el 27 de Octubre de 1826, cuando Quiroga enarboló por primera vez su legendaria bandera con la consigna "Religión o Muerte", respondiendo a un contexto que había llegado a identificar a los unitarios con la irreligión.

Una manifestación pública de esta naturaleza no parece propia de alguien que estuviera fuera de la ortodoxia a través de la lectura de una Biblia protestante. Más verosímil resulta la versión tradicional que atribuye a influencia del Pbro. Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros la profunda adhesión de Quiroga a la religión católica. (Los subrayados me pertenecen).

Jorge María Ramallo  
Marcelo T. de Alvear 2438  
Capital

## Curiosa

Señor Director:

Resultaría de interés para muchos curiosos, como yo, que su revista dedicara alguna atención a los temas de las religiones y cultos marginales en nuestro país. Me refiero a cuestiones de mayor interés —o por lo menos idéntico— al de la "Madre María". Me refiero a los espiritistas, teósofos y otras religiones paralelas.

Poco se conoce de su historia, y como "todo es historia" debería realizarse

un esfuerzo y estudiar esa temática. Soy lectora de la revista desde el primer número y debo decirle que me ha servido muchísimo. Seguiré leyéndola aún cuando decida no publicar los temas que solicito.

Clarisa Romero  
Funes

Godoy Cruz — Mendoza

**N. de R.:** Tomamos nota de su pedido.

## Pascual Pérez (I)

Señor Director:

La nota publicada en el número 158 del mes de julio en recuerdo de Pascual Pérez (Pascualito), le hace poca justicia al insigne boxeador argentino, conceptualizado por los periodistas y conocedores del boxeo como uno de los más grandes campeones —en su peso—, por su "pegada" y la técnica que supo desplegar. Me pareció buena, en cambio, la nota de José Barcia, el perfil humano y moral de "Pascualito". En el futuro, señor director, habría que documentarse más sobre estos verdaderos ídolos populares, respetados aún después de su muerte, porque supieron cubrir de gloria a nuestra patria.

César Viana  
Capital Federal

## Pascual Pérez (II)

Señor Director:

Hossana y Aleluya !!!!!

Nuevamente el populismo vuelve por sus fueros enseñoreándose en las páginas de TODO ES HISTORIA. A la antología de la chabacanería que significó la nota sobre el señor José María Gatica, se agrega ahora la que se ocupa de Pascual Pérez. Pareciera que hay una proclividad hacia los instrumentos de propaganda —que no otra cosa fueron— del hombre del gorrito y la motoneta...se acuerda, señor Director?

Esta y otras, tales como la titulada "Elecciones con o sin pueblo" tienen un agudo tufillo demagógico, oclocrático, diría, que no conciden con la índole y la trayectoria de la publicación que Usted dirige, al igual que los esfuerzos del señor Corbière para justificar, de buena fe, es cierto, cosas no tan justificables.

¿Cuándo van a decir a los lectores que el general Mosconi fundó la empresa petrolífera más onerosa y menos redituable del mundo?

¿Qué por el camino del general Savio seguimos y seguiremos importando acero?

Basta de utopía y declamación, señor director, porque así se fabrican los siete millones y medio de no videntes que tuvimos en las últimas elecciones. (Ultimas espero que por mucho tiempo). El pasado argentino, que el señor director también conoce, es lo suficientemente rico en

ejemplos destacables que deberían ser citados y reite- rados para no caer en este populismo fácil: debe de haber otras maneras de aumentar el tiraje.

Con sumo respeto e igual nivel de enojo, lo saluda.

Bernardo Aguerre  
Montevideo  
(R.O del Uruguay)

## N. de R.:

¡Haya paz! El populismo no se enseñorea de las páginas de TODO ES HISTORIA. Lo que ocurre es que ese "populismo", que a Usted tanto irrita, es parte de nuestra historia.

Y parte de esa historia, cierto que historia menuda, la encarnaron Gatica y Pérez que no fueron más que producto del medio que les otorgó viabilidad y llevaba en su seno las causas que les dieron origen.

El tufillo demagógico que usted percibe no es tal y, quizá se deba a una hipersensibilidad de su parte.

Los esfuerzos del señor Corbière, tal como usted los titula, obedecen a la visión del autor, ya que no es norma de la publicación censurar, cosa evidente al publicar su carta. Los generales Savio y Mosconi procedieron con el propósito de independizar en muchos sentidos al país. TODO ES HISTORIA tiene un tiraje regular y creciente. No necesita —créanos— recurrir a la demagogia para aumentarlo.

TODO ES HISTORIA-N° 159 Agosto de 1980. Director Félix Luna. Redacción, Publicidad y Administración: Cangallo 1558 piso 4, Teléfonos 46-4595/6965. Inscripto en la Dirección Nacional de Derecho del Autor bajo el número 1.264.960. Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Distribuidor en Capital Federal: Antonio Rubbo. Garay 3226, Capital. Distribuidor interior y exterior: SADYE S.A.C.I., Belgrano 365, Capital. Composición, armado, impresión y encuadernación: Alemán S.A. Cia. 25 de Mayo 626, Capital Federal.

Correo  
Central (B)  
Suc. 53 (B) y  
Suc. Cabeceeras

TARIFA REDUCIDA  
CONCESION N° 6240

FRANQUEO PAGADO  
CONCESION N° 110





# TEMPLE DE ACERO.

Cada día en cada fábrica, en cada taller metalúrgico, en cada industria, miles de argentinos forjan en acero el desarrollo del país. A todos ellos, Fabricaciones Militares los felicita en este día. Porque con su esfuerzo cotidiano, continúan el camino que trazara el Gral. Manuel Nicolás Savio, quien con su temple de acero supo impulsar la siderurgia nacional.

## HOMENAJE AL GRAL. SAVIO EN EL DIA DE LA SIDERURGIA NACIONAL.



DIRECCION GENERAL DE FABRICACIONES MILITARES.

Télatam/neomotiva.

ALPS  
10

ALPS

IS SECURITY